Los
CUENTOS
que NUNCA
NOS contaron
Ilustrado por
Dani Torrent

Los
CUENTOS
que NUNCA
NOS contaron
Myriam Sayalero
Dani Torrent
NUBE DE TINTA

SÍGUENOS EN

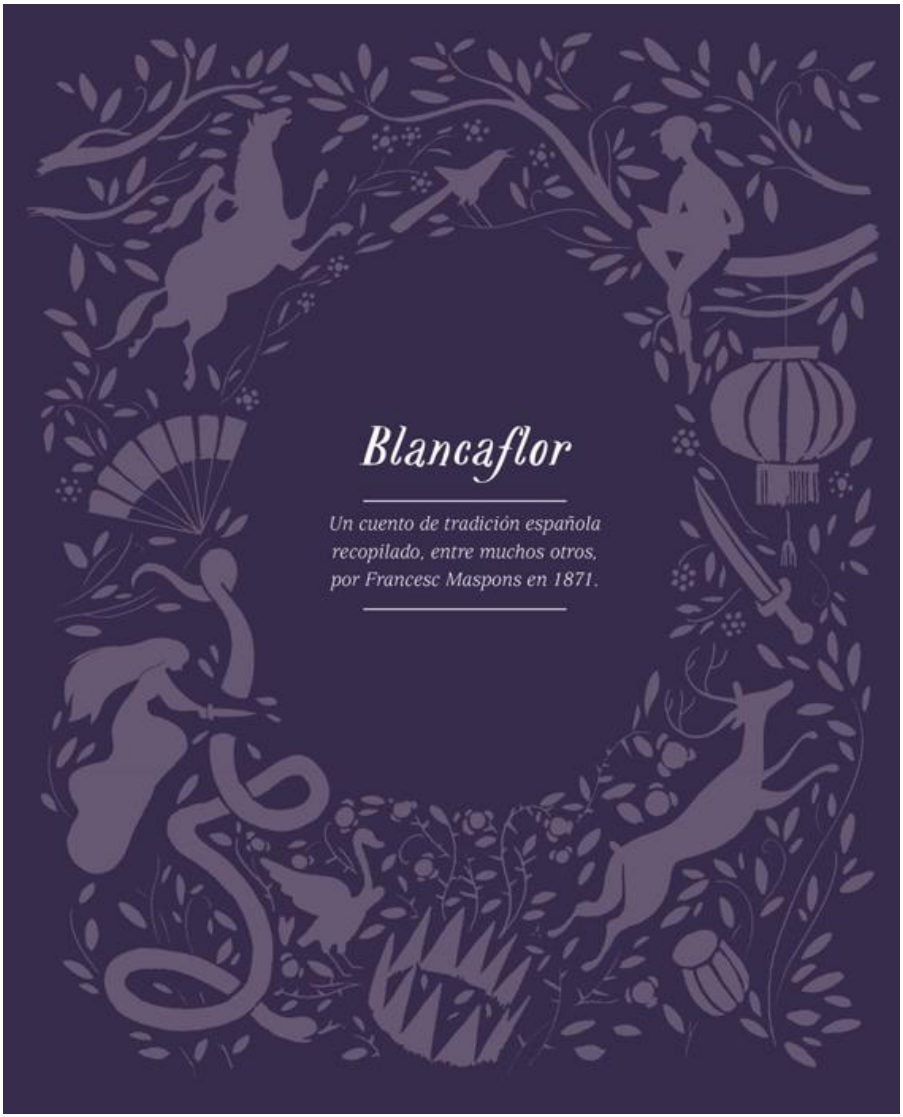
megustaleer

@megustaleerebooks

@nubedetinta

@somosinfinitos

Penguin Random House Grupo Editorial


Blancaflor
Un cuento de tradición española
recopilado, entre muchos otros,
por Francesc Maspons en 1871.

Hace mucho tiempo, cuando las estrellas que ves aún no tenían nombre, un rey y una reina gobernaban con justicia y generosidad en un reino lejano. Sin embargo, eran tremendamente desdichados. Deseaban un hijo que no llegaba.

Con el tiempo la reina perdió la esperanza. Angustiada por la desgracia que esto traería al reino y a su amado esposo, decidió acudir al diablo. Se presentó ante él e intentó disimular su desesperación, pero el astuto diablo olfateó enseguida su sufrimiento y quiso aprovecharse de ella.

—Concebirás un hijo… —dijo el diablo. Después guardó silencio antes de sentenciar—: Y cuando cumpla veinte años, lo dejarás marchar.

La reina pensó que a los veinte años su hijo ya sería un hombre. No veía en qué podría perjudicarle que, llegada esa edad, tomara las riendas de su vida. Así que aceptó el trato.

Los reyes tuvieron un hijo, el más hermoso, sano y fuerte del reino, pero tanto lo habían deseado que, sin querer, lo malcriaron y creció sin apreciar nada de lo que tenía. Con los años se convirtió en un joven caprichoso e irresponsable, más preocupado por el juego, su gran debilidad, que por ninguna otra cosa.

Llegó a tener tanta fama como jugador de cartas que el diablo no quiso dejar pasar la oportunidad de aprovecharse de él. Una noche se presentó ante el príncipe como duque de un reino vecino y se dejó ganar en todas las partidas. El joven, excitado ante la posibilidad de hacerse con dinero fácil a su costa, le propuso jugar de nuevo al día siguiente. Fue entonces cuando el diablo mostró sus verdaderas intenciones, pues ganó todas las partidas y dejó al príncipe en la ruina.

—Seguiría jugando —se lamentó el príncipe—, pero ya no me queda nada que apostar.

El diablo le miró a los ojos, mostrando quién era en realidad, y susurró:

—Puedes jugarte el alma.

El príncipe aceptó, convencido de que en esa partida recuperaría todo lo que había perdido. Sin embargo, no fue así y el diablo volvió a ganar.

—Si quieres recuperar tu alma, ve a mi castillo —dijo el diablo, que aún no había acabado con él—. Te mandaré tres trabajos. Si los terminas, te la devolveré.

El príncipe se encontró en un callejón sin salida, pues sin alma acabaría seco como un árbol cuyas raíces no encuentran agua de la que beber ni tierra de la que alimentarse. Así que, cabizbajo y triste, regresó al castillo para despedirse de sus padres. Los dos recordaron entonces la promesa que, veinte años atrás, la reina hizo al diablo. Temieron que a su hijo le ocurrieran grandes desgracias y le confesaron la verdad para disuadirle de su aventura. El joven no culpó a sus padres de su incierto destino, pues sabía que nadie más que él había decidido jugarse el alma. Además, confiaba en que todo volvería a ser como antes, convencido de que no sería difícil realizar los tres trabajos que le encomendara el diablo.

Estuvo un día entero vagando por los caminos sin saber cómo llegar hasta el castillo del diablo. Al atardecer una anciana le pidió algo de comer y el príncipe, compadecido, le ofreció lo que llevaba. Antes de reemprender su camino la mujer quiso agradecerle su generosidad y le preguntó si podía ayudarle en algo.

—Voy al castillo del diablo —respondió el príncipe—, y aunque llevo todo el día caminando, no sé cómo llegar hasta él.

—Estás cerca, pero nunca lo encontrarás, a no ser que sigas estas indicaciones —dijo la anciana, y prosiguió—: Tienes que llegar al río que hay cerca del Castillo de Irás y No volverás. Allí van a bañarse las hijas del diablo. Esconde la ropa de la más pequeña, que se llama Blancaflor. No se la devuelvas hasta que te prometa su ayuda.

El príncipe caminó durante días. Cruzó valles, bosques y montañas, hasta que divisó una rocosa fortaleza entre las nubes: era el castillo del diablo. Cuando estuvo cerca de allí se ocultó tras unos árboles que crecían en la orilla de un río y esperó a que llegaran las tres hijas del diablo. Después de bañarse en un remanso, salieron del agua las dos

hijas mayores que, nada más vestirse, se transformaron en palomas. El tiempo pasaba, pero la más pequeña seguía bañándose.

Blancaflor, la tercera hija del diablo, flotaba en el remanso del río observando las nubes del cielo como si quisiera llegar hasta ellas. «Cualquier lugar menos este», se decía. La joven no quería salir del río, pues sabía que, en cuanto lo hiciese, debería regresar al castillo transformada en paloma. Odiaba la tediosa rutina que les imponía su padre, el diablo. Les prohibía leer, hablar, incluso pensar. Temeroso de perder a sus hijas, las había confinado a una vida como palomas, solo que, en lugar de estar prisioneras en una jaula, vivían encerradas en un castillo. Blancaflor se sentía muy desgraciada. El único momento del día en que se sentía realmente feliz era cuando se bañaba en el río.

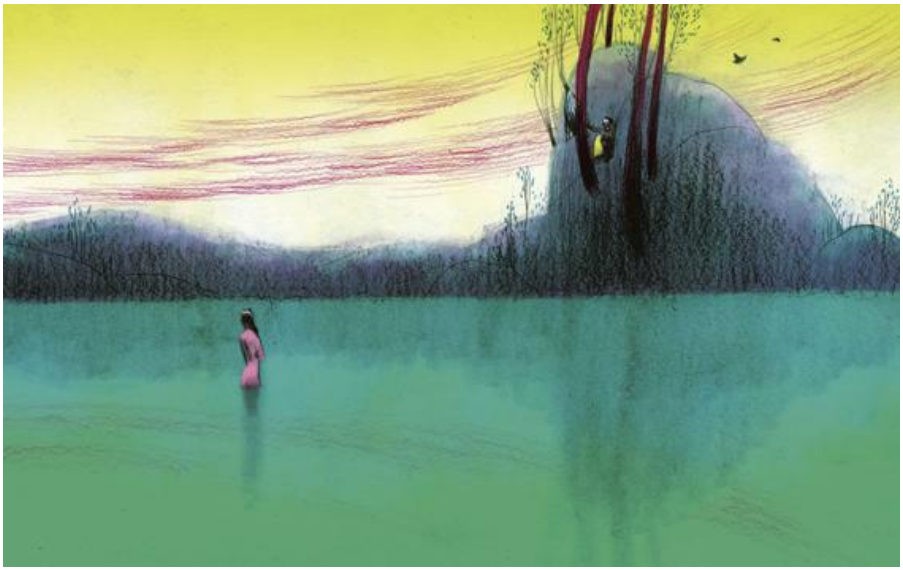
Cuando su piel empezó a arrugarse salió del agua. Una miríada de brillantes gotas resbalaba por su piel. Caminó desnuda hacia el árbol que custodiaba su ropa, pero en su lugar vio a un joven desconocido.

—Te daré tu ropa si prometes ayudarme —dijo el príncipe.

Oculto su cuerpo tras los arbustos, Blancaflor levantó la cabeza, orgullosa. No pensaba dejarse asustar. Quizá tenía ante sus ojos la oportunidad para escapar que durante tantísimo tiempo había estado esperando. Si el joven aceptaba, podría burlar a la bestia que custodiaba la fortaleza. Cualquier ruido lo despertaba y solo se volvía a dormir al escuchar la voz del diablo.

—No eres tú quien pone las condiciones, sino yo —repuso Blancaflor, de vuelta de sus pensamientos—. Te aseguro que, de los dos, tú eres el más necesitado. Sígueme, te llevaré al castillo de mi padre. Pero, a cambio, hablarás cuando yo te lo pida.

El príncipe, sorprendido por la entereza de la joven, aceptó sin dudar. Nada deseaba más que recuperar su alma. Le entregó su ropa y, en cuanto se vistió, como cada día, Blancaflor se convirtió al instante en paloma.



El demonio no se sorprendió al ver al príncipe. Ansioso por burlarse nuevamente de él, planeó tres trabajos imposibles de realizar.

—Este es tu primer trabajo —dijo—. Allana esa ladera, árala, siembra el trigo, siégalo, muélelo y tráeme mañana una hogaza de pan.

En efecto, ese trabajo era imposible de realizar. El príncipe lloró desconsolado. Él, que pensaba regresar pronto junto a sus padres, iba a acabar sus días en el castillo del diablo.

Blancaflor escuchó su lamento y suspiró. Conocía bien cómo las gastaba su padre, pero esta vez no iba a permitir que se saliera con la suya. Había decidido escapar de la prisión en que vivía.

—Te prometí mi ayuda —dijo ella—, y yo siempre cumplo mi palabra.

Después esperó a que el príncipe se durmiera y se dirigió a la ladera. Con la magia de sus alas aró la tierra y la sembró, sus garras segaron el trigo y sus plumas lo molieron. Cuando el joven despertó, vio ante sus ojos una humeante hogaza de pan, que llevó corriendo al diablo.

—No hubieras sido capaz ni de arar un centímetro de esa ladera sin la ayuda de Blancaflor —rugió el diablo.

Después, arrojando el pan al fuego, añadió:

—Este es tu segundo trabajo: planta este campo de vid y tráeme por la tarde una jarra de vino.

El príncipe ya sabía el juego que se traía el diablo entre manos, así que acudió a Blancaflor para pedirle ayuda. Ella revoloteó sobre él, le puso una jarra delante y le dijo:

—Recuerda que hablarás cuando yo te lo pida. Si callas, faltarás a tu palabra.

El joven asintió mirándola a los ojos y luego la vio emprender el vuelo. Blancaflor voló hasta un viñedo yermo y seco. Invocó a las nubes, que trajeron agua; al sol, que aceleró los días en unas horas; al viento, que se llevó las hojas de las vides. Después su vuelo mágico vendimió toda la cosecha, sus garras pisaron las uvas y sus plumas fermentaron el vino que el príncipe llevó al diablo. Este enseguida supo que Blancaflor le había ayudado de nuevo. ¿Cómo, si no, iba a lograr terminar semejantes tareas? Así que el tercer trabajo que le impuso fue realmente difícil de cumplir, incluso para ella.

—En el fondo del océano hay una sortija que quiero regalarle a mi hija pequeña. Tráemela.

Una vez más el príncipe acudió a Blancaflor, pues era imposible que él solo encontrara lo que pedía el diablo. ¡Ni más ni menos que en el fondo del inmenso mar!

Pero esta vez Blancaflor se sumió en la tristeza. Le había pedido la sortija de la memoria, y en cuanto el diablo se la pusiese en el dedo corazón, todos aquellos que la conocían, excepto su padre, se olvidarían de ella. ¿Existía acaso un castigo mayor?

—Es imposible que yo te olvide —le aseguró el príncipe.

Blancaflor dejó caer una lágrima y después emprendió el vuelo en busca de la sortija. Quizá él tenía razón y no la olvidaría, o quizá se equivocaba y jamás recordaría quién era ella. Pero si no le ayudaba se quedaría en el castillo para siempre, así que al menos debía intentarlo. Voló hacia el océano y se sumergió en lo más profundo. Una vez encontró la sortija se arrancó la pluma más larga del ala derecha.

Luego todo ocurrió tal y como Blancaflor sabía que ocurriría: el príncipe le dio el anillo al diablo, pero cuando este fue a ponérselo a su hija descubrió que a esta le faltaba el dedo anular de su mano

derecha.

—Entonces lo llevarás en tu mano izquierda —bramó el diablo—. Y el que te ame te olvidará en cuanto alguien lo abrace.

El plan de Blancaflor había funcionado, al menos en parte. Ahora el joven era libre, solo le faltaba cumplir su palabra. Esa noche, mientras huían del castillo, la bestia se despertó con el ruido de sus pasos.

—Ha llegado el momento de que cumplas tu palabra —murmuró Blancaflor—. No te dejes llevar por el miedo y di: «No es libre quien vuela, sino quien sueña».

El príncipe entendió el significado de aquellas liberadoras palabras. Un murmullo que acallaría a la bestia, engañada al pensar que era el diablo quien hablaba. Entendió que la magia de Blancaflor estaba en su sueño de ser libre y quiso ayudarla. Hizo acopio de valor ante la horrible bestia y pronunció las palabras con voz grave. La bestia se volvió a dormir y ellos aprovecharon el momento para llegar hasta el establo, donde encontraron dos caballos: Viento y Pensamiento.

Mientras Blancaflor vigilaba que nadie los viera, pidió al joven que ensillara a Pensamiento.

—Coge también una espada vieja y oxidada que verás junto a él —dijo, y luego añadió—: Sigue mis instrucciones tal y como te digo o de lo contrario mi padre nos alcanzará.

El príncipe entró en el establo y vio un caballo joven y fuerte. Era Viento. A su lado estaba Pensamiento, un viejo y flaco caballo percherón. También vio la espada oxidada, aunque junto a ella había otra brillante y reluciente. Convencido de que Blancaflor se había confundido, ensilló al primer caballo y se llevó la espada que relucía. Después, en medio de la oscura noche donde nada se veía, cabalgaron hacia donde sale el sol, pues al despuntar el alba estarían a salvo del diablo.

Pero el diablo, montado en Pensamiento, les seguía de cerca. En cuanto los divisó, él y su caballo se convirtieron en una monstruosa fiera, más veloz, más poderosa y más despiadada que el diablo.

—No mires atrás —le dijo el príncipe a Blancaflor en cuanto vio que su padre les perseguía—, no tengas miedo, cabalgamos sobre el caballo más veloz.

—Te equivocas —le contestó Blancaflor—. Solo a lomos de Pensamiento hubiéramos podido escapar. Ahora debemos enfrentarnos al monstruo que nos persigue, que no es otro que mi padre.

Blancaflor fue dejando caer semillas por la cola del caballo, que se convirtieron en bolas de fuego que el diablo tuvo que apagar. Después pidió al príncipe la espada oxidada para luchar contra el diablo. Pero le dio la espada reluciente, que no servía para ese cometido. Así que Blancaflor extendió sus alas, que crecieron hasta transformarse en las de una inmensa águila. Empuñó la espada con sus poderosas garras y la clavó en la tierra con tanta fuerza que esta se abrió en dos, creando una brecha tan grande que el diablo no la pudo saltar.

Así fue como al fin pudieron alejarse del Castillo de Irás y No volverás. Lejos de él, Blancaflor recuperó su forma humana, pero aún le quedaba un temor. Sabía que la última maldición de su padre al ponerle la sortija en la mano izquierda se cumpliría y sería olvidada en cuanto alguien abrazara al príncipe.

Cuando regresaron al reino el joven impidió a todos que lo abrazaran, pues por nada del mundo quería olvidar a Blancaflor. Tan solo recibía los cálidos abrazos de su amada, que cada día le agradecía su valor por haberse enfrentado al diablo. Pero un día visitaron un

país lejano. Sin saber nada de la maldición, el rey de ese país lo recibió con un abrazo. Después le presentó a su hija, que no era si no el diablo disfrazado. El príncipe aceptó casarse con ella, pues, como estaba predicho, había olvidado a Blancaflor.

Cuando en el país lejano se anunció la boda del príncipe y la princesa, Blancaflor se hizo pasar por artesana y llevó a los jóvenes un regalo.

—Majestades, vengo de muy lejos para traeros lo más preciado que tengo —dijo al príncipe y a su prometida.

Después les ofreció una piedra y una jaula encantadas.

—Qué extraños presentes —dijo el príncipe—, pero agradezco tu generosidad.

Esa noche, el diablo abandonó su forma humana y, a la luz de la luna llena, quiso saber por qué su hija había ofrecido esos regalos.

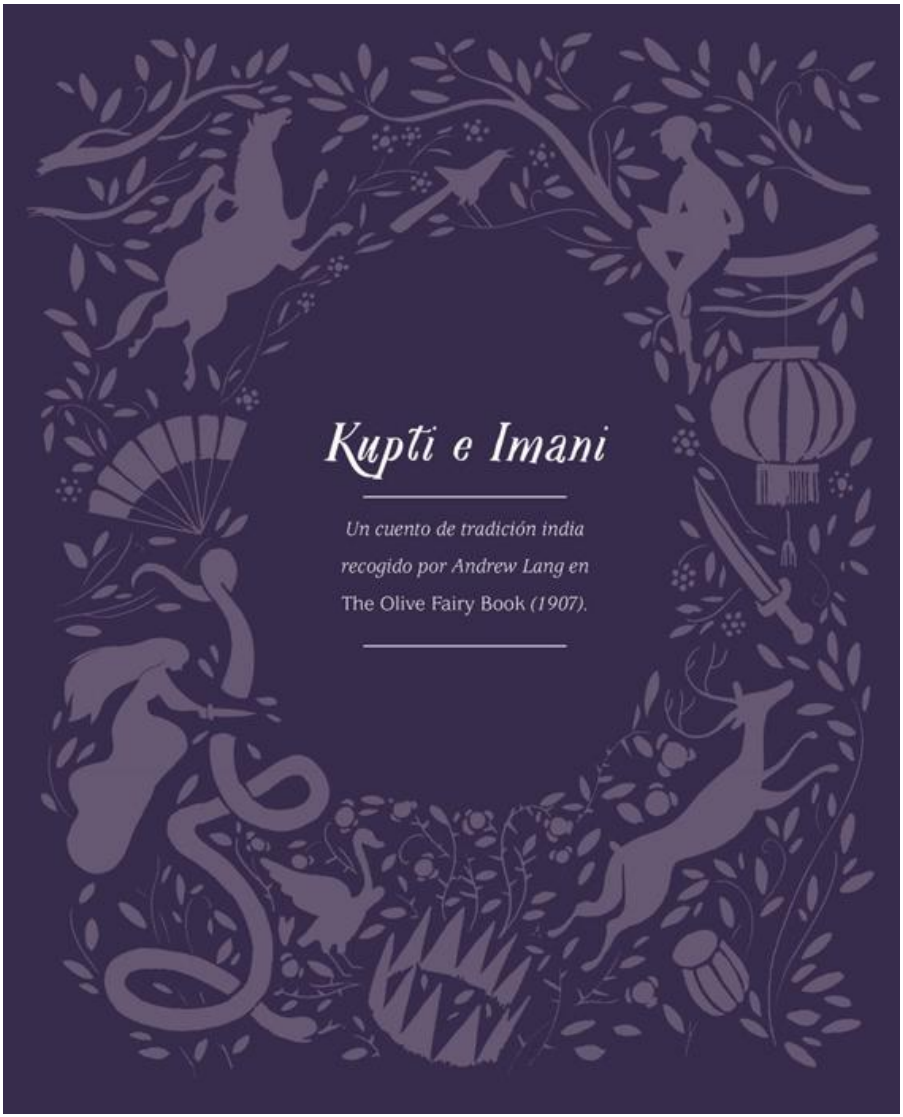
—Yo soy la piedra del dolor, el que siente tu hija en el corazón, pues por el príncipe hizo cosas sobrehumanas. Allanó la ladera, sembró el trigo, lo segó, lo molió y amasó el pan que el príncipe te llevó. También plantó un campo de vides y recogió las uvas para hacer el vino que él te trajo.

La voz de la piedra despertó al príncipe, que, a medida que escuchaba, comenzó a recordar.

El diablo le preguntó entonces a la jaula por qué su hija la había elegido como regalo:

—He venido para que Blancaflor se aloje entre mis barrotes —respondió la jaula—. Sufre tanto por el olvido al que la has condenado que prefiere vivir como una paloma encerrada.

En ese momento el príncipe lo recordó todo, corrió en busca de Blancaflor y le quitó de su mano izquierda la sortija del olvido. Volvió a arrojarla al océano, de donde nunca debió haber salido. Desde entonces nadie que conociera a Blancaflor se olvidó jamás de ella, pues fue la reina más inteligente y justa de todos los tiempos. Y también la única con el valor de burlar al diablo y librarse de él.


Kupti e Imani
Un cuento de tradición india
recogido por Andrew Lang en
The Olive Fairy Book (1907).

En un lejano país de Oriente vivía un rey con sus dos hijas, Kupti e Imani, a las que amaba por encima de todas las cosas. Le gustaba charlar con ellas en las largas tardes de verano y planeaba para ambas un hermoso futuro desposándolas por amor en lugar de casarlas por conveniencia. Un día, mientras el sol desaparecía en el horizonte, habló con Kupti, su hija mayor.

—Querida hija, ¿estás de acuerdo en heredar toda mi riqueza? —le preguntó.

Kupti no entendía por qué su padre le preguntaba algo tan evidente. ¡Por supuesto que estaba de acuerdo! De hecho, no imaginaba a nadie que lo mereciera tanto como ella.

Al siguiente atardecer, el rey habló con su hija pequeña, Imani. Pero su respuesta le sorprendió:

—Padre, agradezco tu inmensa generosidad. Sin embargo, renuncio a mi herencia. Me gustaría buscar yo misma mi propia fortuna.

Aunque el rey no comprendió a su hija, decidió satisfacer su deseo. Con inmensa tristeza, le dijo que si realmente quería labrarse su propia fortuna, debería dejar el palacio. Solo si abandonaba los privilegios de una princesa podría ponerse a prueba a sí misma.

Imani acudió a un anciano faquir conocido por su austeridad. El pobre hombre vivía en la miseria y apenas tenía qué echarse a la boca. Además, una dolencia en su pierna le hacía cojear. La chica pensó que le sería de gran ayuda, así que le pidió cobijo.

El anciano no entendió qué hacía allí una princesa. Miró a su alrededor, buscando algún indicio de que aquello fuera un sueño, pero solo pudo confirmar que la princesa estaba allí en carne y hueso, así que aceptó hospedarla. Le hubiera gustado advertirle de su extrema pobreza, pero se sentía demasiado abrumado.

Cuando llegaron a la choza donde vivía el faquir, este miró tristemente su camastro de paja. ¿Podría dormir allí una princesa? Después miró su única cazuela y una jarra de agua, todo cuanto tenía, preguntándose qué guiso podría preparar él, que apenas tenía unas

raíces para alimentarse. No poseía nada más, excepto unos harapos y su cojera. Al fin y al cabo era un faquir, no podía hacer nada por cambiarlo.

Imani observó sonriente el interior de la choza. La encontró limpia y ordenada, con un rayo de luz que caldeaba la estancia. Agradeció la austeridad del lugar, tan diferente a la opulencia del palacio. Pensó en su padre, el rey, que le había dado la oportunidad de ganarse la vida.

—¿Tienes alguna moneda? —preguntó al faquir.

—Creo que tengo una pequeña moneda de cobre en alguna parte —contestó el faquir sin atreverse aún a pestañear por miedo a despertarse.

La princesa le ayudó a buscar la moneda, que era la de menos valor del reino. Cuando la encontró, medio enterrada por la arena del suelo, le animó a que pidiera prestados una rueca y un telar. El anciano faquir salió lentamente a la calle en la que solía pedir limosna, y al final de la mañana pudo darle lo que le había pedido.

Mientras, Imani había ido al mercado y con la moneda había comprado una pequeña medida de aceite de romero y tres cuartos de lino. De regreso a la choza, pidió al anciano que se tumbara y durante una hora frotó el aceite de romero en su pierna lisiada. Luego le dijo que descansara, y el hombre se quedó dormido escuchando el suave traqueteo de la rueca. Al día siguiente le despertó el mismo sonido, pues Imani había estado toda la noche hilando hasta conseguir el hilo más fino que el faquir había visto jamás. Aunque estaba cansada, la princesa pasó todo el día en el telar. Al anochecer, terminó de tejer una tela tan hermosa que, bajo la luz de la luna, parecía hecha con hilos de plata.

—Ve al mercado esta noche y vende mi tela —dijo al faquir—. Voy a descansar.

El anciano miró la preciosa tela sin comprender de dónde había salido algo tan hermoso. ¿Qué podría pedir por ello? Jamás había tenido algo tan preciado entre sus manos.

—Pide dos piezas de oro —dijo de pronto Imani como si leyera sus pensamientos.

Poco después el anciano mostraba la tela en el bullicio del mercado.

Cojeaba entre los puestos y los cuentacuentos esperando que alguien lo viera y le preguntara por la tela. La princesa Kupti acudió esa noche al mercado y, al ver los plateados brillos que desprendía la tela del faquir, se acercó para comprarla.

—Son dos monedas de oro —dijo el faquir.

La princesa las pagó con gusto, entregó la tela a su dama de compañía y regresó al palacio. Con esas monedas Imani compró un telar y una rueca y devolvió los que le habían prestado. En agradecimiento, la princesa les regaló una madeja de su mejor hilo.

Cada mañana Imani se levantaba con el sol y acudía al mercado con una moneda de cobre. Compraba una pequeña medida de aceite de romero y tres cuartos de lino, regresaba a la choza y durante una hora frotaba el aceite de romero en la pierna lisiada del anciano. Después hilaba hasta obtener el hilo más fino. Con él tejía una hermosa tela que entregaba al faquir para que la vendiera en el mercado por dos monedas de oro. De cada venta siempre apartaba una moneda de cobre y lo suficiente para comprar comida. El resto lo guardaba en un hoyo que habían cavado en el suelo de la choza.

Imani actuó así día tras día, semana tras semana, sin importarle que pasaran los meses y las estaciones. Sus telas, cada vez más finas y delicadas, se hicieron famosas en la ciudad. El faquir, que ya apenas cojeaba gracias a los cuidados de Imani, acudía al mercado cada mañana y vendía todo lo que la princesa tejía.

Un día llegó el momento de abandonar la choza, pues las monedas de oro ya no cabían en el hoyo. Imani buscó un arquitecto y obreros para que construyeran una casa para el faquir y para ella. Era sencilla, elegante y tan hermosa que incluso llegó a oídos del rey. Cuando supo que pertenecía a su hija, mostró una gran sonrisa de satisfacción. En cambio, Kupti sintió una punzada de envidia. Desde que su hermana abandonara el palacio, la responsabilidad de ser la heredera había recaído sobre ella, y sus obligaciones como futura reina la abrumaban.

—Mi pequeña Imani dijo que deseaba amasar su propia fortuna —recordó orgulloso el rey— y lo está consiguiendo.

Se alegraba de haber conocido tan buena noticia antes de partir a Dûr, un lejano reino del que tardaría tiempo en regresar. Kupti le pidió que le trajera un collar de rubíes, pues no se le ocurrió otro regalo más caro. Sin embargo, Imani parecía no desear nada, así que el rey envió un mensajero a su casa.

—Algo debe de necesitar —le dijo el rey—. Dime qué es y se lo traeré a mi vuelta.

Cuando el mensajero visitó a Imani la encontró inmersa en su tarea. Intentaba desenmarañar una madeja de hilo sin romperla y estaba tan concentrada que apenas le prestó atención. De pronto suspiró:

—Paciencia…, necesito paciencia…

El mensajero real regresó al palacio e informó al rey de que la princesa Imani necesitaba paciencia.

—Y debe de necesitar bastante, porque lo dijo varias veces —añadió.

—En ese caso, espero que en Dûr vendan paciencia —repuso extrañado el rey—, yo nunca la he tenido, pero si se vende, le compraré toda la que haya.

El rey emprendió su viaje, terminó con éxito su misión en Dûr y

compró el collar de rubíes más caro que encontró para Kupti.

—Ve al mercado y compra paciencia —ordenó a su sirviente—. Si no la venden, pregunta dónde puedes conseguirla, pero no regreses sin ella.

El sirviente acudió al mercado y empezó a dar voces preguntando quién le podía vender paciencia, aunque imaginaba que sería algo imposible de comprar.

—¡Compro paciencia! ¡Paciencia! ¡Compro paciencia! —gritaba entre la gente.

No tardó en enterarse el rey Sabar Khan de que un hombre quería comprar paciencia. Este monarca, que era curioso y tenía un gran sentido del humor, quiso conocer a tan peculiar personaje. Cuando se presentó ante él, el sirviente le explicó que la paciencia era para Imani, la hija del rey.

En el idioma del reino de Dûr, «Sabar» significa «paciencia», así que el rey quiso gastarle una broma:

—Imagino cuánta paciencia tendrá la princesa, cuando quiere comprarla. Dile que en mi reino hay paciencia, pero ni se compra ni se vende.

El sirviente no se dio por vencido y le contó al rey Sabar que la princesa Imani era decidida, inteligente, trabajadora y que tenía un bondadoso corazón.

—Está bien —dijo el rey—, te daré algo.

Sabar Khan entregó al sirviente un cofre con un abanico en el interior. Lo cerró con cuidado y ordenó al mensajero que se lo entregase a la princesa.

—No tiene cerradura ni llave, pero no te preocupes, pues se abrirá cuando lo toque la persona que necesita lo que hay dentro. —Entonces añadió—: Cuando lo abra obtendrá paciencia. Aunque no sé si será el tipo de paciencia que necesita.

El mensajero regresó con el cofre ante el rey, y este se marchó de Dûr camino de su reino llevándolo consigo. En cuanto regresó a su palacio, repartió sus regalos. Kupti se puso el collar sin darle más importancia, e Imani, que no entendía nada, se fue a su casa con el cofre. Todos los intentos del faquir por abrirlo fueron inútiles, hasta

que Imani lo probó. ¡En cuanto sus manos tocaron la tapa, esta se abrió! Imani miró en el interior y extrajo un precioso abanico, con el que empezó a abanicarse.

Uno, dos, tres golpes de abanico y de pronto apareció ante ellos el rey Sabar Khan.

—Esta joven me ha convocado al dar tres golpes con el abanico —explicó el rey—. Si desea que me vaya solo debe plegarlo o golpearlo sobre la mesa y regresaré a mi palacio en tres segundos.

—Pero yo no he llamado a nadie, no he pedido nada —repuso Imani.

—Bueno, pediste paciencia —dijo el rey—, y como ese es mi nombre, aquí estoy, a tu servicio.

El faquir dio la bienvenida a Sabar Khan, y este comenzó a hablarles de su reino. El faquir y el rey descubrieron que compartían la pasión por el ajedrez, así que iniciaron una entretenida partida y enseñaron a Imani a jugar.

Lo pasaban tan bien que Sabar Khan visitaba la casa del faquir e Imani casi a diario. Solían estar más de media noche jugando, y a veces el rey se quedaba a dormir, cansado de la partida. El faquir e Imani dispusieron una pequeña habitación para que Sabar Khan pudiese quedarse a descansar allí y regresara a su reino por la mañana.

Pronto se empezó a rumorear en el reino que un joven rico y apuesto se alojaba en casa de Imani. Cuando Kupti se enteró quiso ir a visitarla, aunque aún no había ido a verla desde que abandonara el palacio. A menudo pensaba que Imani, al menos, tenía la libertad de elegir lo que quería. Incluso se preguntaba si no debió haber seguido su ejemplo. Movida por la envidia, acudió a casa de su hermana con malas intenciones. Aprovechó la primera oportunidad para entrar en la habitación de Sabar Khan y, sin que nadie la viera, espolvoreó entre las sábanas cristal molido mezclado con un potente veneno.

Al marcharse Kupti, Imani dio tres golpecitos al abanico, pues deseaba hablar con el rey de Dûr sobre la visita de su hermana. Esa noche, tras una larga partida de ajedrez, Sabar Khan se acostó en su cama. El vidrio molido y envenenado penetró en su piel, provocándole

un extraño malestar. Cuando el joven rey regresó a Dûr por la mañana, se encontraba peor.

Sus consejeros enviaron a buscar a todos los médicos y sabios del reino de Dûr, pero ninguno sabía cuál era la causa de su enfermedad. Empeoraba cada día, su fiebre aumentaba y el dolor era cada vez más insoportable. Muchos temían por su muerte.

Lejos de allí, la princesa Imani y el viejo faquir se preguntaban qué le ocurría a su amigo. Por mucho que lo invocasen con el abanico, no acudía a su llamada.

—Iré a Dûr a ver qué sucede —dijo la princesa al faquir—, quizá necesite nuestra ayuda.

Imani se vistió con ropas de faquir para que el viaje no resultase peligroso, pues nadie intentaría robar a quien nada tiene. Estuvo caminando durante dos días, hasta que la segunda noche sintió que debía dormir un poco y se echó bajo la copa de un árbol. A pesar de lo cansada que estaba, no podía conciliar el sueño, pues Sabar Khan ocupaba todos sus pensamientos. De pronto oyó a dos monos que, subidos a un árbol, hablaban entre sí.

—El rey de Dûr se está muriendo. Kupti, la princesa de un reino lejano, vertió vidrio molido envenenado entre las sábanas de su cama.

—¿Estás seguro? —preguntó el otro mono.

—Me lo han dicho los pájaros —respondió el primero—. Ellos lo saben bien, pues lo ven todo y están por todas partes.

—Qué lástima —intervino el otro mono—, el rey de Dûr es un buen rey. Podría curarse con las bayas de este árbol empapadas en agua caliente. En tres días estaría recuperado.

Imani oyó todo lo que los monos dijeron y, aunque al despertarse no supo si había sido un sueño o no, por si acaso cogió todas las bayas que pudo y siguió su camino, esta vez sin detenerse hasta que llegó a la ciudad de Dûr. Allí se dirigió al mercado y comenzó a recorrer sus calles, abriéndose paso entre los puestos de los comerciantes.

—¡Medicina en venta! —gritaba—. ¿Algún enfermo necesita mi medicina? ¡Cura fiebres y envenenamientos!

La princesa logró llamar la atención de un hombre, que se acercó a ella creyendo que era un joven faquir.

—Acompáñame al palacio —le dijo—. Conozco a un hombre muy enfermo que necesita ser curado.

Sin embargo, no fue fácil para Imani acceder al rey, pues todos los doctores y sabios que lo habían tratado hasta ese momento vestían lujosos ropajes e iban acompañados de varios sirvientes. Pero ella no desistió. Insistió tanto que finalmente le dieron una oportunidad.

—Solo necesito una estancia para mí y una olla para calentar agua.

Los consejeros del rey se sorprendieron de que pidiese tan poco, pues los otros doctores habían solicitado cosas de lo más estrafalarias, pero hicieron lo que les pedía.

En cuanto se calentó el agua, Imani empapó las bayas y pidió a los sirvientes que bañaran al rey con esa mezcla. Así lo hicieron, y ese mismo día el rey pudo por fin dormir sin sentir que la piel le abrasaba. Al día siguiente Imani volvió a calentar agua y a empapar en ella las bayas. Pidió a los sirvientes que humedecieran con ellas los labios del rey. Así lo hicieron, y poco después el rey tenía hambre y sed. El tercer día, Imani pidió a los sirvientes que envolvieran los pies del rey con las bayas empapadas. Así lo hicieron, y poco después el rey se levantó y pudo caminar; tan solo sentía la debilidad de haber estado tanto tiempo en la cama.

El cuarto día Imani decidió marcharse, pues el rey ya estaba totalmente recuperado. Pero Sabar Khan quiso conocer al eminente doctor que le había salvado la vida. Los consejeros le dijeron que había sido un joven faquir, y el rey insistió en que quería agradecerle que le hubiera curado. Cuando Imani, aún vestida como un faquir, se presentó ante él, Sabar Khan le ofreció grandes sumas de dinero como muestra de agradecimiento. Pero Imani no deseaba riquezas.

—Insisto —dijo el rey—. Sería una ofensa para mí que mi salvador rechazara mis presentes.

—En ese caso, me basta con el sello real que lleváis en el dedo y vuestro pañuelo —contestó Imani fingiendo voz varonil.

—Poseo objetos de más valor —le dijo el rey—, pero si solo deseáis esto, tened.

El rey sacó el pañuelo que guardaba en el interior de su capa y se lo dio. Luego se quitó el sello real y, después de dárselo, se despidió del joven faquir, sin haber reconocido a la princesa Imani.

Pasó el tiempo, el rey se recuperó completamente y la vida de Imani y el faquir volvió a ser como antes. Un día, Imani invocó a Sabar Khan con el abanico, y este se presentó de inmediato. Había pasado tanto tiempo y habían ocurrido tantas cosas que estuvieron hablando toda la noche. Al despuntar el alba el rey les habló del joven faquir que le había curado y de lo agradecido que le estaba, aunque solo le había podido regalar su sello real y su pañuelo.

Entonces Imani sonrió y sacó del interior de su traje los dos preciados objetos.

—¿Es esto lo que te pidió tu salvador? —preguntó ella con una gran sonrisa.

Sabar Khan miró a los ojos a Imani y entendió que en realidad ella había sido el joven faquir.

—Creo que no fueron las bayas las que me curaron —respondió él —, sino estar cerca de ti, Imani.

Sabar Khan estaba enamorado de Imani desde el primer día. Le pidió que fuera la reina de su país, al que no regresaría si no era con ella.

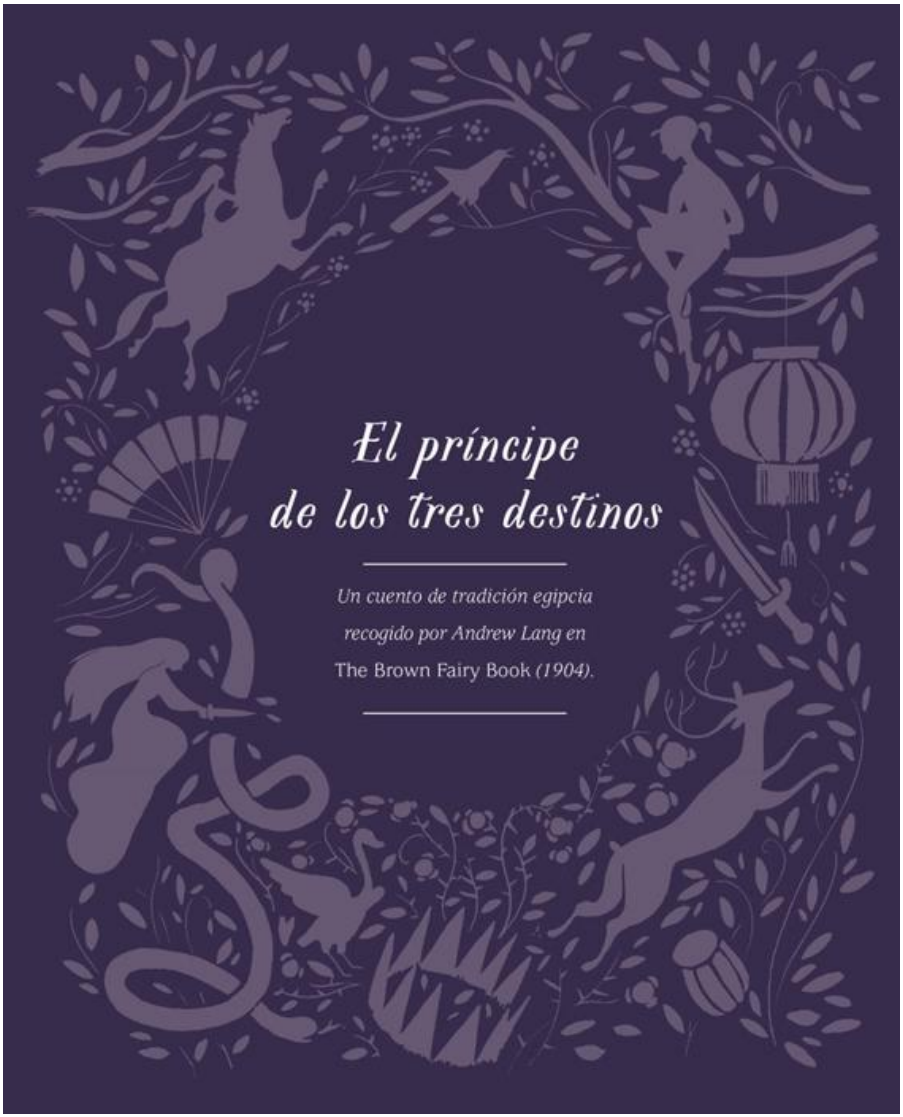
La princesa Imani también estaba enamorada de él, así que acudió

al palacio para comunicar al rey que había decidido casarse.

—Sé que no hay hombre en la Tierra más feliz que tu futuro esposo —le contestó el rey—, como sé que no hay hombre en la Tierra más orgulloso de su hija que yo, querida Imani.

Al escuchar estas palabras, Kupti se rindió ante la evidencia. Su hermana no solo había conseguido labrarse su propia fortuna, sino que había encontrado el amor verdadero. Arrepentida, se acercó a Imani para decirle estas palabras:

—Perdóname, querida hermana. Envidié tu valor sin darme cuenta de que yo también lo tenía. A partir de ahora decidiré por mí misma, sin que el miedo nuble mi valentía.


El príncipe
de los tres destinos
Un cuento de tradición egipcia
recogido por Andrew Lang en
The Brown Fairy Book (1904).

Hace miles de años, en Egipto, el faraón convocó a las sacerdotisas para que bendijeran a su heredero el día de su nacimiento. Pero cuando estas se reunieron junto a la cuna real, sus sonrisas se tornaron en muecas de tristeza, pues vieron en el rostro del bebé el amargo destino que le aguardaba.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmada la gran esposa real.

—Vuestro hijo tiene un triste destino —dijo la sacerdotisa más joven —, y nada podemos hacer por él, pues está escrito que un perro, una serpiente o un cocodrilo le darán muerte.

El faraón y su esposa quedaron tan consternados por el fatídico presagio que ordenaron crear un entorno seguro alrededor de su hijo para librarle del destino que le esperaba.

En los meses siguientes se construyó un palacio fortificado donde se refugiaría el joven príncipe. Los arquitectos y constructores del faraón se esmeraron en reproducir las estancias reales hasta en los más mínimos detalles. Allí creció el pequeño heredero rodeado de juguetes, niñeras y esclavas, que le ayudaban a distraerse. Incluso había centinelas nocturnos que vigilaban las inmediaciones por si algún perro, serpiente o cocodrilo se acercaba.

Sin embargo, nada de eso impidió lo inevitable, y un día en que el pequeño príncipe paseaba por el corredor de la muralla, vio en el desierto algo que llamó su atención.

—¿Qué es eso? —preguntó lleno de curiosidad.

Su niñera le explicó que era un perro, y aunque intentó mostrarlo como algo poco atractivo y peligroso, el pequeño fantaseó con la idea de jugar con él. Como la niñera se lo negaba una y otra vez, decidió hablar con el faraón.

—Quiero un perro —pidió a su padre esa misma noche.

El faraón, que siempre había temido ese momento, explicó a su hijo la profecía que se cernía sobre él.

—Tu destino es morir a causa de un perro, una serpiente o un cocodrilo —confesó su padre—. Por eso debes alejarte de ese animal.

Pero el joven heredero no se asustó. Al contrario, sintió una gran liberación al comprender por qué había crecido aislado en aquel palacio. Decidió que no estaba dispuesto a vivir con miedo.

—Padre, deseo ese perro para que me haga compañía —le explicó —. Aquí soy muy desgraciado.

El faraón accedió, convencido de que un cachorro nada podría hacer a su hijo. Se desharía de él en cuanto creciese y pudiera ser un peligro; para entonces su hijo ya sería un hombre y no sentiría apego por el animal. Así que, pocos días después, le entregó un perrito que empezó a lamerle y mordisquearle con cariño.

Efectivamente, pasaron los años sin ningún peligro para el joven heredero, y llegó un día en que se convirtió en un hombre. Pero estaba harto de vivir encerrado entre los muros del palacio. No temía a nada, se había entrenado para luchar contra todo tipo de bestias… ¿por qué habría de temer a una vieja profecía?

Se presentó ante su padre y le imploró que le dejara marchar, pues nada ansiaba más que la libertad. Deseaba conocer mundo, convencido de que solo así podría gobernar Egipto con la justicia y templanza de un faraón. Para su tranquilidad, le acompañaría su perro, que había crecido con él desde la infancia. Ahora era un animal

que se tornaría fiero y atacaría con tal de defender a su amo si hiciera falta.

El faraón comprendió a su hijo y lo dejó marchar.

—Si el destino viene a buscarte, mejor será que no te halle ni aquí ni en ningún rincón de Egipto —le dijo—. Fletaré un barco para que el Nilo te lleve lejos, donde no pueda encontrarte jamás.

Así fue como el heredero se despidió de su padre, montó en su caballo y se fue hacia el puerto. Allí él y su perro embarcaron en una enorme nave que remontó el Nilo hasta la región de Aswan. Al cabo de varias semanas de viaje divisó la bandera de un lejano reino en las costas del Mar Rojo. Pensó que era buen lugar para emprender una nueva vida, un lugar donde podría burlar a su destino y donde nadie sabría de su linaje real.

Seguido por su fiel amigo, cabalgó hasta las murallas del palacio más hermoso que había visto jamás. Claro que tampoco había visto más palacio que el de su padre.

El joven descubrió que se trataba de un reino gobernado por un rey justo y piadoso, pues todos los que se encontraba a su paso hablaban maravillas de él. Solo tenía una hija, y la amaba tanto que había construido para ella un magnífico palacio con la torre más alta del reino. Tenía setenta ventanas a setenta pies del suelo, y eso no era un mero capricho, sino el resultado de la voluntad del rey, que deseaba encontrar al príncipe merecedor de su hija. Este no sería otro que aquel que lograra trepar hasta la ventana donde se encontraba la princesa. Sería la prueba de que estaba preparado para hacer feliz a su amada hija.

El heraldo real recorrió los reinos vecinos para comunicar la prueba impuesta por su rey a quienes quisieran desposar a la princesa. A ella no le pareció mal semejante reto, pues le ahorraría decenas de horas conversando con pretendientes aburridos y engreídos. Además, las virtudes que más valoraba en un joven eran la prudencia y la inteligencia, y aquella no era una prueba para impetuosos jóvenes sin cerebro, pues las paredes de su palacio eran de mármol, lisas como espejos.

Cada mañana, tras despachar sus menesteres como futura reina, se

acomodaba junto a la ventana para ver a las decenas de jóvenes que saltaban, trepaban, brincaban, se pavoneaban… y caían estrepitosamente al suelo, maldiciendo su mala suerte.

Al muro del palacio acudía todo tipo de gente, no solo aquellos que aspiraban a trepar sus blancos muros, sino también lugareños que disfrutaban del espectáculo, pues el esfuerzo de los jóvenes era digno de ver. Día tras día, las capas de los aspirantes salpicaban los blancos muros del palacio de colores variopintos, y aunque algunos lograron llegar más lejos que otros, ninguno consiguió acercarse a la ventana donde aguardaba la princesa. Pasaron así cuatro días y el número de pretendientes aumentó tanto que llegó a oídos del príncipe, que decidió probar suerte disfrazado de forastero en busca de nuevas oportunidades. Pero en lugar de hacer lo que todos hacían, ni más ni menos que saltar o escalar una y otra vez, siempre del mismo modo, para fracasar continuamente, estuvo observando a los demás durante varios días. Así descubrió cuáles eran los lugares del muro que resultaban más difíciles y supo qué caminos evitar. También aprendió de memoria dónde estaban las pequeñas grietas y los salientes, por pequeños que fueran, y trazó un mapa que pudiese guiarlo en la subida. Aprendió de los errores de los otros pretendientes y, cuando se sintió preparado, comenzó la ascensión. Tenía tan aprendida la ruta que debía seguir que sorprendió a todos con su pericia y rapidez, pues llegó al alfeizar de la ventana en pocos minutos.

—Llevo días viendo cómo observas a los demás —le saludó la princesa—. Sabía que llegaría este momento, pues tu prudencia y tu inteligencia te han traído hasta aquí.

Los jóvenes hablaron y se enamoraron. Mientras tanto, corrió la voz por el reino de que un joven había logrado escalar el muro con éxito. El rey escuchó reconfortado la noticia, pues empezaba a temer que nadie lo consiguiese. Pero toda su alegría se tornó en ira cuando supo que el joven no era un príncipe, sino un plebeyo. ¡Su padre cuidaba caballos!

—¡Que abandone mi reino inmediatamente! —ordenó el rey, furioso —. ¿Cómo se atreve ni siquiera a pretender a mi hija? ¡Es una princesa!

El rey mandó apresar al joven para encerrarlo en las mazmorras y ahorcarlo al día siguiente por su atrevimiento.

—Padre, considera lo que el pueblo pensaría de un rey que rompe su promesa —susurró su hija—. Nunca dijiste que los pretendientes debían ser de sangre real —le recordó finalmente.

Las sabias palabras de la princesa calmaron la ira de su padre. Cuando el joven entró en el salón del trono, su prudencia complació al rey, cuya satisfacción aumentaba a medida que le escuchaba hablar.

—Dime quién eres —exigió al fin el rey—. Oyéndote hablar, es difícil creer que seas el hijo de un cuidador de caballos.

—Debo mi educación a mi madre —respondió el joven, que no quería revelar su identidad al rey por miedo a que su destino le encontrara.

A regañadientes, el rey aceptó su respuesta y bendijo el matrimonio. Antes de la ceremonia, el joven quiso ser sincero con su futura esposa.

—Soy un príncipe, pero mi vida está en manos de tres criaturas: un cocodrilo, una serpiente y un perro —le confesó.

La princesa escuchó la historia de la profecía sin entender bien cómo podía tener tanto cariño a su perro.

—Ha sido mi compañero desde que yo era un niño y él un cachorro, jamás me haría daño —dijo él—. No te preocupes por mí, siempre llevaré una espada conmigo, y cuando salga del palacio me acompañará un guardia real.

Al día siguiente se celebró la boda, y meses después llegó la noticia de que el faraón, enfermo y solo, buscaba a su hijo, el heredero, para que pasara sus últimos días junto a él.

El joven decidió acudir junto a su padre para que se cumpliera su última voluntad. Se despidió de su esposa y emprendió el viaje de regreso. El camino era tan largo que necesitó varios días y varias noches. En una ocasión, mientras dormía a orillas del Nilo, un enorme cocodrilo reptó hasta él. Por suerte, el guardia real que lo acompañaba se despertó y dio al cocodrilo una pócima que lo dejó dormido durante días.

Finalmente el joven pudo reunirse con su anciano padre. De nuevo en Egipto, se dio cuenta de lo mucho que había añorado su hogar y

supo que no podría abandonarlo de nuevo. Pidió a su esposa que se reuniera con él para gobernar juntos, y así fue como, semanas después, los jóvenes esposos al fin se encontraron.

Una noche, mientras la princesa intentaba conciliar el sueño, vio una extraña criatura en un rincón de la habitación. Sus ojos brillaban en la oscuridad y se movía lentamente hacia su esposo, que dormía plácidamente. Ella se encogió, asustada, pues vio que se trataba de una enorme serpiente, uno de los animales de la profecía.

Reuniendo todo su valor, pensó con rapidez cómo librarse de ella. Puso en el suelo un espejo y un cuenco de leche caliente. Atraída por el olor, la serpiente reptó hacia allí y, al verse reflejada en el espejo, creyó que otro reptil le arrebataría el alimento. El animal luchó contra su imagen hasta caer agotado. Así, gracias a la princesa, el príncipe escapó para siempre del primero de sus tres destinos.

A la mañana siguiente, el joven cabalgó hasta el río con su fiel perro, que era tan viejo que ya estaba casi ciego. De pronto le llamó la atención algo que parecía un tronco de madera. Bajó de su caballo y se acercó, pero entonces se dio cuenta de que no era lo que parecía. Las enormes fauces del cocodrilo del Nilo descubrieron la terrible verdad.

—No puedes escapar de mí —dijo el reptil—. Soy tu destino.

El príncipe supo entonces que, fuera donde fuese, hiciera lo que hiciese, siempre encontraría la misma amenaza. Por primera vez temió por su vida y acudió a un anciano mago para pedirle ayuda.

—Existe un medio para librarte de la profecía —le dijo—. Debes cavar un pozo en la arena seca y llenarlo de agua. Solo entonces desaparecerá su poder. Si no, la muerte acudirá a ti rápidamente.

El joven se alejó apesadumbrado, pues sabía que era imposible mantener el agua en un pozo de arena. Quiso compartir su preocupación con la princesa, quien le vio tan angustiado y abatido que quitó importancia a tan extraña tarea.

—¿Cómo puede un agujero de arena permanecer lleno de agua? —repetía el joven una y otra vez.

—No temas —le tranquilizó la princesa—. He estudiado el uso de las plantas. En el desierto, cerca de aquí, crece una pequeña flor de trece pétalos que mantendrá el agua en el pozo durante todo un año. Iré a buscarla al amanecer. Mientras tanto, comienza a cavar el hoyo si así lo deseas.

Antes de que despuntara el alba, la princesa partió hacia el desierto con el corazón en un puño, pues en realidad ignoraba dónde encontrar la flor. Por el camino encontró a un gato sagrado. Representaba a la diosa Bastet, la diosa de la armonía y la felicidad, y quiso ayudarla. Le dijo que podría hallar la mágica flor en la cumbre de una montaña, en cuya cima soplaban los vientos de dioses furibundos. Decidida, se dirigió hasta allí, escalando la cima como pudo y aferrándose con la yema de los dedos a cualquier pequeña rendija que veía.

—Si mi esposo escaló los muros de mi castillo sin conocerme, qué menos que yo escale esta montaña para salvarlo —se decía para infundirse ánimo.

Cuando por fin logró coronar la cima se levantó una ventisca que le obligó a cerrar los ojos. Lamentó su suerte por no poder buscar a simple vista la flor mágica. Pero tampoco se dio por vencida y comenzó a palpar el terreno, hasta que dio con una delicada flor entre las aristas de las rocas. Contó temblorosa los pétalos. Uno, dos, tres…

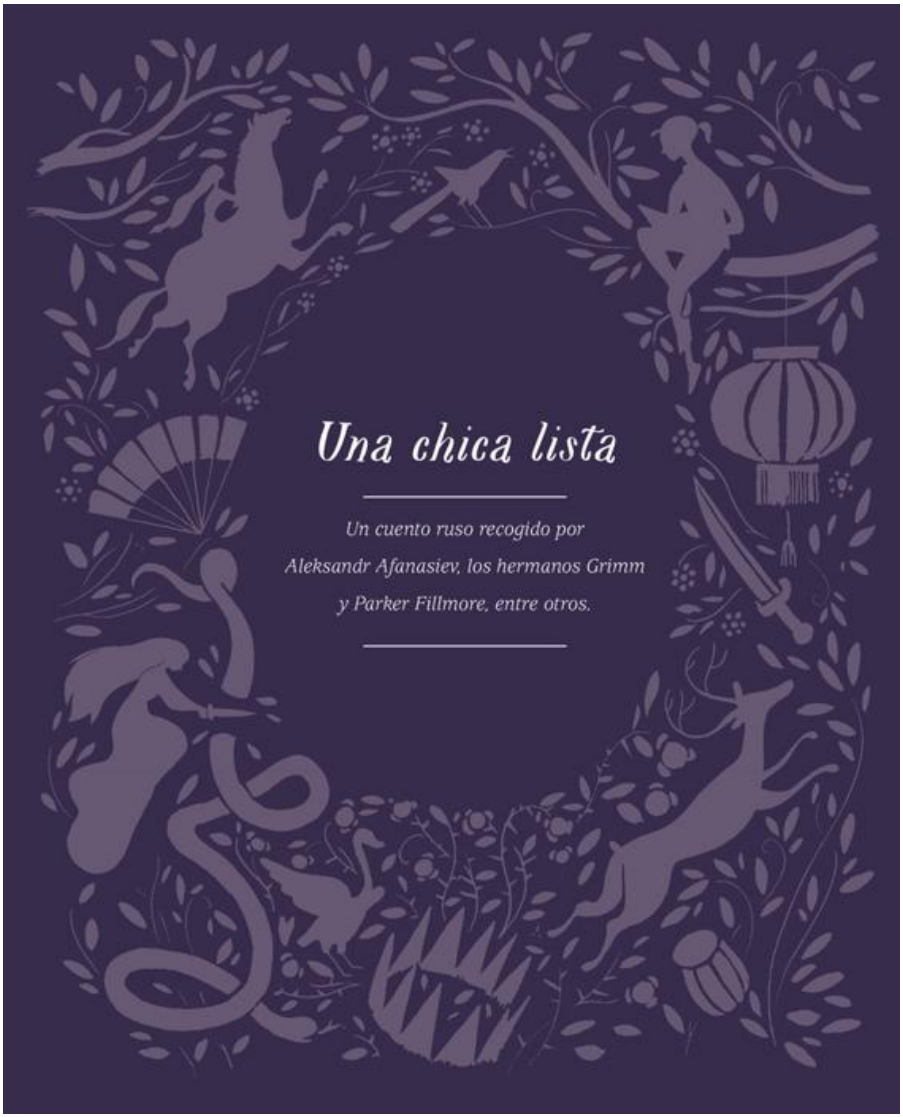
hasta trece. La guardó junto a su pecho y comenzó el descenso de regreso al palacio.

Encontró a su esposo en la orilla del río, junto al pozo que había cavado y bajo la acechante mirada del cocodrilo. La princesa puso la flor en el hoyo, el joven vertió agua y fueron pasando los minutos, hasta llegar a una hora, sin que el agua hubiera desaparecido. Entonces la joven miró triunfante al cocodrilo, que se sumergió en las aguas. Y fue así como, gracias a la princesa, el príncipe escapó para siempre del segundo de sus tres destinos.

La feliz pareja celebró su suerte con una cacería en un pantano cercano. Como siempre, los acompañó el fiel perro, que como apenas veía cayó en una ciénaga. Su amo saltó a socorrerlo con tan mala suerte que empezó a hundirse él también en las traicioneras aguas. La princesa actuó rápidamente: encontró una cuerda, se la lanzó al joven y lo ayudó a salir.

—Siento que haya muerto tu perro —lamentó ella—, piensa al menos que así no tendrás más preocupaciones.

Y así fue como la inteligencia, el valor y la fuerza de la princesa lograron que el príncipe se librara de su terrible destino.


Una chica lista
Un cuento ruso recogido por
Aleksandr Afanasiev, los hermanos Grimm
y Parker Fillmore, entre otros.

asha, la joven hija de un pastor, vivía con su padre en una apartada cabaña. Era muy lista, le encantaba ir a la escuela y soñaba con viajar cuando dejasen de ser pobres. Algunas tardes iba a la plaza del pueblo. Allí se reunía con otras jóvenes, pero mientras las demás jugaban, a ella le gustaba escuchar los pleitos que había entre los vecinos. Muchos de ellos se quejaban del granjero más rico del pueblo, un hombre codicioso y sin escrúpulos.

Una noche, al regresar a casa, Masha se encontró a su padre triste y cabizbajo.

—¿Qué te ocurre, padre? —preguntó ella.

—He trabajado durante una semana entera para el granjero —contestó el pastor—. Acordamos que me pagaría con una novilla, pero ahora se niega a dármela.

—No te puedes fiar de alguien tan codicioso y con tan pocos escrúpulos —repuso Masha—. Deberías presentarte ante el alcalde, seguro que le obliga a cumplir el trato.

Así fue como al día siguiente el pastor acudió al ayuntamiento. El alcalde era un hombre joven e inexperto en el cargo, así que, aunque escuchó atentamente al pastor, su inexperiencia le hizo dudar. Llamó al granjero y, tras escuchar su versión, les propuso una adivinanza. Así descubriría qué tipo de persona era cada uno de ellos.

—Aquel que sepa la respuesta correcta se quedará con la novilla —sentenció.

Tanto el granjero como el pastor lamentaron la respuesta del alcalde.

—Mañana a esta hora debéis decirme qué es lo más rápido, qué es lo más dulce y qué es lo más rico del mundo.

El granjero regresó a su casa tan contento que iba dando pequeños saltitos por el camino, pues estaba seguro de que acertaría la adivinanza. El pastor, en cambio, se dirigió a su cabaña aún más apesadumbrado que cuando salió de ella, pues por mucho que pensaba en el acertijo, no sabía cuál era la respuesta correcta.

Al ver a su esposa, el granjero codicioso le dijo:

—Tranquila, mujer, el alcalde me ha puesto una adivinanza —le explicó—. Es un acertijo muy fácil, tanto que incluso creo que nos está haciendo un favor, pues la respuesta la tenemos ante nuestros propios ojos.

La esposa del granjero siempre había admirado a su marido, al que consideraba muy listo. Se sentó a escucharle mientras él movía la cabeza poniendo a sus palabras gran énfasis, tanto con sus gestos como con su voz.

—Verás, está claro que lo más rápido del mundo es nuestra yegua gris. Fíjate que cuando voy con ella al campo, no hay animal que la adelante. Lo más dulce del mundo es, sin duda, nuestra miel. ¿Recuerdas cuando le regalé una jarra llena de nuestro manjar? Seguro que lo pregunta por eso. —El hombre continuó—: En cuanto a lo más rico, bien sabes que nadie en el pueblo ha acumulado tanta riqueza como yo, así que, sin duda, es nuestro baúl lleno de monedas de oro.

Tan seguro estaba el granjero de acertar la adivinanza que él y su esposa lo celebraron con una suculenta cena. Ya se imaginaban vendiendo la novilla por un dineral, lo que les permitiría aumentar más aún su riqueza.

Cerca de allí, en la cabaña del pastor, Masha consolaba a su padre. Veía en él a un hombre abatido por el infortunio, incapaz de matar una mosca y mucho menos de protestar ante una injusticia. Así que le tranquilizó respondiendo al enigma que tantos quebraderos de cabeza le estaba dando.

—Verás, padre, no hay nada más rápido que el pensamiento. Dime dónde está tu mente ahora y llévala al río. ¿Quién podría ir tan rápido, si no el pensamiento? En cuanto a lo más dulce del mundo, piensa en el sueño que te recibe cada noche cuando caes rendido en el camastro. ¿Acaso imaginas algo más dulce que eso? Sobre la riqueza, si reflexionas sobre ello caerás en la cuenta de que lo más rico del mundo es aquello que nos da todo lo que necesitamos. ¿No es acaso la tierra lo más rico que hay?

El pastor levantó la mirada del suelo y observó a su hija. Esta vez no

solo había hecho gala de su inteligencia, sino también de poseer una gran sensibilidad, pues únicamente con esas dos virtudes se podría resolver tan complicado enigma.

Al día siguiente el granjero llegó al ayuntamiento con un saco lleno de peras, pues pensaba regalárselas al alcalde cuando le diera la novilla. El pastor, sin embargo, se presentó con las manos vacías, aunque llevaba un gesto menos sombrío que el día anterior.

El alcalde los recibió enseguida, deseoso de poner fin a esa contienda.

—Y bien, ¿ya sabéis qué es lo más rápido, lo más dulce y lo más rico del mundo?

El granjero se apresuró a responder, sin esperar a que el alcalde le diera la palabra.

—Lo más rápido del mundo es mi yegua gris, por supuesto, porque ningún otro animal la adelanta en el camino —dijo repitiendo las palabras que le había dicho a su esposa—. Lo más dulce es la miel de mis colmenas, como bien sabéis, y nada hay más rico que mi baúl repleto de monedas de oro.

El alcalde se esforzó en ocultar la sorpresa de su rostro, pues aquella respuesta le pareció propia de alguien tan necio, egoísta y corto de miras que no veía más allá de sus narices. En lugar de responderle, miró al pastor y le pidió que hablara.

—Señor, no poseo yo la inteligencia ni la claridad para hallar la respuesta correcta. Sin embargo, soy el afortunado padre de una hija tan inteligente y bondadosa que me ha dado esta solución. —El pastor continuó—: Lo más rápido es el pensamiento, con el que podemos recorrer el mundo en menos que canta un gallo. Lo más dulce es el sueño que nos acaricia tras un día de fatiga y lo más rico es la generosa tierra que nos regala el alimento y todo lo que necesitamos para vivir.

El alcalde felicitó al pastor por la respuesta e ignoró por completo al granjero, que se fue tan indignado que olvidó el saco de peras.

Intrigado por la hija del pastor, a la que el buen hombre había elogiado tanto, el alcalde le dio diez huevos para que se los entregara.

—Pídele a tu hija que de cada huevo me traiga mañana un pollo.

El pastor miró incrédulo al alcalde. ¿Había oído bien? ¡Eso era imposible! Pero el hombre no se atrevió a decir ni media palabra y regresó a casa con el corazón en un puño pensando que quizá no debía haber mencionado a Masha, a la que, sin querer, había puesto en un terrible aprieto.

Cuando Masha vio los huevos y escuchó a su padre se echó a reír. Luego hizo una enorme tortilla que compartieron con todos sus vecinos. El pobre pastor confiaba en su hija, pero temía que esta vez el reto fuese imposible de realizar.

Al día siguiente Masha se sentía como quien empieza a leer un libro asombroso o como quien observa las estrellas y las compara con los mapas del firmamento. Sentía asombro y una gran curiosidad por ver cómo respondería el joven alcalde a su reto, pues a través de su padre le enviaba otro también.

—Toma un puñado de mijo, es para el alcalde —le pidió Masha a su padre—. Dile que si lo planta, lo cultiva y lo tiene cosechado para mañana, yo misma le llevaré los diez polluelos para que se alimenten del grano maduro.

El pobre pastor miró el puñado de mijo, después observó a su hija y vio tal brillo en sus ojos que entendió lo segura que estaba de sí misma y de lo que hacía. Así que, sin temor alguno, aunque sin comprender en qué consistía ese ir y venir de huevos y mijo, trasladó al alcalde las palabras de Masha. Este soltó una sonora carcajada cuando escuchó la respuesta y expresó al pastor su deseo de conocerla.

—Pero que no venga ni de día ni de noche, ni a caballo ni caminando, ni vestida ni desnuda —añadió.

Masha se alegró al recibir el mensaje. Ella también sentía una gran curiosidad por conocer al joven alcalde, pues le parecía inteligente y con sentido del humor. La joven esperó hasta el amanecer, se desvistió y se envolvió en una red de pesca. Después se sentó sobre un tablero que ató a una cabra. Y así, conducida por el animal, se presentó en el ayuntamiento.

Al verla, el alcalde no pudo por menos que elogiar la ocurrencia de la joven.

—Aquí estoy —dijo ella al verle—. No he venido ni de día ni de

noche, pues amanece; ni a caballo ni caminando, pues me trae a rastras esta cabra. Tampoco vengo vestida, pues una red no es ropa, ni desnuda, puesto que no se ve mi cuerpo.

El joven alcalde quedó tan encantado con la astucia de Masha que le ofreció que se quedara a vivir en el ayuntamiento.

—Hay aquí una biblioteca que está a tu disposición —dijo el joven, pues sabía cuánto le gustaba leer a Masha.

Pasaron los días y los meses. Masha aprendía cada día algo nuevo, el alcalde gobernaba cada vez mejor y entre ellos nació un profundo amor. Un día él le pidió matrimonio.

—Acepto —dijo ella—, pero con una condición: nunca interferirás en mi libertad, y podré hacer lo que quiera e ir a donde me plazca. Si no la cumples, regresaré a la cabaña.

El joven alcalde también quiso poner una condición:

—De acuerdo —respondió—, y tú nunca interferirás en mis asuntos. Si lo haces, volverás a la cabaña.

La pareja contrajo matrimonio y fue muy feliz, pues además del amor y la buena suerte compartían un gran respeto el uno por el otro. Pero un día ella salió a pasear y se encontró con un hombre que lloraba amargamente.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó la joven.

El hombre le explicó que su yegua había parido un potro, pero se lo había quedado su vecino.

—¿Y cómo ha podido hacer algo así? —preguntó Masha.

—Porque el potro caminó hasta su carreta y se quedó a dormir debajo de ella. Así que dice que es de su propiedad.

—¡Pero eso es un abuso! —protestó Masha—. Acude al alcalde y pídele que intervenga, él lo resolverá justamente.

La sorpresa de Masha fue enorme cuando el hombre le explicó que ya había acudido al alcalde y que este había dictaminado que el hombre que encontró al potro debajo de su carro era el dueño del animal.

Masha supuso que su marido no había escuchado bien la historia de aquel hombre, pues claramente su dictamen era erróneo. Y como quiso ayudar a que se reparara la injusticia, decidió intervenir.

—Ven por la tarde con una red de pesca y estírala por el camino —le dijo Masha—. Cuando te vea el alcalde, te preguntará qué estás haciendo. Contéstale palabra por palabra lo que te diré ahora. Así verá la injusticia de su dictamen y rectificará.

El hombre quedó muy agradecido a Masha, y le juró no desvelar que ella había sido la artífice de tan ingenioso plan.

Pocas horas después, al caer la tarde, el alcalde salió a pasear y le preguntó al hombre qué hacía con esa red en el camino. Cuando el hombre explicó que estaba pescando, el alcalde contestó:

—Es imposible que pesques ningún pez en un camino polvoriento.

Era justo lo que el hombre necesitaba oír para replicar:

—Bueno, para mí es tan fácil pescar peces en un camino como para otros que un carro pueda parir un potro.

Inmediatamente el alcalde se dio cuenta de que se había equivocado en el veredicto dado por la mañana y rectificó. Sin embargo, sospechó que aquello no había sido cosa del hombre. Cuando le preguntó quién le había dado esa idea, este olvidó la promesa que le había hecho a Masha y le contó la verdad.

El alcalde sintió que había sido traicionado y la desconfianza se instaló en él.

—De todas las cosas que podía haberte pedido, solo te pedí una —le dijo con tristeza a su esposa—, y no la has respetado, así que abandona esta casa y regresa a la cabaña, como acordamos.

Masha reconoció que había incumplido su promesa. En lugar de suplicarle que recapacitara y le perdonase su falta, fue honesta y habló con el corazón. Le recordó lo felices que habían vivido hasta entonces y le pidió seguir siendo amigos después de su marcha. Para recordar el pasado celebraron una suculenta cena en la que ambos rieron y se divirtieron.

—¿Sabes, esposo? —dijo Masha de pronto—. Voy a marcharme en breve, pero me gustaría llevarme algo de recuerdo, lo que más aprecio y más me gusta de esta casa. ¿Te parece bien?

El joven asintió con los ojos entornados, pues se encontraba cansado tras la opulenta cena. Pronto entró en un profundo sueño y Masha aprovechó para poner en marcha su plan. Sacó varios metros de tela del arcón para envolver a su marido. Después lo arrastró hasta el carro y lo subió a él. Al día siguiente, el alcalde despertó cuando el sol ya estaba en su cenit, y se sorprendió al ver que no se hallaba en su cama.

—¿Qué ocurre, Masha? —preguntó algo desorientado.

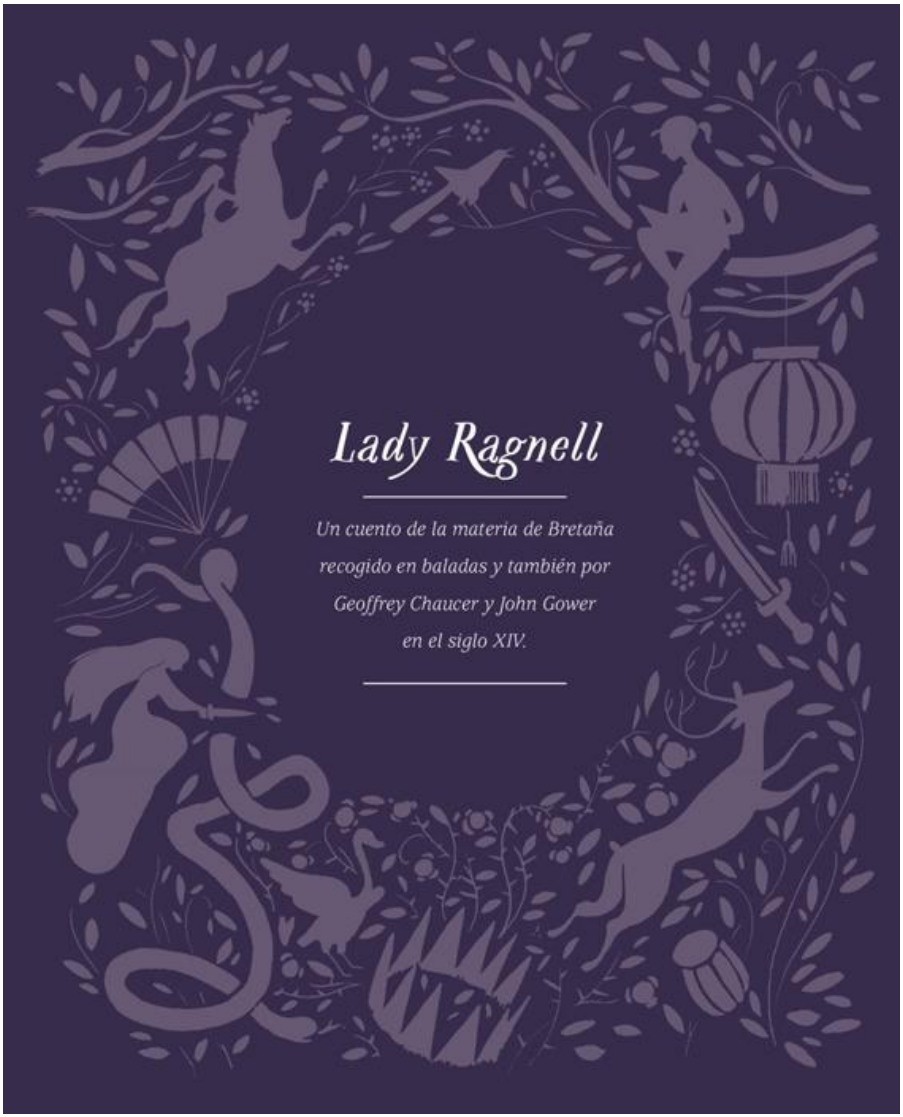
Ella sonrió mientras descorría las cortinas de la cabaña.

—Nada, esposo mío. Simplemente he hecho lo que me permitiste. He vuelto a la cabaña de mi padre y he traído conmigo lo que más aprecio y más me gusta de la que fue mi casa hasta ayer.

El joven alcalde se miró a sí mismo y sonrió al comprender lo astuta que había sido Masha, una vez más. Se dio cuenta entonces de que pedirle que no interviniese en sus asuntos era como pedirle a un pájaro que dejara de volar.

—Sé que además de inteligente eres bondadosa —le dijo él—, así que espero que me perdones y aceptes la propuesta que te voy a hacer.

Masha iba a decir que sí antes de escucharla, pensando que se trataba de regresar a su casa. Sin embargo, su esposo le pidió que le ayudase en todos sus asuntos, pues estaba más preparada que él y era, sin duda alguna, la persona más inteligente que jamás había conocido.


Lady Ragnell
Un cuento de la materia de Bretaña
recogido en baladas y también por
Geoffrey Chaucer y John Gower
en el siglo XIV.

En un legendario reino llamado Camelot gobernaba un rey justo, conocido por su valor, que contaba con doce caballeros para mantener la paz en la región. Ellos eran el rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda. Una tarde en la que cabalgaban por el bosque de Inglewood, el rey vio un hermoso ciervo entre la bruma. Para no asustarlo, prefirió alejarse del resto de la cacería e ir él solo a su encuentro. No imaginó que era una trampa de sir Gromer Somer Joure, un despiadado brujo que atemorizaba a todo el que se cruzaba en su camino.

Antes de que el rey pudiera ver al brujo, su fiel caballo Hengroen sintió su poderosa presencia y, para advertir a su amo, relinchó y clavó sus cascos en el suelo. Pero el rey, que no tenía miedo a nada, apoyó su mano derecha en la espada y espoleó al caballo para que siguiera avanzando tras el ciervo. Sir Gromer apareció de pronto en medio de la niebla con su imponente armadura negra, pero antes de atacar al rey le dijo:

—Os perdonaré la vida si dentro de un año volvéis aquí y me respondéis a la pregunta que os formularé ahora.

Aunque el rey Arturo no temía luchar, declinó pelear, pues sabía que sería una batalla desigual. La magia de sir Gromer lo derrotaría. Así pues, aceptó el reto. Un año era tiempo suficiente para encontrar la respuesta a cualquier pregunta, por difícil que fuese. Podría consultar a sabios de otros reinos, reunir a estudiosos y eruditos… Era muy probable que acertase, aunque sabía que sir Gromer no lo retaría si no estuviese seguro de ganar.

—¿Y qué ocurrirá si fallo la respuesta? —quiso saber el rey.

—En ese caso acabaré con vuestra vida —sentenció sir Gromer Somer Joure.

Un escalofrío recorrió de arriba abajo a Arturo, que por un instante sintió el temor de caer en su trampa.

—Haced la pregunta —dijo con firmeza.

—¿Qué es lo que realmente quieren las mujeres? —preguntó el

caballero de la negra armadura, tras un silencio.

Después de pronunciar estas palabras, sir Gromer desapareció entre una oscura humareda. El rey Arturo espoleó a su caballo y Hengroen se alejó galopando tan rápido como pudo. Cuando llegó al castillo de Camelot, Arturo se encerró en él para intentar hallar una respuesta, pero todo lo que acudía a su mente era la malvada mueca de sir Gromer anunciando su muerte al cabo de un año.

La preocupación del rey no pasó desapercibida para su sobrino, sir Gawain. Le quería y admiraba tanto que, a pesar de los intentos de su tío por disimular su pesar, un día se acercó y le preguntó qué le ocurría.

En cuanto el rey compartió su tormento se sintió mejor, pues confiaba en que su sobrino pudiera responder a la difícil pregunta de sir Gromer. Al fin y al cabo, aunque no tenía ninguna amada, sir Gawain era el favorito de las damas de la Corte. Sin embargo, el joven caballero le propuso algo insólito: recorrer el reino y preguntar a cuantas mujeres encontrasen en el camino qué era lo que más deseaban.

—Iremos separados —añadió su sobrino— y escribiremos sus respuestas en un libro. Al final de nuestro viaje nos reuniremos y sabremos cuál es la respuesta verdadera.

Al amanecer, comenzaron su largo viaje, cada uno en una dirección. A todas las mujeres que encontraban les preguntaban qué era lo que más deseaban.

—Quiero casarme con el hombre que yo elija —decía una.

—Yo quiero ir a la guerra, como mi esposo —confesaba otra.

—A mí me gustaría viajar a lugares lejanos —añadía la siguiente.

—Ay, ¡cuánto daría por ser siempre joven y bella! —exclamaba otra.

Poco antes de que su aventura cumpliera un año, se reunieron en el castillo. Pero las respuestas que habían recogido eran tan dispares que no supieron cuál de ellas podría ser la verdadera.

Arturo cabalgó de nuevo al bosque de Inglewood esperando encontrar al caballero de la negra armadura y convencerlo de que cambiara su trato antes de que venciese el año.

Pero en el bosque no encontró a sir Gromer, sino a una mujer. Caminaba entre los árboles como si se escondiera tras ellos. Se acercó a ella para ofrecerle ayuda, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, la mujer se dio la vuelta para hablarle. El rey Arturo se quedó impresionado por su horrible fealdad. Su rostro estaba deformado, su pelo enmarañado caía sobre sus hombros como cuerdas deshilachadas y sus labios eran dos gruesas líneas que ocultaban una desagradable dentadura. Sus ojos, pequeños y desiguales, lo observaban con atención. Arturo se sintió incapaz de sostenerle la mirada.

—Sé lo que andáis buscando —dijo la mujer—. Yo puedo ayudaros.

El rey Arturo trató de prestar atención.

—Majestad, puedo salvaros la vida, pero con una condición.

Nada se le ocurría a Arturo que fuera peor que perder la vida a manos de sir Gromer, así que siguió escuchando atentamente.

—Os diré qué es lo que desean las mujeres si, a cambio, sir Gawain acepta casarse conmigo.

Las palabras de la espantosa mujer no sonaron amenazadoras. No hablaba con ira, sino con tristeza y resignación. Después guardó silencio. Ella, que en realidad era una bruja, tenía puestas sus esperanzas en la respuesta del rey. Pero Arturo no estaba dispuesto a causar la desgracia a su sobrino. Para ganar tiempo le dijo que iría al castillo a escuchar personalmente qué deseaba hacer él.

Cuando el rey se encontró con sir Gawain apenas se atrevió a exponerle lo ocurrido en el bosque. Pero ante su insistencia, acabó escuchando la oferta de la bruja.

—No necesito pensarlo —respondió Gawain—. Me casaré con ella si así os salvo la vida.

El rey Arturo lamentó condenar a su sobrino a tan desgraciado destino. Con pesar en su corazón, montó de nuevo en su caballo y regresó al bosque, donde encontró enseguida a lady Ragnell.

—¿Venís con la respuesta de sir Gawain? —preguntó la bruja.

El rey movió la cabeza afirmativamente. Después, mirando a los horribles ojos de la mujer, murmuró que sí, que su sobrino se casaría con ella. Entonces lady Ragnell, con una extraña sonrisa, le reveló lo que tanto tiempo había estado buscando.

—Lo que más desean las mujeres es tener libertad para decidir por ellas mismas.

El rey Arturo pensó en todas las respuestas que le habían dado las mujeres del reino y dio por seguro que esta debía ser la verdad, pues la única cosa que tenían en común las miles de contestaciones diferentes que habían recibido era que todas las mujeres querían elegir. Inclinó la cabeza como despedida y espoleó a su caballo, que lo llevó hacia el interior del bosque en busca de sir Gromer.

Cuando el caballero de la armadura negra escuchó la respuesta del rey Arturo, su rostro se contrajo en una horrible mueca.

—¡Maldición! —rugió—. Esa respuesta solo puede habértela dado mi hermana, lady Ragnell.

El rey Arturo sintió como si le hubieran atravesado el corazón con una lanza ardiendo. De pronto vio claro que había caído en una trampa y, además, había arrastrado con él a su sobrino. Si esa bruja era la mismísima hermana de sir Gromer Somer Joure, ¡debía detener

ese matrimonio como fuese! Regresó al castillo a toda prisa y reveló a sir Gawain la horrible verdad.

—Agradezco tu advertencia —respondió su sobrino—, pero aun así seguiré adelante con el compromiso, pues he dado mi palabra.

En los días siguientes, mientras tenían lugar los preparativos de la boda, el rey Arturo aprovechó cualquier oportunidad para intentar que su sobrino cambiara de opinión, pero todo fue en vano. Al fin llegó el momento tan deseado por lady Ragnell y tan temido por el rey. La ceremonia tuvo lugar en una pequeña iglesia cerca del bosque, a la que la novia acudió con el rostro cubierto, y así permaneció hasta el final del día, cuando la nueva pareja se quedó a solas.

En el momento en que lady Ragnell se descubrió el rostro, el joven Gawain intentó no mirarla, pero pronto se dio cuenta de que, si iba a compartir el resto de su vida con ella, por el bien de ambos debería tratarla como a una esposa. Por desagradable que fuese su aspecto, la joven había salvado la vida de su tío; no había hecho nada para merecer su desprecio. Así, se acercó a ella y le ofreció un beso sincero, prueba del afecto que algún día esperaba sentir.

El roce de los labios en su rostro deformado conmovió a lady Ragnell. Sintió que su corazón se abría y derramó una lágrima de alivio. En ese preciso instante, su fealdad desapareció y se convirtió en la hermosa joven que siempre había sido. Su esposo apenas creía lo que veía, pero antes de que pudiera preguntarle qué había ocurrido, lady Ragnell se apresuró a contarle la verdad.

—He vivido bajo un horrible hechizo que me hacía tener la apariencia que has conocido —explicó—. Mi hermano, sir Gromer, creía que por ser mujer debía ayudarle en sus hechizos. Cuando me negué lanzó una maldición sobre mí que me convirtió en la horrible joven que conociste. Solo si un caballero de buen corazón aceptaba casarse conmigo pese a mi apariencia, se rompería la mitad del embrujo.

Sir Gawain escuchó atentamente las palabras de su esposa, aún maravillado por la transformación. Pero lady Ragnell todavía no había terminado de hablar. Como había dicho, con su beso se había roto la mitad del hechizo. ¿En qué consistía entonces la otra mitad? Como si su esposa leyera sus pensamientos, siguió hablando para responder a la pregunta que ni siquiera había llegado a pronunciar.

—Solo puedo conservar este aspecto durante la mitad del tiempo —explicó lady Ragnell—. Puedes elegir que tenga mi verdadera apariencia durante el día; así, los demás me verán como soy, y como tú me ves ahora. O puedes elegir que esta apariencia se muestre por la noche, cuando tú y yo estemos juntos. Pero el resto del tiempo, el hechizo volverá a transformarme en la horrible mujer que viste antes.

Al escucharla, el joven Gawain no podía dejar de pensar en la crueldad del encantamiento. Observó atentamente a lady Ragnell. «Valiente, sabia y hermosa», pensó para sí.

Sir Gawain tomó las manos de su esposa entre las suyas y le dijo:

—Tú debes ser quien elija lo que desees. Yo estaré a tu lado, sea cual sea tu apariencia.

—¿Me das libertad para decidir mi propio destino? —preguntó lady Ragnell conteniendo la emoción.

—Tu destino solo te pertenece a ti —respondió sir Gawain—. Eres

tan libre de decidir sobre tu vida como un pájaro para emprender el vuelo o seguir posado en su rama.

Lady Ragnell miró a su esposo largamente. Apenas podía creer que, al fin, el hechizo que la tenía prisionera se había roto por completo. Con esta respuesta, lady Ragnell recuperó su verdadera apariencia para siempre, durante todo el día y toda la noche. Cuenta la leyenda que los esposos vivieron el romance más hermoso del reino, pues fue el suyo un amor nacido de la libertad.

La doncella guerrera
Un romance español perteneciente al Romancero Viejo, aunque es un tema recurrente en muchas tradiciones orales.

La prolongada contienda entre dos reinos vecinos había llevado al frente de batalla a los jóvenes de cada país; después se llevó a los padres de familia y, ahora, estaba a punto de llevarse a los ancianos. Nada parecía ser suficiente para acabar con aquella devastadora guerra que duraba ya varias décadas.

El anciano don Martín lamentaba su mala suerte al no poder ayudar de ningún modo a su rey en las batallas, pues no solo era demasiado viejo para empuñar una espada, sino que, para colmo, no tenía ningún hijo varón. En su lugar tenía siete hijas, y por ello maldecía su suerte.

Un día la más pequeña oyó los lamentos de su padre por lo desgraciado que era al tener tantas mujeres en la familia.

—¡Si al menos hubiera tenido un hijo para que pudiera ir a la guerra! —sollozaba el anciano.

Jimena era una joven decidida, con gran voluntad y una inusual fuerza de carácter a su edad. Además, sentía un cariño tan especial por su padre que tuvo una idea sorprendente para calmar su tormento.

—Padre, yo iré a la guerra —le dijo—. Solo necesito vestirme como un hombre; después podré servir al rey como si fuera vuestro hijo.

Don Martín primero rechazó tan absurda idea. ¡Una mujer haciéndose pasar por hombre! Pero tanto insistió su hija que finalmente se mostró dispuesto a escucharla. ¿Había dicho que iría vestida como un varón?

—Admiro tu valentía, pero temo que tu plan fracase, pues la ropa de hombre no está hecha para el cuerpo de la mujer —observó el anciano.

Jimena tranquilizó los temores de su padre: se vendaría el pecho para que no se le notase y así parecería un varón.

—Tus manos, hija, blancas y delicadas como las alas de una paloma, te delatarán —insistió don Martín.

De nuevo Jimena mostró su gran determinación, pues antes de alistarse dejaría que el sol le tostase las manos y haría rudos trabajos que se las endureciesen. Su padre la escuchaba cada vez con mayor

atención y, aunque no estaba del todo convencido, la idea le parecía ya menos descabellada.

—Tu hermoso cabello, hija mía, que refleja la luz del sol y me alegra las noches con sus destellos de plata te delatará.

—Lo frotaré con carbón, padre, y se verá tan rudo que nadie sospechará a quién oculta. No os preocupéis por mí —dijo poniéndose en pie—. No solo sabré defenderme a mí misma, sino también a nuestro rey.

Solo quedaba una cosa por decidir antes de irse a la guerra, y era cómo se haría llamar.

—Don Martín —contestó su padre—. Don Martín de Aragón, pues nada me enorgullece más que darte mi propio nombre.

Así fue como el joven don Martín ocultó a Jimena durante dos años. Nadie reparó en el engaño, pues la muchacha empleó todo su arrojo y valor en las batallas, luchó como cualquier otro soldado y no dejó de comportarse como un hombre ni en la intimidad.

Únicamente sus ojos se mantuvieron intactos, pues no reflejaban otra cosa que su forma de ver el mundo. Y esa, desgraciadamente para sus intereses, seguía siendo la de Jimena. Durante esos dos años don Martín de Aragón llegó a luchar hombro con hombro junto al hijo del

rey. En ese tiempo entablaron una profunda amistad. Un día, al mirar el príncipe a los ojos de Jimena, cayó en la cuenta de que estaba enamorado.

—Madre, me atormenta este amor que siento —confesó el príncipe a la reina—. Los ojos de don Martín roban el alma al mirar, y juraría que son de mujer, pero ¿cómo puedo saberlo?

Ella le escuchó atentamente. Segura de conocer bien los anhelos y debilidades femeninas, le dio un consejo.

—Hijo, para saber si estás en lo cierto, tienes que llevar a don Martín al mercado —le dijo—. Si es mujer se detendrá en los puestos donde vendan telas, pues a todas las doncellas les gusta pensar en vestidos nuevos.

Siguiendo a pies juntillas las palabras de su madre, el príncipe y don Martín fueron al día siguiente al mercado. Sin embargo, a Jimena nunca le habían interesado mucho los vestidos. En cambio, durante el tiempo que llevaba viviendo como hombre había descubierto que le encantaba la caza. Así que cuando llegó al mercado fue derecha al puesto de cetrería y expresó al príncipe su sorpresa al ver a un alcotán.

Aunque no pasó lo que esperaba, el príncipe insistía en que don Martín era una mujer. Así que la reina le propuso otra prueba para desenmascararla.

—Llévala a los jardines del palacio: ninguna mujer es indiferente al aroma del jazmín y el azahar —le dijo.

Una tarde en que el sol era especialmente rojizo en el horizonte, cuando más intenso era el dulce y fresco olor de las flores del jardín, el príncipe fue a pasear allí con don Martín. Pero Jimena jamás había sentido interés por la naturaleza. Sin embargo, le fascinaba la arquitectura. Elogió la altura y el grosor de las murallas del palacio, admiró la robustez de las columnas y sintió sincero interés por la edificación del palacio.

El príncipe ansiaba estar con don Martín, pues ya no eran solo sus ojos los que lo enloquecían de amor. También su forma de hablar, su gusto por las mismas cosas que le interesaban a él, incluso sus sueños para cuando acabara la guerra.

—Madre, estoy tan seguro de que don Martín es mujer como de que a la noche le sigue el día —insistió el príncipe—. ¡Cómo se viste, madre! Si solo pudierais ver cómo se ajusta el sombrero, cómo se abrocha el jubón… Ay, madre, ¡y cómo se pone las medias!

La reina vio a su hijo en tal desasosiego que le propuso una prueba más.

—Id juntos a una posada y pasad la noche en la misma cama —dijo su madre—. Si es mujer se negará para salvar su honra.

Así lo hizo el príncipe, pero Jimena una vez más se zafó de la prueba. Con la excusa de que la estancia era muy fría, durmió sin quitarse ninguna prenda. Sin embargo, el príncipe pasó toda la noche en vela escuchando su dulce respiración.

—Jamás vi a un hombre dormir así —murmuraba—, con tanta dulzura en sus párpados cerrados.

El príncipe se sentía cada vez más enamorado y, aunque las maneras y las palabras fueran las de un soldado, estaba convencido de que tras esos ojos se escondía el alma de una mujer.

—Llévala con los demás soldados al río a nadar —dijo la reina al final, convencida de que, por mucho que don Martín fuera una mujer, no lo iban a saber poniéndola a prueba—. Así descubrirás la verdad.

A la orilla del río, mientras los demás se iban quitando el uniforme y las botas para meterse en el agua en calzones, Jimena comprendió que le sería difícil salir de esa situación. La guerra ya llegaba a su fin y era el momento de regresar a casa. Con gran pesar, recogió sus cosas y montó en su caballo.

—He recibido una carta con la nueva de que mi padre está muy enfermo —mintió al príncipe—. Pido permiso para partir inmediatamente.

El príncipe se lo concedió de inmediato. Fuese mujer u hombre, no deseaba impedir ese viaje. Jimena se alejó al galope, antes de que su corazón la retuviera más tiempo junto al río, pues estaba enamorada del príncipe.

Durante unos minutos el príncipe permaneció inmóvil viendo alejarse a don Martín. De pronto montó en su caballo y salió al galope tras él. ¡Debía despedirse! Al llegar a un desfiladero decidió rodearlo para darle alcance. Cuando al fin lo consiguió, escuchó de la joven esta despedida:

—Adiós, príncipe. Huye don Martín, pues no has de saber que fue una mujer quien luchó por ti contra el enemigo.

Jimena, con lágrimas en los ojos por el dolor de su corazón, miró hacia atrás alertada por el galope del caballo que la seguía. Fue entonces cuando vio al príncipe y supo por su mirada que él sabía la verdad. No se cruzaron palabras, pues cada uno sabía que sus destinos se separaban allí. Dejaban atrás a un amigo, a un amor, y ojalá, suspiraron, se volvieran a encontrar.

Jimena espoleó a su caballo y galopó sin descanso hasta regresar a su casa. Allí, su anciano padre, que aún vivía, la recibió con los brazos abiertos.

—Regresas sana y salva —sollozó—. ¡Doy gracias a Dios!

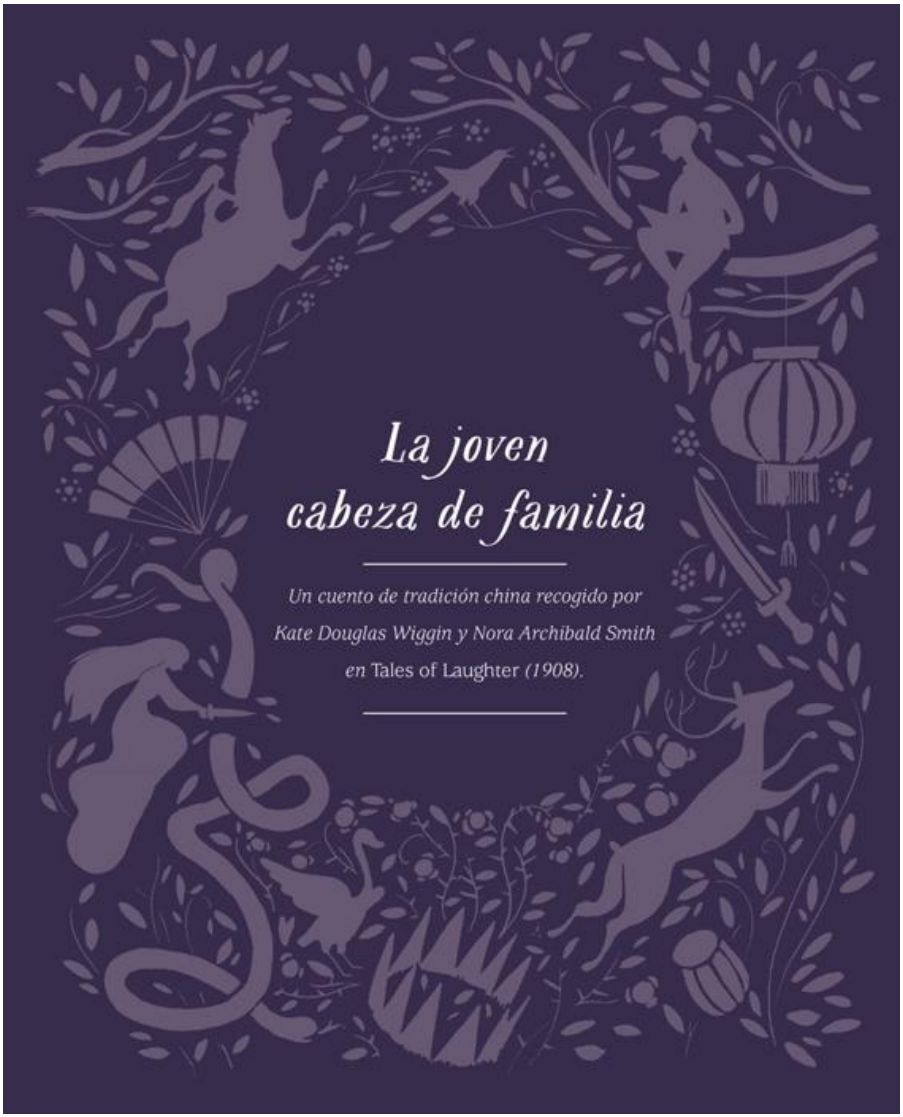
—Padre, me advertiste de todas las formas en que podía descubrirse quién era en realidad —dijo Jimena después de besarle—. Pero no hizo falta hacer esfuerzos para no delatarme, pues en realidad ha sido la honra de luchar en el frente de batalla la que me ha mantenido fuera de toda sospecha.

El padre la miró sintiendo un profundo orgullo.

—Vuelvo a mi vida, padre —añadió Jimena—, pero no regreso igual. Ahora sé que soy capaz de hacer lo mismo que un hombre, que soy capaz de luchar. Veamos si puedo hacer lo que se le pide a una mujer y dedicarme al telar.

Unos metros más atrás, el príncipe, que había seguido a Jimena hasta allí, descabalgaba de su caballo para caminar hacia la joven y su padre.

—Me enamoré de la bondad de don Martín —dijo—, para enamorarme ahora de tu valentía y coraje, Jimena.


La joven
cabeza de familia
Un cuento de tradición china recogido por
Kate Douglas Wiggin y Nora Archibald Smith
en Tales of Laughter (1908).

Hace muchos años, en China, vivía un anciano viudo con sus tres hijos. Como todas las familias, seguían fielmente las antiguas tradiciones, así que cuando los dos hijos mayores se casaron, las nuevas esposas fueron a vivir a la casa de sus maridos. Estaba escrito que la nuera debía pedir permiso a la suegra para visitar a su madre, pero como su esposa había fallecido hacía tiempo era a su anciano suegro a quien debían pedir permiso.

El anciano era un hombre de mucho carácter y poca paciencia. Después de muchos años de duro trabajo, agradecía la vida tranquila que le daba la vejez. Por eso cada vez le molestaba más que sus nueras le pidieran permiso para visitar a sus madres. Sin embargo, como las recién casadas eran muy jóvenes, sentían gran añoranza del hogar materno, y cada dos por tres importunaban al hombre con sus peticiones.

Un día, harto de ser molestado por este motivo, les dijo:

—Siempre estáis pidiéndome permiso para visitar a vuestras madres. No me dejáis en paz. Además, cada vez que os respondo temo parecer demasiado rudo, demasiado egoísta o demasiado lo que sea que os pueda ofender.

El anciano les explicó que, a partir de ese día, podían ir siempre que quisieran sin necesidad de pedir permiso. A cambio solo les ponía una condición:

—Debéis traerme algo que siempre he querido —pidió—. Una me traerá unas llamas de fuego y la otra un puñado de viento.

Xia y Lian se miraron desconsoladas. Lo que su suegro pedía era imposible.

—Si prometéis traerme lo que os pido, os dejaré ir —prosiguió—. Si cumplís vuestra palabra, podréis ir y venir a vuestro antojo. De lo contrario, nunca más volveréis a visitar la casa de vuestra infancia.

En realidad, la verdadera intención del anciano era desalentar a sus nueras y que lo dejaran tranquilo. Pero el hombre había olvidado el ímpetu y el atrevimiento que acompaña a la juventud. Quizá también

en el corazón de las jóvenes se había despertado la idea de ignorar por fin esa injusta tradición que tanto condicionaba sus vidas. El caso es que las dos aceptaron y se comprometieron a complacerle cuando regresaran.

Se prepararon rápidamente para el camino y comenzaron a andar por el sendero que las llevaría hasta sus madres sin dar más importancia al requerimiento de su suegro. Cuando se detuvieron a descansar bajo la sombra de un árbol, una de ellas lanzó un suspiro.

—Tantas ansias tenía de reencontrarme con mi madre que no pensé que jamás volveré a ver a mi marido —se lamentó una.

—A mí me ocurre lo mismo —repuso la otra—, hubiera aceptado cualquier condición de mi suegro para visitar a mi madre. Pero ¡lo que pide es imposible!

En ese momento pasaba por allí una joven, Min, que se detuvo a hablar con ellas. Al ver la pesadumbre que las embargaba les preguntó qué les ocurría. Las recién casadas necesitaban tanto desahogarse que confiaron sus penas a la desconocida. No esperaban recibir ayuda, así que cuando la joven se ofreció a sacarlas del apuro, las dos aceptaron sin reparos.

—No tenemos nada que perder —respondieron, y las tres se pusieron en camino.

Min las llevó hasta la casa de su padre, donde ella vivía. Las reconfortó con un caldo y les expuso de qué forma tan sencilla podían entregar a su suegro lo que pedía.

—Una lámpara de papel es lo primero que os ha pedido —dijo la muchacha.

Las dos jóvenes se sorprendieron por la brillantez de la ocurrencia. Lo que parecía imposible en realidad era una cuestión de ingenio.

—En cuanto al puñado de viento —prosiguió Min—, solo necesitáis llevar este abanico. Deberéis agitarlo cuando se lo deis a vuestro suegro.

Las dos jóvenes reanudaron el camino al alba. Ambas querían reunirse cuanto antes con su familia, y también querían regresar pronto junto a sus maridos. No solo por el amor que sentían por ellos, sino porque al fin podrían librarse del beneplácito de su suegro, ya

que habían cumplido con lo que les había pedido.

Cuando, días después, volvieron a la casa del anciano, este se sorprendió, pues pensaba que sus nueras no iban a poder cumplir sus órdenes.

Las nueras le explicaron que le habían llevado justamente lo que había pedido. Encendieron la lámpara y abrieron el abanico.

—Aquí está el puñado de viento —dijo una de ellas abanicando a su suegro.

La otra colocó la lámpara ante los ojos del anciano de modo que pudiera sentir el calor de la llama.

—Y aquí están las llamas de fuego —dijo.

Sorprendido por la astucia de sus nueras, no le quedó más remedio que aceptar la evidencia: habían cumplido su palabra. A partir de ese momento podrían ir y venir sin pedir permiso a nadie. Las nueras, agradecidas y con ganas de complacer al anciano, le hablaron de Min.

—Es una joven tan lista que, pese a su corta edad, parece ser ella quien gobierna la casa, y no su padre, con quien vive.

El anciano quiso conocerla, pues alguien así sería la esposa perfecta para su hijo pequeño, Qiang. Pasó el tiempo y el anciano y su hijo visitaron a Min. Ella se había convertido en una mujer joven y fuerte, práctica y diligente, tan ocupada en sus trabajos que no había tenido tiempo para el amor. Hasta que conoció a Qiang. Quiso el destino que se enamoraran y quiso también que sus padres decidieran casarlos, pues según la tradición, les correspondía a estos buscar esposa al hijo y esposo a la hija. Tras un corto noviazgo, enseguida llegó el matrimonio y, con él, una nueva nuera bajo el mismo techo. Pero esta vez el anciano quiso adelantarse a los acontecimientos y habló con todos los miembros de la casa.

—A partir de ahora, Min será la nueva cabeza de familia —dijo el anciano—. Yo ya estoy mayor para tamaña tarea. Hacedle caso en todo lo que os diga.

Min fue muy bien acogida en la nueva familia. Por eso, todos obedecieron sin rechistar cuando les pidió que, cada vez que fueran al campo, se llevaran un cubo de agua y regaran las tierras. También les pidió que, al regresar, trajeran un fardo con un poco de leña. De ese modo, sin apenas esfuerzo, tuvieron la mejor cosecha en mucho tiempo y pudieron cocinar o calentar la casa sin salir a cortar leña. Cuando ya no fue necesario llevar agua ni traer leña, les dijo que trajeran una piedra grande cada vez. Así, pronto tuvieron una gran pila de pedruscos, con los que podrían ampliar la casa familiar.

Un día llegó un sabio experto en piedras preciosas y, entre la pila de rocas, halló una valiosa piedra de jade. Para hacerse con ella, ofreció una gran cantidad de monedas por toda la pila. Los hombres de la casa estaban muy contentos por hacer tan buen negocio, pero Min no estaba convencida. Se preguntaba por qué aquel hombre quería pagar tal suma de dinero por un montón de pedruscos. Aunque el forastero había explicado que las quería para construir su casa, sospechaba que ese trato no era tan beneficioso para ellos como parecía.

La astuta Min invitó a cenar al sabio y dio instrucciones a sus cuñados y a su suegro para que le dieran conversación y le ofrecieran siempre vino. Confesó a sus cuñadas su intención de sonsacarle para descubrir cuál era su verdadera intención. Y así fue como, durante la

velada, dedujo que había encontrado una piedra preciosa de incalculable valor. En un apartado del comedor, pidió a su esposo que fuera al montón de piedras y buscase hasta encontrar la que era valiosa. Después volvió a sentarse a la mesa, con la intención de cerrar el negocio que había comenzado.

—Señor, si tan buenas son nuestras rocas para la construcción —dijo Min siguiendo la explicación del sabio—, hemos de cerrar un precio justo. Creo que debería ser el doble de lo que nos habéis ofrecido.

El hombre, ansioso por hacerse con la piedra de jade, aceptó sin más miramientos. Pagó lo acordado y se llevó la pila de pedruscos, sin saber que entre ellos ya no estaba la piedra que él quería. Como no había sido sincero en la negociación, nada pudo reclamar cuando descubrió la estratagema de Min. El hombre se quedó con lo que había comprado, una pila de pedruscos para la construcción, lamentando haber subestimado a la joven cabeza de familia.

—Al final he sido yo el burlado —se dijo a sí mismo.

Gracias a Min, la familia se había enriquecido. No solo contaba con el dinero que les había pagado el sabio, sino también con la valiosa suma que la joven había obtenido al vender la piedra de jade. Mandaron construir un lujoso palacio, en cuya fachada tallaron una losa que rezaba: SIN PENAS.

En poco tiempo la familia fue conocida en toda la región por su riqueza. Un día, movido por la curiosidad, pasó por allí un magistrado con su séquito. Quería comprobar si lo que decía la gente eran meras habladurías o si, en verdad, aquella familia era tan rica. Lo que vio despertó tanto su envidia, que incluso le molestó la inscripción que halló sobre la puerta.

—Deseo hablar con el cabeza de familia —anunció.

Enseguida salió la joven Min, para el asombro del magistrado y su cortejo.

—¿Sois vos el cabeza de familia de esta casa? —preguntó el hombre extrañado.

Min asintió y quedó atenta a sus palabras.

—Es la vuestra una familia extraña —le reprochó el magistrado—, no solo por tener a una joven como cabeza de familia, sino además por esa insolente inscripción. «Sin penas». ¿Acaso sois gente insensible a la tristeza?

—De nada sirven penas y tristezas, señor, por eso ninguna de las dos se hallan en esta casa —respondió Min.

—Sois arrogante —dijo el magistrado, molesto por la aguda respuesta de la joven— y merecéis que os castigue por vuestro atrevimiento. Deberéis darme una pieza de tela tan larga como este camino.

—Comenzaremos a tejer enseguida —respondió Min—. En cuanto su excelencia encuentre el comienzo y el final del camino y me informe de su longitud.

Indignado por la respuesta, el magistrado aumentó su castigo.

—Me darás también tanto aceite como agua hay en el mar.

—Comenzaremos a extraer el aceite enseguida —contestó Min—. En cuanto me digáis cuánta agua hay en el mar.

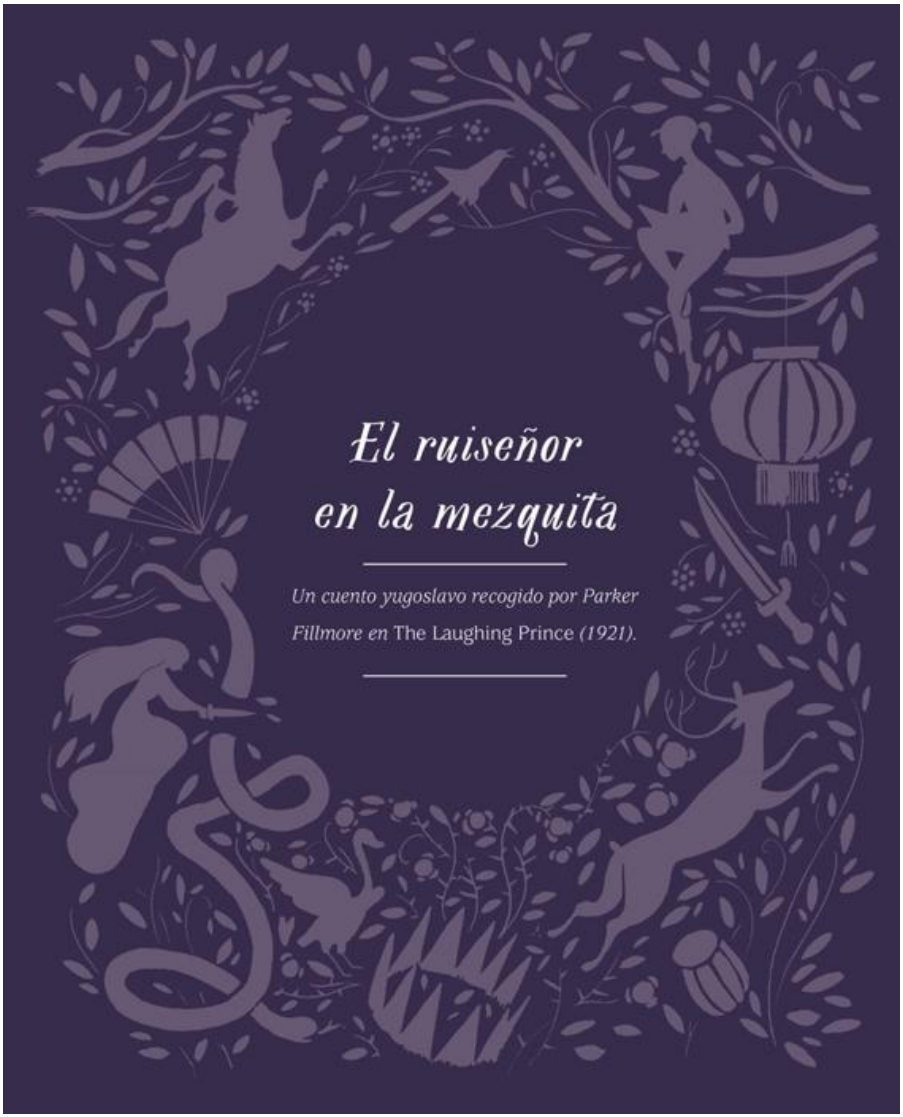
El magistrado hizo una mueca de hastío y dijo:

—Ya que te crees tan inteligente, dime qué estoy pensando. ¿Ves esta codorniz en mi mano? Averigua si quiero aplastarla o dejarla en libertad. Si lo descubres, no te multaré.

—En realidad, vos sois una persona culta e ilustrada, debéis saber más que yo —respondió Min—. Por eso sabréis si ahora, que tengo un pie en el umbral de la puerta y el otro en el interior de mi casa, pretendo entrar o salir.

El magistrado se dio cuenta de que Min era una joven excepcional, cuya inteligencia y perspicacia merecían todo su respeto. Así que se dio media vuelta y ordenó a su séquito que abandonaran las inmediaciones de aquel palacio.

—Dejemos en paz a esta joven —dijo—, para que su maravilloso ingenio siga trayendo bienaventuranza, no solo a su familia, sino al resto de la comarca.


El ruiseñor
en la mezquita
Un cuento yugoslavo recogido por Parker
Fillmore en The Laughing Prince (1921).

El sultán de un lejano reino de Oriente era un hombre de fe, muy devoto, y aunque vivía rodeado de lujos, le interesaba la vida contemplativa. Para honrar a Alá construyó una magnífica mezquita donde acudir cada mañana. En cuanto esta estuvo terminada se dirigió allí a orar, pero un derviche le interceptó por el camino:

—Vuestra mezquita es realmente hermosa, pero podría serlo aún más y vuestras oraciones serían mejor escuchadas —le dijo.

Las palabras del derviche, muy respetado en el reino por sus consejos para honrar a Alá, impactaron profundamente en el sultán. Tanto que este ordenó derribar la mezquita y construir otra aún más bella. Cuando estuvo terminada acudió a orar, pero de nuevo apareció el derviche, que volvió a decirle:

—Vuestra mezquita es realmente hermosa, pero podría serlo aún más y vuestras oraciones serían mejor escuchadas.

La misma escena se repitió durante varios años, en los que el sultán ordenaba derruir la mezquita recién construida porque al acudir a orar el derviche le decía lo mismo una y otra vez: que aunque era realmente hermosa, podría serlo aún más y sus oraciones serían mejor escuchadas.

Después de varias mezquitas construidas y derribadas, el sultán agotó toda su riqueza. Como consecuencia, el reino se vio amenazado por varios males. El peor de todos era la tristeza en la que se había sumido el sultán que, sin poder honrar a Alá como quería, sentía su vida vacía. Sus hijos, desesperados, hablaron con el derviche, quien les explicó la única forma de que esa mezquita fuera digna de Alá.

—Por muy hermosa que sea la mezquita que construya vuestro padre, hasta que el ruiseñor Gjizar no acuda a ella y cante, no será única en la Tierra —explicó el derviche—. Solo entonces vuestro padre habrá honrado a Alá como desea.

Los tres hijos del monarca se pusieron en camino para buscar al ruiseñor, aunque ni siquiera el derviche sabía dónde podrían encontrarlo. Llegaron a un cruce de caminos y cada uno decidió tomar

uno diferente. En dos de ellos había un cartel que rezaba: QUIEN TOME ESTE CAMINO VOLVERÁ. El cartel del tercer camino decía lo contrario: QUIEN TOME ESTE CAMINO NUNCA VOLVERÁ.

—Dejaremos nuestros anillos bajo esta roca —dijo el más pequeño de los hermanos—. El primero que encuentre al ruiseñor Gjizar recuperará su anillo e irá a buscar a los otros antes de regresar junto a nuestro padre.

Los dos hermanos mayores emprendieron su marcha por los primeros senderos. Tenían ganas de terminar con esa historia, pues en realidad solo les interesaba la guerra. No les preocupaba su hermano, cuya sensibilidad y prudencia no entendían. Tampoco les preocupaba su padre, pues para ellos lo único valioso eran las victorias, no la fe. El hermano pequeño, sin embargo, era un joven sencillo, humilde y honesto. Deseaba proteger a sus hermanos y aliviar la aflicción de su amado padre.

Los hermanos mayores llegaron a dos ciudades diferentes en las que decidieron quedarse un tiempo, a la espera de que pasara por allí el ruiseñor. En cambio, el pequeño, al que le tocó el camino del que nunca volvería, se adentró en un desierto.

Después de andar varios días, encontró a una solitaria anciana sentada sobre un montículo de arena que se peinaba su largo cabello. El joven se acercó a ella y descubrió que la pobre mujer era tan vieja que apenas podía levantar las manos, por lo que su pelo estaba sucio y enredado.

El joven le ofreció su ayuda. Tantas veces había observado a su madre lavarse y peinarse el cabello mientras le cantaba antes de dormir, que se sintió capaz de hacerlo. Le quitó el cepillo suavemente, acercó un barreño de agua y jabón y se lo lavó con delicadeza. Después, le desenredó la cabellera con tanto cuidado, que ella pensó que la acariciaba el viento.

La anciana se sintió tan agradecida que quiso complacerle con cualquier cosa que él desease. Pero el joven no quería nada material: solo necesitaba saber dónde se encontraba el ruiseñor Gjizar.

—El pájaro que andas buscando no está aquí —respondió ella—. Vuelve por donde has venido, aléjate del desierto. Aquí solo hay

animales salvajes.

—Si esa es la voluntad de Alá, me iré —dijo él.

El joven dejó atrás el desierto y continuó caminando, hasta que vio a lo lejos una cabaña. Se dirigió hacia allí, llamó a la puerta y encontró a una tigresa horneando pan. Sus zarpas estaban ennegrecidas y llenas de quemaduras por el calor, pues para avivar el fuego cogía las brasas con las garras. Esto le hacía sufrir horriblemente. El joven le ofreció su ayuda, pero la rehusó.

—Mi marido es muy feroz —explicó—, si te ve aquí, te matará.

Pero el joven se apiadó de ella y no hizo caso de la advertencia. Untó sus zarpas con grasa para aliviar las quemaduras y le enseñó a avivar el fuego sin necesidad de lastimarse, como había visto hacer a las mujeres del palacio.

Luego, a instancias de la tigresa, se escondió en la cabaña. Poco después llegó el marido, que se quedó muy extrañado de que su mujer no se quejara de dolor a causa de las quemaduras. ¿Acaso no había horneado? Pero su hijo lo tranquilizó y le explicó lo ocurrido. ¡Un joven le había salvado la vida! El feroz tigre le estaba tan agradecido que, cuando descubrió el escondite del joven, se inclinó ante él como muestra de respeto.

—He venido en busca de un ruiseñor llamado Gjizar —dijo el joven en cuanto recuperó el aliento.

El temible tigre le confesó que no conocía ninguna criatura que se llamara así.

—Aquí no hay ningún pájaro con ese nombre —le dijo—; te recomiendo que vayas a ver a mi hermano. Está casi ciego, pero seguro que puede ayudarte. Vive en el reino de los animales salvajes.

Así que el joven siguió adelante, en busca del hermano del tigre. Cuando lo encontró, descubrió que él tampoco podía indicarle dónde estaba el ruiseñor Gjizar. Le aconsejó que abandonara el reino de los animales, pues él lo conocía bien y allí no había ningún pájaro como el que describía. El joven se marchó, pero siguió adelante por ese reino tan peligroso.

Al rato, vio tres enormes aves que sobrevolaban por encima de su cabeza: eran águilas del tamaño de personas. Cuando emprendieron el vuelo en picado para atacarlo, el joven tuvo que empuñar su espada y defenderse. Cortó el ala de un águila, una garra de otra y el pico de la tercera. Los pájaros retrocedieron y emprendieron la huida, dejando al joven a su destino.

Antes de que cayera la noche, el joven encontró una casa en el claro de un bosque. Hasta él llegó el dulce aroma de un pastel recién horneado y no pudo resistir la tentación. Se dirigió hacia allí y una anciana salió a su encuentro.

—Detente, joven —ordenó la mujer—, no sigas. Cuando regresen mis hijas te devorarán.

Pero el joven se encontraba tan exhausto y hambriento que apenas hizo caso a la advertencia de la anciana.

—Ahora que he llegado hasta aquí, actúa conmigo como te plazca

—respondió el joven.

La anciana se apiadó de él y le acogió en su casa. Cuando estaba terminando la cena, el joven vio la enorme sombra de un águila que se cernía sobre la ventana. No le pasó desapercibido que la sombra estaba incompleta, pues al águila le faltaba parte de un ala. Rápidamente se incorporó y se ocultó en un armario, por cuya cerradura pudo ver cómo el enorme pájaro se posaba junto a un gran cuenco de agua y, después de beber, se convertía en una joven. Aún impresionado por lo que acababa de ver, el joven permaneció oculto. Al cabo de unos minutos llegaron las otras dos aves que había herido, bebieron agua y se transformaron también. A una le faltaban los labios, a otra un brazo y a la tercera una pierna.

La anciana habló con ellas.

—Decidme, hijas, si aquí hubiera un hombre, ¿qué haríais con él?

Las tres hermanas se miraron un instante antes de recordar al joven que las había herido para defenderse.

—Lo dejaríamos ir —dijo una de ellas—, en honor del hombre que hoy nos ha dejado marchar en lugar de acabar con nuestras vidas para proteger la suya.

Al oír esto, el joven salió de su escondite. Las tres hermanas lo reconocieron al instante. En cuanto pudo, él les preguntó si sabían dónde podía encontrar al ruiseñor Gjizar. Efectivamente, las tres hermanas conocían su paradero, pero estaba tan lejos que tardaría tres años en llegar.

—Nosotras podemos llevarte, si antes nos haces un favor —dijeron —. Pasa el invierno en esta casa y, cada mes, encárgate de curar a una de nosotras.

Así transcurrieron noventa días, durante los cuales el joven les devolvió el ala, el pico y la garra respectivamente. Las hermanas, capaces ya de volver a volar, llevaron al joven al lugar donde podía encontrar a Gjizar: un reino gobernado por una reina guerrera a la que llamaban Aristea. Dicha reina vivía en un suntuoso palacio custodiado por doce guardias, un lobo, un tigre y un león.

Cuando las águilas lo dejaron en el palacio, el joven esperó hasta que todos se fueron a dormir. Entonces se dirigió a la cámara real,

donde descansaba Aristea. Cuando entró, enseguida vio al ruiseñor. Pero también observó que había ocho velas, cuatro de las cuales estaban encendidas y casi consumidas. Entendió que, aunque era conocida en el mundo entero por su coraje y valentía, Aristea no quería dormir a oscuras. Así pues, encendió las otras cuatro velas y apagó las que ya se habían consumido. Entones cogió la jaula del ruiseñor y salió de puntillas, sin despertar a la reina, que dormía profundamente.

El joven, agradecido, se despidió de las tres doncellas que tanto le habían ayudado y regresó al cruce de caminos donde se había separado de sus hermanos. Levantó la roca que custodiaba los anillos, cogió el suyo y dejó los otros dos en su sitio. Siguió los pasos que sus hermanos tomaran tiempo atrás, hasta encontrarlos. Cuando se reunieron los tres y el más joven les enseñó al ruiseñor Gjizar, decidieron que era hora de regresar junto a su padre.

—Debe de estar ansioso porque este pájaro cante por fin en su mezquita —dijo uno de ellos.

Pero, en el tiempo que habían estado separados, los hermanos mayores habían dejado que la envidia y los celos crecieran en sus corazones, así que planearon acabar con el tercero.

—Baja por este pozo y trae agua —le pidió el mayor—. Estamos tan sedientos que no tenemos fuerza para hacerlo nosotros.

Sin dudarlo, el joven se colgó de la cuerda del pozo y descendió hasta encontrar agua. Entonces los otros cortaron la soga y se marcharon, abandonando a su hermano al infortunio. Cuando se presentaron ante su padre con el ruiseñor, el sultán les preguntó por el paradero de su hijo menor. Los hermanos urdieron una gran mentira y le contaron al padre que el hermano pequeño se había convertido en un ladrón y un sinvergüenza que solo causaba problemas allá donde fuese.

De pronto Aristea irrumpió en la sala del sultán con su séquito, dispuesta a encontrar al hombre que le había robado el ruiseñor. Al conocer el delito, la reina había reunido a su ejército para perseguir al ladrón y conquistar su país, pero en cada poblado que se detenía le hablaban de la bondad del joven y de cómo les había ayudado.

Cuando Aristea llegó al palacio del sultán con su ejército, su ira ya se había templado, pero seguía buscando respuestas.

—¿Te llevaste tú al ruiseñor? —preguntó a uno de los hermanos.

Este respondió que sí, pues no quería que su padre descubriera su mentira.

—¿Dónde lo hallaste? —preguntó Aristea para saber si era cierto.

—Estaba debajo de un ciprés —dijo finalmente.

Aristea desató toda su ira contra él. Ordenó que lo arrojaran por un acantilado y después destruyó la mitad del palacio, pues sabía que cada una de sus palabras eran mentira.

—¿Te llevaste tú al ruiseñor? —preguntó después al segundo de los hermanos.

Al ver la suerte que había corrido su hermano mayor, prefirió decir la verdad. Corrió a refugiarse detrás de su padre y confesó que había sido su hermano pequeño quien se lo había robado y la suerte que había corrido después. El rey, atónito, envió a sus soldados a que lo rescataran. Lo encontraron moribundo, tan débil y exhausto que no podía articular palabra.

Pasaron los días y, gracias a los cuidados que le prodigó el sultán, el joven se recuperó. El ruiseñor, que no había vuelto a cantar desde que

los hermanos se hicieran con él, emitió su trino por primera vez.

El canto de Gjizar fue tan hermoso que se oyó en todos los rincones del reino. Aristea, que aún seguía acampada con su ejército a las puertas del palacio, ordenó entonces que llevaran ante ella al joven que habían rescatado del pozo.

—¿Te llevaste tú al ruiseñor? —le preguntó nada más verlo.

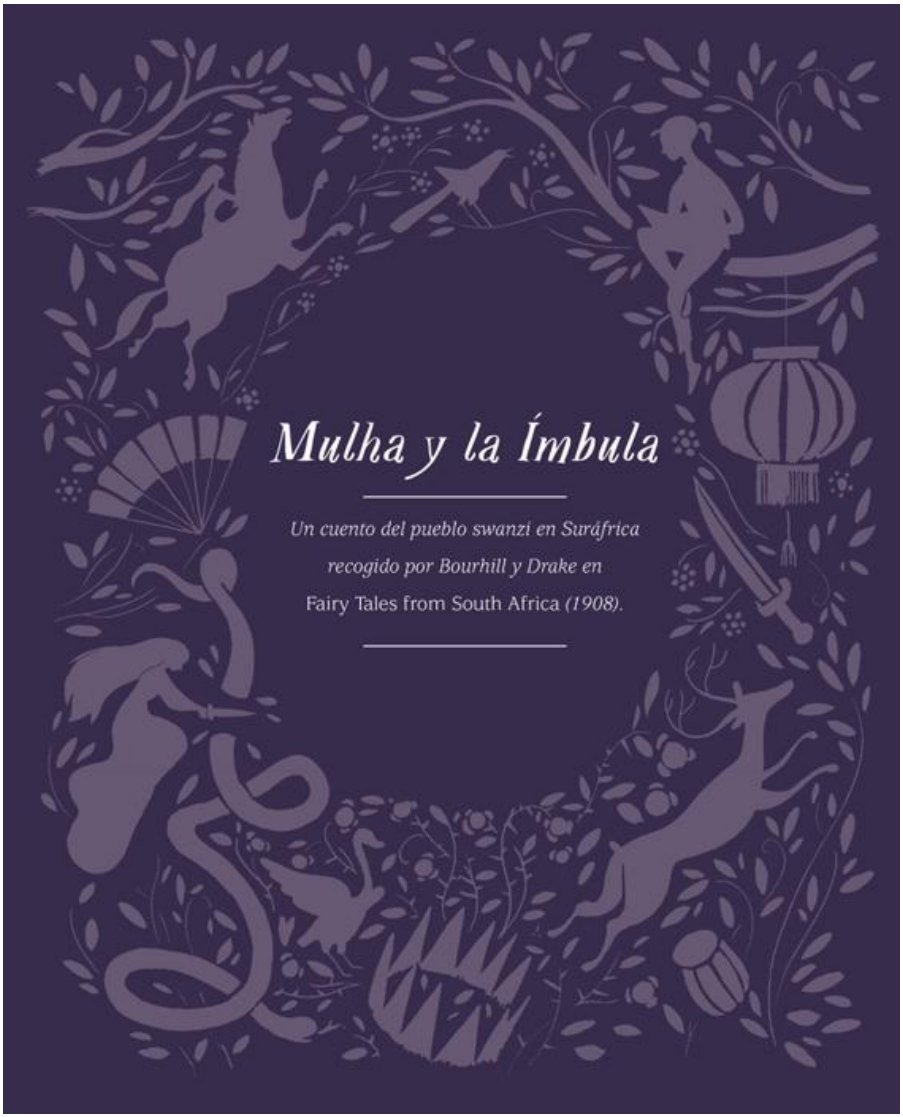
El joven vio en los ojos de Aristea que no buscaba venganza, sino la verdad. Confesó que había sido él quien entró en sus aposentos y se había llevado al ruiseñor.

—Lamento si os he ofendido —se disculpó—, pero mi amado padre necesitaba de su canto para que Alá escuchara sus oraciones.

Aristea agradeció su respuesta.

—Entonces fuiste tú quien me iluminó en la oscuridad de la noche encendiendo las cuatro velas —dijo—. Has sido valiente al reconocer tus actos y generoso al no culpar a tus hermanos de tu infortunio. Sé, además, de tu bondad y buenas obras —añadió—. Visita mi reino siempre que lo desees, pues serás bienvenido.

Así fue como el joven conquistó el corazón de Aristea. Ambos unieron sus reinos y fundaron un imperio que alcanzó la fama por ser el más próspero, justo y honorable de todos los tiempos.


Mulha y la Ímbula
Un cuento del pueblo swanzi en Suráfrica
recogido por Bourhill y Drake en
Fairy Tales from South Africa (1908).

En el reino de Swazi, entre Sudáfrica y Mozambique, hace muchísimos años, había un poblado en el que vivía una joven bantú que se llamaba Mulha. Vivía con su padre, su madre y dos hermanos en un apartado kraal, un grupo de chozas que formaban un armonioso círculo. Casi nunca veían a nadie, pues estaban rodeados de tierra árida y pobre. El padre de Mulha recorría cada día grandes distancias para llegar a un valle fértil, donde cultivaba su cosecha. A veces, en la época de recolección, se ausentaba durante varias semanas. Sus hijos lo echaban mucho de menos.

Un año, al llegar la primavera, el padre cogió su azada y se marchó al valle para sembrar maíz. Tardaría mucho tiempo en volver. Unos días después la madre también se fue a trabajar al campo y pidió a Mulha que cuidara de sus dos hermanos pequeños. Les dejó suficiente maíz y trigo para que pudieran comer y les dio instrucciones para que no abrieran la gran olla que había en el fondo de la choza.

—Si sois buenos, cuando regrese mataremos una cabra y haremos una fiesta para celebrarlo —anunció la madre—. Podréis invitar a vuestros amigos.

Durante varios días los hermanos hicieron todo lo que les había ordenado su madre. Ordeñaban a las cabras, elaboraban queso, molían maíz, amasaban pan e incluso hacían fuego que alimentaban con estiércol. Pero al cabo de un tiempo los hermanos pequeños, que añoraban a sus padres, comenzaron a aburrirse de estar solos. Le pidieron a Mulha que abriera la olla que se hallaba en el fondo de la choza. A la joven le partía el corazón el llanto de sus hermanos y, aunque sabía que no debía hacerlo, al final decidió complacerlos y claudicó. Se acercó a la olla y, cuando levantó la tapa, del interior salió el Inzimu, un ogro enorme. Su cuerpo era tan grande que ocupaba toda la cabaña. Los niños huyeron asustados, pero el monstruo les habló con tanta suavidad y con tan buenas palabras que los niños le perdieron el miedo y regresaron.

—No temáis, no os haré daño —les aseguró—. Al contrario, os voy a

preparar la cena. Vosotros dos id a buscar agua, yo me quedaré aquí con la pequeña para mantener el fuego encendido.

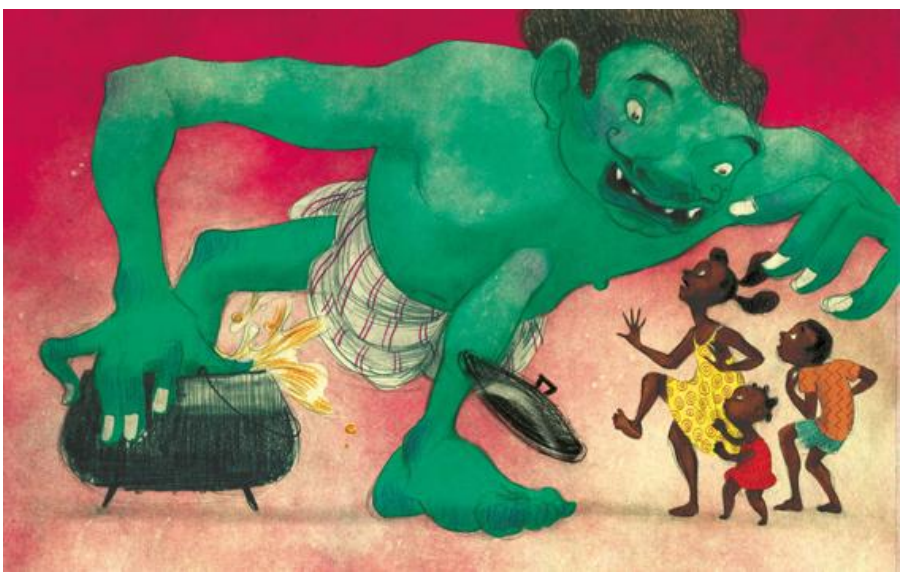
Mulha y su hermano cogieron unos cuencos y fueron en busca de agua. En cuanto el ogro se quedó solo, se llevó a la hermana pequeña y la escondió, pues quería cocinarla para la cena.

Cuando los hermanos mayores regresaron vieron que el fuego estaba encendido.

—¿Dónde está nuestra hermana? —preguntó Mulha.

—Ha salido a por estiércol para el fuego —mintió el Inzimu—. Volverá enseguida.

El ogro tenía planeado alimentar a los hermanos hasta que engordaran un poquito. Luego, cuando estuviesen bien redondos, los comería a ellos también. Así pues, les puso delante unos platos grandes para servirles la cena. Justo en ese momento una abeja comenzó a zumbar alrededor de los niños.



—No comáis, es una trampa —susurró la abeja—. Mientras estabais fuera se ha llevado a vuestra hermana y la ha escondido.

Alertados por la abeja, Mulha y su hermano se negaron a comer. Fueron hasta el fondo de la choza y se quedaron allí acurrucados, cavilando qué podían hacer para escapar. Aprovecharon la primera

oportunidad que se les presentó, cuando el Inzimu se quedó dormido, y fueron a rescatar a su hermana. Después los tres huyeron tan rápido como pudieron. Sin embargo, cuando pensaban que ya estaban a salvo, el ogro apareció de repente en su camino.

—¿Adónde vais? —les preguntó disimulando su enfado.

—Oh, vamos a jugar al río —contestaron fingiendo que estaban tranquilos, mientras Mulha ocultaba a su hermana pequeña detrás de su falda.

Aceleraron el paso, pues querían despistar al Inzimu antes de que este se enfureciera. Oyeron el murmullo del agua y se dirigieron hacia allí. Pero el ogro, que enseguida se dio cuenta de que estaban huyendo, corrió tras ellos y atrapó a la joven bantú, que se había rezagado para que sus hermanos pequeños pudieran esconderse entre los arbustos que crecían en la vereda del río. El Inzimu se distrajo hablando con Mulha, a la que prefería cocinar antes de devorar, y mientras tanto los hermanos bajaron por el río. Querían encontrar a su madre y pedirle ayuda. Así pues, nadaron y nadaron hasta que lograron llegar a los campos donde ella estaba trabajando.

Cuando el ogro salió a buscar a los hermanos de Mulha, la joven aprovechó para escapar. Por un instante pensó en vengarse del Inzimu, pero recapacitó al darse cuenta de que era inútil vengarse de alguien que tenía poderes mágicos. Cuando se reunió con su madre y le explicó lo ocurrido, esta supo que el Inzimu volvería a su choza y que ninguno de ellos estaría a salvo. En especial Mulha, que había conseguido que los tres hermanos pudieran escapar.

—Irás a vivir con tu tía —le dijo la madre—. Está casada y tiene una buena posición. Ella cuidará de ti y podrá buscarte esposo.

Mulha se acicaló en el río, buscó una cinta verde y azul que se ató a la cintura y confeccionó varios collares de vistosas cuentas que colgó alrededor de su cuello. Antes de despedirse, su madre le dio un último consejo, debía seguir a lo largo del camino y no distraerse con nada.

—No toques al manumbela —le advirtió—. Sus brillantes hojas y su tallo plateado te tentarán para que lo acaricies o para que comas su fruta roja, pero no lo hagas.

Después la observó marcharse, y se sintió orgullosa de la libertad y

la seguridad con que su hija caminaba hacia su nuevo destino. Estaba convencida de que pronto se casaría con el hijo de un jefe.

Mulha caminó durante mucho tiempo, tanto que el sol le quemaba la piel y cada vez se sentía más cansada y sedienta. Miraba a su alrededor pero no veía agua ni nada que pudiera calmar su sed. Caminó hasta que cayó rendida y entonces vio la sombra de un hermoso manumbela. Desde donde estaba casi podía saborear su jugosa fruta. Se acercó con el propósito de refugiarse bajo su sombra, pero al cabo de unas horas la sed ardiente doblegó su voluntad. En cuanto Mulha tocó la fruta, antes incluso de llevársela a la boca, el tronco del manumbela se abrió en dos y de su interior salió la Ímbula, una horrible ogresa cuya boca era el hocico de un lobo y cuyo cuerpo estaba cubierto de pelo. Mientras le quitaba la fruta de las manos, le habló:

—Hermosa bantú, no es seguro viajar sola. Dame tu ropa y tus collares; a cambio podrás vestirte con esta piel que me cubre, así nadie te reconocerá y podrás seguir tu camino sin peligro.

Mulha no estaba segura de que fuera buena idea, pero como la Ímbula estaba tan convencida, le dio su hermoso vestido, así como su colorida cinta verde y azul. También le dio unos cuantos collares de cuentas, pero quiso conservar alguno como recuerdo.

—Debes dármelos todos —insistió la Ímbula—, de lo contrario llamarías la atención. Cuando llegues a tu destino te los devolveré.

Mulha aceptó y después se vistió con la piel de la ogresa. Así disfrazada nadie la importunó durante el camino, pero cuando llegó al río que había cerca del kraal de su tía, se encontró con que la Ímbula, vestida como ella y sin su horrible apariencia, era acogida con cariño por la hermana de su madre. Asustada, intentó quitarse la vestimenta de la ogresa y el hocico de lobo de su cara, pero estaba tan pegado a su cuerpo como su propia piel. Por el contrario, la Ímbula se veía tan hermosa como jamás había soñado: sus dientes eran blancos como el marfil, su piel sedosa y brillante como el azabache, sus ojos luminosos como dos antorchas en la noche. La verdadera Mulha se había convertido en un monstruo repugnante y la horrible ogresa ahora era una hermosa bantú.

Asustada, Mulha habló con la ogresa. Necesitaba desesperadamente que le devolviera su aspecto. Pero la Ímbula se negó una y otra vez, hasta que llegaron al poblado de la tía. Allí, los familiares de Mulha dieron la bienvenida a la Ímbula, tomándola por su sobrina. Cuando Mulha trató de contarles lo que había sucedido, se rieron de ella y no la creyeron.

—Querida Mulha, dime cómo podemos librarnos de la horrible acompañante que traes —dijo la tía a la ogresa.

—No te preocupes por ella, puedes dejarla con los perros —contestó la Ímbula—. Allí se encontrará bien.

La tía de Mulha prefirió dejarla con una anciana que vivía abandonada a las afueras del poblado, pensando que de este modo la horrible joven estaría mejor que con los perros y que la anciana se sentiría acompañada. Y así fue como la Ímbula se instaló en el kraal, y tal era su hermosura que todos la trataban como una princesa. Solo le preocupaba su cola, pues no había magia que pudiera eliminarla. Cada día la enrollaba alrededor de su cintura y la ocultaba bajo sus vestidos, siempre temerosa de ser descubierta. Así pasó mucho tiempo, sin que nadie notara nada.

Mientras tanto, la verdadera Mulha, prisionera de su horrible aspecto, vivía en la choza de la anciana y cuidaba de ella. Sentía una enorme tristeza por ser tratada así por su propia tía. Pero, a medida que pasaban los días, iba descubriendo que la piel de la ogresa tenía poderes mágicos, y aprendió a usarlos.

Por ejemplo, descubrió que gracias a esos poderes mágicos podía obtener deliciosos alimentos. Hasta ese momento la anciana y ella sobrevivían de las sobras de los vecinos; pero a partir de entonces ya nunca más necesitaron mendigar, pues tenían todo lo que necesitaban.

—Dime, anciana, ¿te gustaría ser joven de nuevo? —preguntó un día a la mujer.

—Claro que sí —respondió esta sin dudarlo.

A la mañana siguiente la mujer se despertó tan joven y sana que ni ella misma podía creer lo que veían sus ojos. En el poblado todos se preguntaban qué le había ocurrido, pero Mulha le pidió que mantuviera el secreto. No quería que la Ímbula sospechara la verdad.

La Ímbula vivía con todas las atenciones de su acomodada tía, que le había presentado a varios jóvenes pensando que pronto se casaría con alguno. Pero la Ímbula, cuya apariencia era ahora hermosa, tenía el corazón de una ogresa. Era caprichosa, perezosa y egoísta. Se burlaba de todos sus familiares, a los que trataba con desdén; se quejaba de los guisos de su tía, y se negaba a ayudar, con el pretexto de mantenerse bella. Un día anunció su compromiso con el hijo del jefe del poblado.

La tía de Mulha estaba muy extrañada por el comportamiento de su sobrina. Le sorprendía que hubiera sido educada de ese modo. También sentía curiosidad por la horrible joven que vivía con la anciana, pues había oído hablar a la gente de las extraordinarias cosas que había hecho por ellos. Decían que acarreaba leña en los días de invierno; que labraba tierras estériles bajo el sol ardiente, de las que luego brotaban verdes plantas; que ayudaba a los más débiles, y que era cariñosa con los más pequeños.

Una calurosa tarde la verdadera Mulha sintió ganas de bañarse en el río, y su tía la siguió a escondidas. Allí vio algo increíble, pues en cuanto la joven ponía un pie en el agua, recuperaba su verdadera apariencia. La tía no alcanzaba a comprender lo que había visto, así que acudió a una sabia anciana.

—Iré contigo al río —propuso esta—. Cuando entre en el agua nos presentaremos para preguntarle por su extraña transformación.

La siguiente tarde en que Mulha fue a bañarse, la sabia anciana y la tía entraron en el agua tras ella. La joven les explicó el pacto que había hecho con la Ímbula y quién era ella en realidad.

—No deseo cambiar mi condición —les dijo finalmente—. Tengo lo que necesito. Cuando no sabías quién era la horrible joven me abandonaste. Aceptaste a la Ímbula como tu sobrina, así que puedes seguir manteniéndola.

A la tía no le pareció bien que una ogresa viviese en su casa, por muy hermoso que fuera su aspecto, de manera que fue a hablar con el jefe de la tribu para que decidiera lo correcto.

Como después de escuchar la historia de Mulha y de la ogresa no sabía cuál de las dos decía la verdad, la anciana sabia le propuso averiguarlo con este método:

—Cava un gran agujero en medio del poblado —dijo—. Después llénalo de todo tipo de comida y una calabaza con leche fresca. Luego pide a cada una de ellas que camine alrededor del agujero. Pronto veremos quién es la Ímbula.

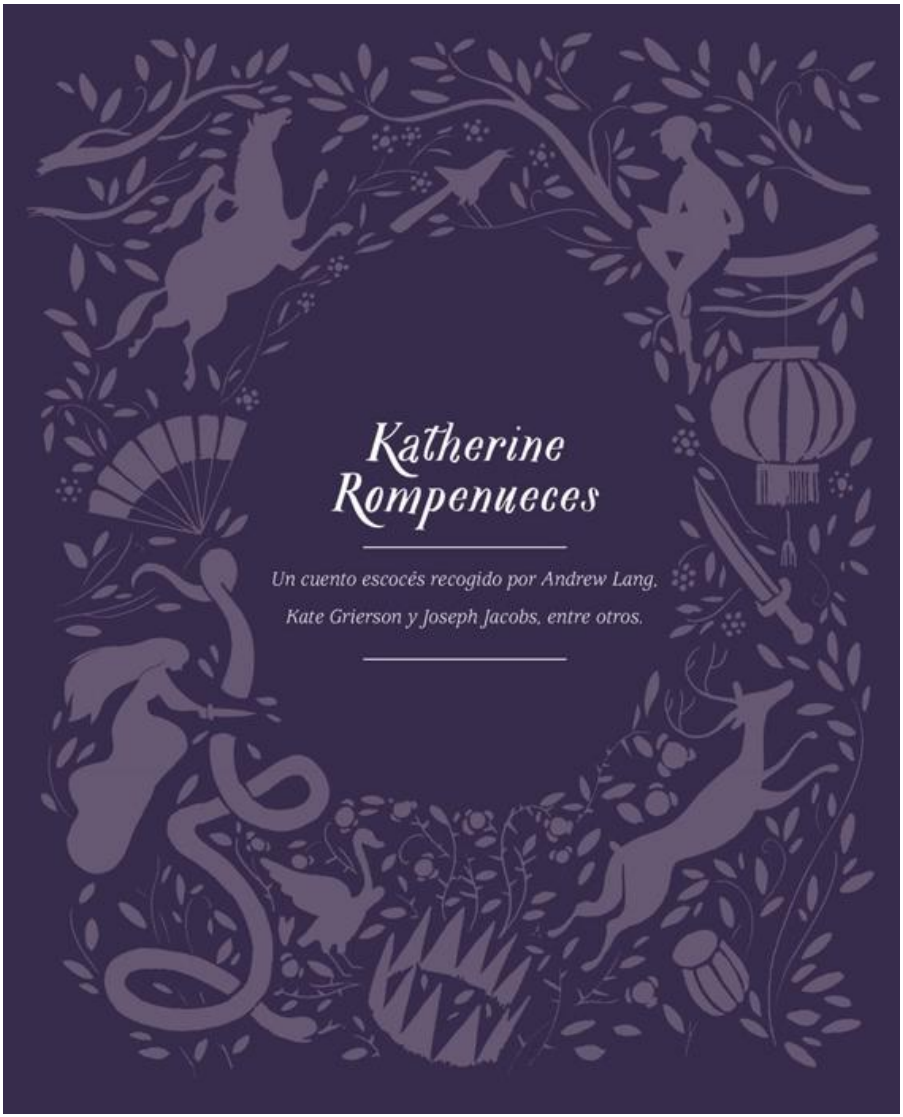
Cuando todo estuvo listo, Mulha obedeció sin ningún reparo y dio vueltas y vueltas alrededor del hoyo hasta que el jefe de la tribu le pidió que parara. Al llegar el turno de la Ímbula, esta se negó diciendo que la futura esposa del hijo del jefe no merecía ese trato. Pero el jefe de la tribu la obligó y, como no pudo negarse más, empezó a dar vueltas.

La Ímbula intentó contener sus instintos, pero el olor de la leche era tan irresistible para los ogros que su larga cola se desenrolló y finalmente se lanzó al agujero para bebérsela. En ese momento el jefe del poblado ordenó que lanzaran flechas contra la ogresa hasta matarla. En cuanto se clavó en su piel la primera flecha, recuperó su auténtica forma. Acto seguido Mulha recobró su verdadero aspecto.

El hijo del jefe, que se había comprometido con la Ímbula sin saber quién era en realidad, vio entonces la belleza que existía en el corazón

de la joven bantú y se enamoró de ella, pues bien conocía de la bondad con que había tratado a la anciana y el bien que había hecho en el poblado. El rey, viendo que Mulha merecía ser la esposa de su hijo, le pidió que se casara con él.

Pero la joven, por primera vez, dejó de ser complaciente y defendió lo que dictaba su fuerte corazón. Les dijo que no deseaba casarse aún, y ya nunca más actuó en favor de la opinión de los demás y en contra de sí misma.


Katherine
Rompenueces
Un cuento escocés recogido por Andrew Lang,
Kate Grierson y Joseph Jacobs, entre otros.

La princesa Caraderosa perdió a su madre cuando apenas era una niña. Y aunque su padre, el rey, intentaba estar con ella la mayor parte del tiempo, la pequeña pasaba mucho tiempo sola, ya que los asuntos del reino le tenían muy ocupado. Por eso, el rey pensó en casarse de nuevo; así su hija tendría compañía. Conoció a una condesa viuda que tenía una hija, Katherine, de la misma edad que la princesa. La condesa parecía la candidata ideal y se casó con ella.

Las dos niñas se querían tanto que siempre estaban juntas e incluso se llamaban hermanas. Lo compartían todo, excepto el amor de la nueva reina. Esta mujer veía en la princesa a una rival para su hija, pues la consideraba más hermosa. Katherine era una joven práctica. Le gustaban los animales, el ejercicio intenso, y no tenía reparos en afrontar tareas impropias de una joven. En cambio, Caraderosa había sido instruida en el arte y la ciencia, tocaba el arpa y leía los libros de los astrónomos. Cultivaba el amor por la lectura y disfrutaba escuchando a los enviados extranjeros hablar de las costumbres de sus países.

—Ningún príncipe mostrará interés por Katherine —se lamentaba—. Todos los pretendientes se quedarán encandilados por Caraderosa.

Un día, la condesa pidió a la hechicera del reino que arrebatara a la princesa su belleza.

—Tráemela por la mañana, en ayunas, y la convertiré en una joven tan horrenda que ni ella misma querrá verse en el espejo —dijo la bruja.

Caraderosa siempre había sabido que su madrastra no la quería, así que el día que le pidió que fuera a casa de una amiga suya para que se probara un vestido, sospechó que tramaba algo.

—Es una fabulosa costurera, ha traído telas de Oriente —le dijo la reina con inusual amabilidad—. Será mejor que vayas en ayunas, así el aire avivará tus sonrosadas mejillas.

La actitud de la reina era tan extraña que alertó a la princesa. Además, no entendía además la necesidad de acudir en ayunas. Como

sintió hambre, antes de salir de palacio bajó a la cocina y comió un trozo de pastel de manzana. Después emprendió el camino hacia la casa de la bruja, que se hacía pasar por una costurera ambulante.

—Bienvenida, hermosa Caraderosa —la aduló la bruja, y colocó sobre ella una tela de seda para hechizarla.

Pero la seda resbaló, cayó al suelo y perdió toda su magia. La bruja enseguida supo que la princesa no había acudido en ayunas, pues de lo contrario la tela no habría resbalado.

—Volved mañana, princesa —dijo la bruja contrariada—. Espero que para entonces pueda sujetar la tela para tomaros medidas con ella.

Antes de salir por la puerta, la bruja le pidió que diera este recado a la reina:

—El ave desafina en su canto si en vez de piar toma grano.

Caraderosa no entendió el mensaje, pero la reina lo comprendió enseguida: la princesa no había ido en ayunas. Al día siguiente una doncella acompañó a la joven. Tenía orden de vigilar que Caraderosa no comiera nada, pero al cruzar por el mercado, la princesa vio unas uvas tan jugosas y brillantes que comió un racimo. Por esa razón, la tela hechizada volvió a resbalar por su cuerpo.

—Bella Caraderosa, os ruego que volváis mañana —le dijo de nuevo la bruja—. Haré unos cambios en la seda para que pueda ajustarse a vos.

Como el día anterior, le pidió que llevara el mismo mensaje a la reina. Esta se enfureció tanto que ella misma la acompañó al día siguiente. De esa manera, la princesa acudió en ayunas a casa de la hechicera. La tela embrujada se adhirió a su cuerpo como si fuera su piel, la envolvió de arriba abajo y transformó su cabeza en la testa de una cabra.

La reina rio satisfecha al haber conseguido su propósito al fin. La hechicera desapareció y la princesa, horrorizada, corrió a esconderse en sus aposentos.

En cuanto su hermana Katherine supo lo ocurrido, sintió una inmensa rabia por la crueldad de su madre. Prometió a Caraderosa que haría lo posible por romper el hechizo y que, mientras tanto, estaría con ella para que no sufriera por su aspecto.

—Madre, si vuestra crueldad ha alcanzado a mi querida hermana, ¿a quién más alcanzará? —dijo Katherine a la reina—. No permaneceré ni un segundo más en este castillo, pues nadie merece vivir con el miedo a ser castigado a vuestro antojo.

Katherine cubrió la cabeza de Caraderosa con un chal y emprendieron el camino para irse lo más lejos posible de allí. Al final del día, llegaron a una granja y Katherine se ofreció a cepillar a los caballos a cambio de comida y un lugar donde pasar la noche. En el establo, Caraderosa pudo descubrir su cabeza y entre las dos hicieron el trabajo. En otra ocasión entraron en una posada y, a cambio de comida y lecho, Katherine y Caraderosa fregaron todas las ollas y sartenes. Así continuaron su camino hasta que, al cabo de varios días, llegaron a los confines del reino y entraron en el país vecino. Katherine quiso probar suerte en el palacio, quizá allí hubiera algún trabajo para ella.

—Deséame suerte, hermana —le pidió a Caraderosa—. Sería bueno para nosotras quedarnos aquí. No un día ni una noche, sino todo el tiempo que necesitemos.

—Nadie aceptará lo que pretendes cuando me vean con esa cabeza de cabra —lamentó Caraderosa.

Katherine abrazó a su hermana y la tranquilizó. Gracias a su carácter práctico tenía un plan para justificar la extraña apariencia de Caraderosa, siempre cubierta con un chal. Así, cuando las recibió el mayordomo real, Katherine le habló de esta manera:

—Si tenéis algún trabajo que pueda realizar, nos sería de gran ayuda. Mi hermana padece de una extraña enfermedad que le afecta a la cabeza y necesita tranquilidad.

El mayordomo escuchó con atención. En el palacio había una gran preocupación por la enfermedad del príncipe, así que pensó que ella, acostumbrada a la tranquilidad, sabría moverse silenciosamente para no molestarlo.

—El príncipe heredero también padece una extraña enfermedad —contestó el mayordomo—. Le afecta sobre todo por las noches, así que alguien debe estar con él. Pero es tan agotador que todos los que se encargan de su cuidado acaban extenuados. Quizá podría ser este tu trabajo, si así lo deseas.

Katherine aceptó encantada, así podría estar durante el día con su hermana. El mayordomo asignó una amplia estancia para las dos, desde la que Caraderosa podía contemplar los jardines reales sin ser vista.

—Mañana por la mañana, si el príncipe heredero pasa buena noche a tu cuidado, te daré una bolsa con monedas de plata —dijo el mayordomo antes de despedirse.

Katherine aceptó el trato. Después de todo, al menos sería una noche en que su hermana podría descansar en un lecho, y con ese dinero podría comprar comida para varios días.

Fue a ver al príncipe, un joven apuesto a pesar de su tez pálida y su aspecto enfermizo. Miraba al vacío como si allí encontrara algo que intentara alcanzar con las manos, pues se estiraba hacia adelante de vez en cuando. Así estuvo hasta que se quedó dormido. Transcurrió la noche sin ningún sobresalto, pero a las doce, Katherine observó que el príncipe comenzaba a inquietarse. Se despejó, pues estaba a punto de

quedarse dormida, y vio atónita que el joven, aún con la mirada perdida, se levantaba, se vestía y salía de sus aposentos, escaleras abajo. Katherine pensó que este comportamiento quizá tuviera relación con su enfermedad y no dudó en seguirle.

El príncipe salió del palacio y se dirigió al establo. Allí montó sobre su caballo. Katherine montó otra yegua sin que él se diera cuenta, puesto que seguía enajenado. Cabalgaron hasta que dejaron atrás el bosque y llegaron a un páramo. Por el camino, Katherine recogió algunas nueces, pues pensó que, sin saber adónde se dirigía ni con qué se iba a encontrar, quizá las necesitase. Atravesaron la llanura al paso, hasta que el joven se detuvo ante un montículo al que susurró:

—Ábrete, pequeño monte verde, deja que el príncipe y su caballo entren.

Katherine, dispuesta a llegar hasta el final, añadió también en un susurro:

—Permite también que entre esta dama.

El montículo se abrió para mostrar lo que guardaba, el magnífico salón de un asombroso palacio. Y aunque tras ellos la magia cerró el pequeño monte, parecía que en su interior era pleno día, pues lo iluminaban decenas de velas encendidas y brillantes lámparas de araña.

Katherine miró asombrada a su alrededor. Ante sus fascinados ojos se desplegó una fastuosa escena: lujosos cortinajes, doradas sillas junto a una chimenea encendida, una mesa de madera ricamente tallada llena de manjares, y grandes espejos que reflejaban hermosas parejas de hadas y caballeros bailando armoniosamente un vals... Sin duda, aquel era el lugar más extraño y mágico que jamás había visitado.

Las hadas corrieron junto al príncipe y lo sumaron delicadamente al baile. Katherine se dio cuenta de que el heredero parecía feliz y tan sano como si nunca hubiera estado enfermo. Estuvo observando cómo danzaban durante toda la noche, hasta que se oyó el vibrante sonido de un gong y los bailarines desaparecieron. El príncipe fue en busca de su caballo para marcharse rápidamente. El montículo se abrió de nuevo y cabalgaron hacia el exterior, en dirección al palacio, al que regresaron más rápido que cuando se alejaron.

Ya en sus aposentos, el príncipe se desvistió, se acostó y volvió a mirar al vacío, como unas horas atrás.

Por la mañana, el mayordomo se presentó ante Katherine para saber qué tal había ido la noche. La joven no se atrevió a decir que el príncipe estaba hechizado por las hadas del páramo, por si no la creían. Por esa razón informó al mayordomo de que el heredero había pasado buena noche, sumido en un profundo sueño.

Según lo acordado, el hombre le tendió una bolsa con monedas de plata como pago por su trabajo. Transcurrió el día y, cuando llegó la noche, sucedió lo mismo que la anterior. Al llegar las doce el príncipe se vistió y se fue de palacio cabalgando sobre su caballo, seguido por Katherine.

—Ábrete, pequeño monte verde, deja que el príncipe y su caballo entren —susurró el joven cuando llegaron al montículo.

Katherine, de nuevo, añadió:

—Permite también que entre esta dama.

Cuando estuvieron por fin en el baile, Katherine se alejó del centro del salón para pasar desapercibida y observar mejor. Se fijó en una pequeña hada que jugaba con una varita mientras tarareaba:

—Tin…, tin…, tin… Tres golpes de esta varita devolverán la hermosura a Caraderosa.

Katherine sintió que el latido de su corazón se aceleraba. ¡Con esa varita podría romper el hechizo de la reina! Buscó en los bolsillos de su vestido y encontró las nueces que, como la noche anterior, había recogido por el camino. Jugó con ellas como si fueran canicas, hasta que logró llamar la atención de la pequeña hada. Esta, al unirse al juego, dejó a un lado la varita y Katherine aprovechó para hacerse con ella. Poco después, cuando sonó el gong, todo siguió como la noche anterior y cabalgaron rápidamente para regresar a palacio.

De nuevo en sus aposentos, el príncipe se desvistió, se acostó y se quedó absorto mirando al vacío. Katherine se dirigió a la estancia de su hermana, que dormía profundamente. Sacó la varita y dio tres toques en su triste cabeza de cabra, que volvió a recuperar su aspecto, tal como había dicho la pequeña hada.

Por la mañana, cuando el mayordomo habló con ella, Katherine de

nuevo le dijo que el príncipe había pasado buena noche. También le anunció que su hermana se había curado, seguramente gracias al buen descanso que propiciaba el palacio.

—Nos gustaría agradecer al rey su generosa hospitalidad —añadió Katherine.

El rey estaba tan satisfecho con los cuidados de Katherine que quiso pagarle con monedas de oro en lugar de plata.

—Deseo que vos y vuestra hermana estén tan cómodas entre nosotros que no quieran marcharse —dijo el rey.

Las hermanas agradecieron al rey su generosa hospitalidad, pues Katherine deseaba seguir cuidando al príncipe. Estaba decidida a liberarlo de su encantamiento.

Esa noche transcurrió como Katherine había previsto. Al llegar las doce el joven se vistió y se fue de palacio cabalgando sobre su caballo, seguido por Katherine.

—Ábrete, pequeño monte verde, deja que el príncipe y su caballo entren —susurró el príncipe cuando llegaron al montículo.

Katherine, de nuevo, añadió:

—Permite también que entre esta dama.

Una vez más el pequeño monte se abrió y ellos entraron en la

suntuosa sala de baile. Todo sucedió como las veces anteriores. Katherine buscó a la pequeña hada, que esta vez jugaba con una manzana. La joven se acercó a ella y la oyó cantar:

—Tres mordiscos de esta manzana y el príncipe recuperará su mente sana.

Katherine sacó unas nueces de su vestido. Pero esta vez no llamaron la atención de la pequeña hada. Katherine, tan práctica y resuelta como siempre, rompió las nueces para mostrarle su interior. La pequeña hada quedó fascinada por el fruto dorado y olvidó la manzana. Así, cuando llegó el momento de marcharse con el sonido del gong, Katherine llevaba consigo la cura para el príncipe.

En cuanto llegaron al palacio, el príncipe se tumbó y cayó en un profundo sueño. Por la mañana, cuando entró el mayordomo para ver qué tal había pasado la noche el heredero, Katherine le pidió que le acercara la manzana para que el príncipe la oliera.

—Qué sabrosa debe de estar esa manzana —dijo de pronto el heredero.

Entusiasmada, Katherine cortó un trozo, y el príncipe se lo comió con deleite. Su tez iba recuperando el color de cualquier joven sano.

—Comería más, pues ciertamente está deliciosa —dijo de nuevo el príncipe.

Al segundo bocado, el príncipe se levantó de la cama como lo haría cualquier joven, sin lamentos ni requiebros que lo hicieran caer. Comenzó a caminar hasta la ventana.

—Ojalá pudiera comer otro poco —dijo mirando hacia el jardín—. Este día tan hermoso me ha abierto el apetito.

Al tercer mordisco, el príncipe salió de sus aposentos y se dirigió al cenador cubierto de rosas. Allí encontró a Caraderosa, que conversaba animadamente con el rey sobre las virtudes de un buen soberano.

—¿Habéis sido vos quien me ha curado? —preguntó a la bella Caraderosa.

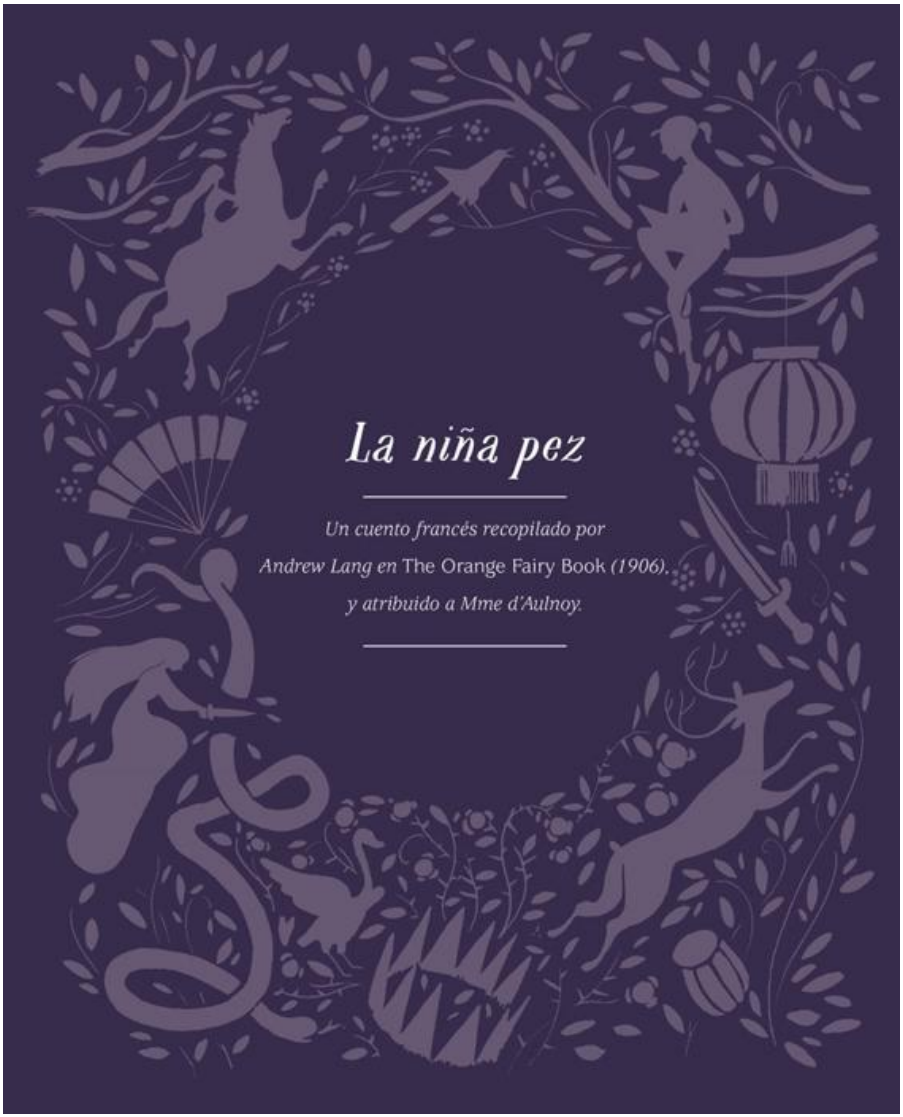
—Os ha curado la misma persona que me curó a mí —respondió la princesa—, mi querida hermana.

—Quisiera conocerla —dijo el príncipe—. Mucho he de aprender de alguien tan inteligente que distingue entre hechizo y enfermedad, y

tan valiente que no teme enfrentarse a nada.

Katherine contó al príncipe cómo había logrado romper el hechizo de las hadas. Al joven le pareció tan ingenioso que ella hubiera recogido nueces en plena noche y que las hubiera partido para distraer a la pequeña hada por segunda vez que la llamó Katherine Rompenueces.

Katherine se había enamorado del heredero mientras lo cuidaba y en el príncipe despertó el amor en cuanto desapareció el hechizo. Así fue como Katherine Rompenueces se convirtió en la nueva reina de aquel país.


La niña pez
Un cuento francés recopilado por
Andrew Lang en The Orange Fairy Book (1906).
y atribuido a Mme d'Aulnoy.

Había una vez, hace mucho mucho tiempo, un matrimonio que vivía con su hija en una pequeña casita junto al río. Quizá por ser hija única, quizá porque los padres no conocían otro modo de educarla, Aalis creció teniendo todo cuanto se le antojaba. Y, como no le faltaba de nada, no lo valoraba, no lo agradecía, ni hacía nada por los demás.

Un día su madre, que se encontraba muy cansada, le pidió que cosiera la red, pues su padre pensaba salir a pescar esa noche y estaba demasiado estropeada. Como esa tarde la niña, que ya se había convertido en una agraciada joven, se aburría mucho y no encontraba nada que la distrajera, lo hizo encantada. Aunque a ratos desatendía la tarea y se dedicaba a hablar con todo el que se le acercaba, descubrió que le gustaba tanto remendar que puso todo su empeño en hacerlo bien. Cuando terminó, mientras recogía la red para llevarla a casa, oyó un chapoteo a sus espaldas. Se volvió y vio un gran pez que saltaba en el aire. Rápidamente lanzó la red al agua para atraparlo, con tan buena puntería que el pescado acabó en manos de la niña.

—¡Qué hermoso pez! —exclamó Aalis al ver sus reflejos plateados.

—Es mejor que me devuelvas al mar —dijo la criatura—. Si me matas, te convertiré en pez.

Aunque la joven se sorprendió al oír hablar al animal, no estaba dispuesta a soltarlo. Era un gran ejemplar, el primero que pescaba en su vida, y estaba decidida a comérselo esa misma noche.

Cuando llegó a su casa le pidió a su madre que lo cocinara.

—Es una pena porque este pez sabe hablar —dijo Aalis—. Pero aun así me lo voy a comer. ¡Es el primero que pesco! ¿Puedes creer que amenazó con convertirme en pez si lo mataba?

La madre intentó disuadirla de su idea. ¡Debía devolverlo al mar cuanto antes! Seguramente era una criatura mágica, y si a Aalis le sucedía algo, ni ella ni su marido podrían superarlo. Pero una vez más la joven se burló, convencida de que nada podría hacerle daño. Además, tenía hambre y eso la ponía de mal humor.

—Iré a por flores para ponérmelas en el pelo —le dijo a su madre—. Cuando vuelva, ten la cena preparada.

La madre comenzó a guisar y al cabo de una hora la cena estaba lista. Olía de maravilla.

—¡Ya te dije que el pescado estaría delicioso! —exclamo la hija hundiendo el tenedor en él.

En el preciso instante en que el pescado tocó sus labios, un escalofrío recorrió el cuerpo de la joven. Sintió un dolor horrible y notó que su cabeza se aplastaba, que los ojos se iban hacia los lados, que sus piernas y sus brazos se pegaban a los costados. No podía hablar, incluso sentía que se asfixiaba.

Un incontenible impulso hizo que se lanzara por la ventana y cayó en el mar. Enseguida se encontró mejor. Al menos ya no sentía que se moría, pero veía peces a su alrededor. ¿Cómo era posible?

—Bienvenida a tu nuevo hogar —dijo uno de ellos.

—Bobadas —burbujeó ella tragando agua—. Yo no soy un pez.

Nada más decirlo nadó hasta la superficie para que no la vieran llorar.

—Te burlaste del pez que hablaba —dijo otro pez—, pero tenía poder para cumplir su promesa. Lo sé porque nos ha ocurrido lo mismo a todos nosotros.

—No se vive mal aquí —añadió otro—. Ven, te presentaremos a la reina. Vive en un palacio esplendoroso, mucho más hermoso de lo que puedas imaginar.

Aalis no tenía ningún interés en acompañarlos, pero era mejor que quedarse sola, así que nadó detrás de ellos hasta llegar al palacio. Desde la superficie se veía un banco de peces deslizándose hacia el oeste. Aalis observó a su alrededor asombrada por las maravillas que se descubrían ante sus ojos. Pensó que era una lástima tener que convertirse en pez para darse cuenta de lo valiosa que era la vida marina. «¡Cuántas barbaridades comete el hombre sin saber lo que destruye!», se dijo para sus adentros mientras aleteaba entre la multitud de peces.

Incluso ella misma reconoció que apenas conocía nada del fondo mar, tan solo algunas algas y unos pocos crustáceos y peces. En

cambio, ahora descubría los tesoros ocultos bajo el agua. Magníficos corales, perlas y piedras preciosas, hermosísimas anémonas y otras criaturas marinas tan bellas que no las podía describir con palabras. También distinguió animales marinos que nunca habían visto la luz escondidos en las hendiduras de las rocas, donde no llegaban los rayos del sol. Al principio, Aalis se sintió como si estuviera ciega, pero poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad abisal. Al cabo de unas horas llegaron a su destino. Era un valle profundo y la joven pez se quedó asombrada al descubrir que en el fondo del mar también había montañas.

Ante ella apareció el palacio de la reina de los peces. Ciertamente, era el más hermoso que jamás había visto. Los muros eran de coral rosa, e hileras de perlas enmarcaban las ventanas. En el interior había multitud de peces que se dirigían a la sala de las audiencias. Allí era donde les recibiría la reina. Cuando llegó su turno, Aalis vio que su majestad era una criatura tan extraña como hermosa, pues era mitad pez, mitad mujer. Estaba sentada en una concha verde y azul, y su semblante era majestuoso.

—¿Quién eres y de dónde vienes? —preguntó la reina.

Aalis aleteó unos segundos para adelantarse al resto; después comenzó a contar su historia.

—Yo también fui una joven humana hace tiempo —dijo la reina cuando Aalis terminó.

La reina contó que su padre era el rey de un gran país. El día de su boda con el príncipe de un reino vecino, su madre le puso una corona. Mientras la tuviera puesta, sería una reina. Vivió una época feliz y al cabo de un tiempo tuvo un hijo. No podía ser más dichosa. Pero un día en que paseaba por los jardines reales, apareció un gigante y le arrebató la corona. Entonces se la dio a su hija y hechizó al príncipe para que no notara la diferencia entre las dos. La reina no pudo soportarlo y se arrojó al mar. Sus damas de compañía, que amaban a la reina, quisieron correr su misma suerte. Pero una maga, testigo de todo lo que había ocurrido, se compadeció de ellas e impidió que se ahogaran. Las convirtió en peces para que pudieran vivir en el mar, aunque conservaran el rostro y el cuerpo de su vida en la tierra.

—Permaneceremos aquí, en el fondo del mar, hasta que alguien recupere la corona y me la devuelva —terminó de explicar la reina—. ¿Quizá tú querrías intentarlo?

Aalis no dudó en responder afirmativamente, conmovida por la historia de la reina y deseosa de regresar a la superficie.

—Dime qué debo hacer —contestó la joven pez.

—No hay peligro si sigues mis consejos —aseguró la reina—. Regresarás a tierra y, una vez allí, debes subir a la cima de la montaña donde el gigante ha construido su castillo. Lo encontrarás llorando por su hija, que acaba de morir mientras el príncipe estaba de caza. Antes de su último suspiro devolvió la corona a su padre a través de un fiel criado.

La reina advirtió a Aalis que evitara ser vista por el gigante, pues podría matarla. Para ayudarla en su misión, le dio el poder de convertirse en cualquier criatura que le conviniese en cada momento.

—Solo debes tocarte la frente y nombrar al animal en que deseas convertirte —explicó.

Aalis nadó hasta la tierra, y hubiera jurado que el camino era más corto que la primera vez. En cuanto llegó a la orilla se tocó la frente con la cola.

—Ciervo, ven a mí —dijo, y en un instante su viscoso y pequeño cuerpo desapareció para convertirse en este hermoso animal.

El ciervo aspiró profundamente para tomar fuerzas y comenzó a brincar entre ríos y piedras. Corrió por la montaña, hasta que llegó a las inmediaciones del castillo donde vivía el gigante. Sus muros eran inexpugnables, así que se tocó la frente y pidió convertirse en una hormiga, pensando que sería la mejor forma de trepar por ellos sin ser vista. Transformada en este pequeño insecto pasó desapercibida, aunque le resultó un ascenso arduo y agotador. Cuando llegó a una altura considerable vio que a su lado había una rama y se transformó en mono. Así pudo balancearse hasta la habitación donde dormía el gigante.

Aalis, decidida a hablar con él, se tocó la frente e invocó a un loro. Un instante después el gigante se desperezó y vio ante sí una hermosa ave rosada que le hablaba.

—Me han enviado para recuperar la corona —dijo el loro—. Ya no es tuya, pues tu hija, la reina, ha muerto.

El gigante rugió de pena y saltó de la cama en dirección al mensajero. Quería matarlo con sus propias manos. Pero Aalis emprendió el vuelo y escapó, y al final el gigante pensó que lo mejor sería pedirle algo a cambio de la corona.

—Tráeme un collar de gemas azules del Arco de San Martín que está en la gran ciudad —dijo—. Te lo cambiaré por la corona.

En cuanto estuvo sola, Aalis invocó a un águila para volar hacia allí y desprender las piedras preciosas con su pico. Apoyada en el alféizar sintió que sus alas crecían y se fortalecían, listas para desplegarse y volar hasta el Arco de San Martín. Cuando llegó al lugar indicado picoteó alrededor de las gemas hasta desprenderlas y luego deshizo el camino hasta reunirse de nuevo con el gigante.

—No son tan azules como esperaba —gruñó el gigante al tener las gemas entre sus inmensos dedos—. Tendré que pedirte algo por lo que realmente valga la pena darte la corona.

Aalis sabía que el gigante mentía, pero no le quedaba más remedio que seguirle el juego, así que aceptó. Esta vez el gigante le pidió una corona de estrellas a cambio de la suya.

Aalis voló hasta una laguna y luego se convirtió en sapo. Las estrellas se reflejaban en el agua cristalina como si formaran un auténtico firmamento. Recogió la rutilante agua en una bolsa y, cuando llegó al castillo, se transformó en araña. Con sus finos hilos tejió una corona que humedeció con el agua cristalina para que reflejara las estrellas. Cuando se la ofreció al gigante, este no pudo por menos que reconocer la poderosa magia de Aalis y le entregó la corona.

—La has ganado limpiamente —dijo el gigante—. Tu poder es mayor que el mío.

Aalis cogió la corona con el pico, invocó al mono y saltó al árbol. Después se transformó en hormiga y finalmente en ciervo. Así pudo correr a través del bosque y llegar de nuevo a la orilla del mar. Allí se detuvo y lloró, deseando quedarse en tierra, pero enseguida recordó su promesa a la reina pez. Se transformó por última vez y saltó al agua.

Durante su ausencia, los humanos convertidos en peces habían perdido la esperanza de volver a ver a Aalis. Cuando de pronto la divisaron, se reunieron a su alrededor alegres y ansiosos de tener noticias. Siguieron su aleteo hasta el palacio, donde la joven pez le entregó la corona a la reina. En cuanto la reina la colocó sobre su

cabeza, comenzó a transformarse en humana.

—Lo has conseguido —susurró llorando de felicidad.

Mientras le daba las gracias por su hazaña, el resto de los peces encantados también recuperaron su forma original. Salieron a la superficie pletóricos de alegría, sin ni siquiera mirar atrás. Pero habían estado tanto tiempo viviendo en el fondo del mar que las nuevas les pillaron desprevenidos. El rey había muerto y en su lugar el príncipe heredero había ocupado el trono. Cuando la reina apareció ante él, su amado apenas podía creer lo que veían sus ojos. Los primeros días solo hubo alegría en el palacio, pero pronto la reina advirtió que su país necesitaba a alguien lo suficientemente valiente para poder tomar las decisiones importantes, y con un corazón tan noble que antepusiese su promesa de servir al reino a todo lo demás.

La reina tenía a su lado a Aalis, a quien había elegido como consejera desde que llevara a cabo su hazaña. Recordó sus virtudes y supo que ella sería una digna sucesora al trono.

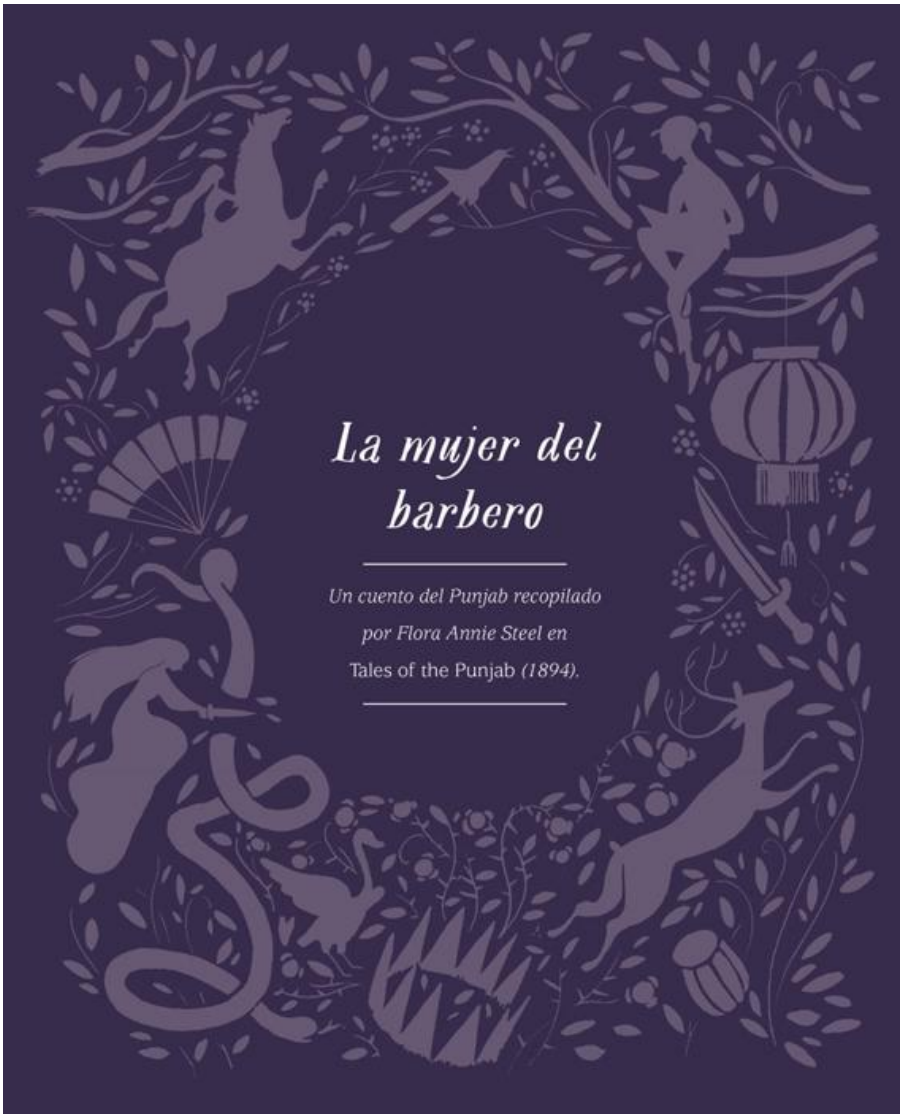
—Deseo que seas tú, joven Aalis, quien dirija el gobierno de este magnífico reino —le dijo—. Me siento cansada tras tantos años bajo el influjo de la magia, sin fuerzas para tan gran responsabilidad.

Aalis deseaba regresar a su hogar, reencontrarse con sus padres y agradecerles cuanto le habían dado, pues ahora entendía lo egoísta y caprichosa que había sido con ellos. Sin embargo, gracias al encantamiento había descubierto una valentía que desconocía. Había aprendido también que no puedes abandonar a quienes te necesitan.

—Majestad, os agradezco vuestra confianza en mí —dijo Aalis—. Espero gobernar en la tierra tan sabiamente como vos reinasteis en la profundidad del mar.

La joven pidió a la reina que sus padres vivieran con ella en palacio, para poder cuidarles y darles todo el amor que necesitasen.

Así, el reino contó con una de las gobernantes más generosas y valientes de todos los tiempos.


La mujer del barbero
Un cuento del Punjab recopilado por Flora Annie Steel en Tales of the Punjab (1894).

En un pueblo del Punjab, hace mucho tiempo, un barbero se lamentaba de su infortunio. El pobre hombre era algo torpe y a causa de su mal pulso tenía poca clientela. Sus clientes casi siempre salían con alguna herida: en la garganta si habían ido a rasurarse la barba o en las orejas si habían ido a cortarse el pelo. Así pues, al cabo de un tiempo, el barbero se vio en la ruina. El hombre, además, no era ni habilidoso ni lo bastante inteligente como para buscar otra forma de ganarse la vida. Así que los días pasaban sin que ganara una sola moneda, hasta que se vio sin nada que comer. Fue entonces cuando su esposa Nabiha le conminó a que pidiera limosna.

—De alguna forma tendrás que traer el pan a casa —se quejó ella, harta de vivir en la miseria.

En esos días el rey había organizado una magnífica fiesta en el palacio, y la esposa del barbero le mandó presentarse ante él.

—Seguro que te da alguna limosna para mostrar su generosidad ante sus invitados —añadió.

El barbero no estaba seguro de que fuese a ocurrir como decía su esposa, pero pensó que podía probar suerte, pues tampoco tenía nada mejor que hacer. Cuando se presentó ante el rey, este quiso ayudarle.

—¿Qué quieres que te dé? —preguntó el monarca, magnánimo.

El barbero se quedó tan sorprendido por la pregunta que no supo qué contestar. Así que balbuceó que cualquier cosa le ayudaría.

—¿Un pedazo de tierra, por ejemplo? —preguntó el rey.

El barbero agradeció que le hubiera sacado del apuro, porque estaba tan bloqueado que no tenía ni idea de qué podía pedirle. Al fin y al cabo, un pedazo de tierra era algo; al menos no regresaría a casa con las manos vacías. El hombre apareció ante su esposa, que no podía creer lo que oía.

—¿Y cómo compro comida con un pedazo de tierra? —protestó Nabiha—. Necesitamos dinero, no un puñado de tierra baldía.

El barbero pensó que él ya había cumplido: había traído algo del palacio, el resto estaba en manos de su esposa. Por su parte, ella

estuvo pensando qué podían hacer con lo que el rey les había dado. En realidad, podrían sembrar, pero el terreno estaba tan duro y tan seco que era imposible sacarle ningún partido. Ellos no tenía bueyes, ni arado, ni azada, absolutamente nada con que arar la tierra. Pasó la noche en vela, hasta que, al llegar el alba, encontró una solución.

—Iremos a la tierra que el rey te ha dado —dijo a su esposo—. Haz lo que yo haga. Y cada vez que yo diga que estoy cansada, contesta: «Ya falta poco».

El esposo obedeció con gusto. Conocía bien a su esposa y sabía que hacía honor a su nombre, pues Nabiha significa «inteligente». Al cabo de un rato los dos se encontraban caminando por la seca y pedregosa tierra que ahora era suya.

Durante mucho rato estuvieron los dos caminando y mirando al suelo sin apartar la vista, como si estuvieran buscando algo.

—Esposo, qué cansada estoy —decía ella de vez en cuando.

—Ya falta poco —replicaba él sin apartar la vista del suelo.

Por allí cerca pasaron unos ladrones que oyeron los lamentos de la mujer. Se acercaron sigilosamente y se quedaron observándolos, curiosos. Por fin se atrevieron a preguntar qué buscaban.

—Mi marido me ha pedido que no diga nada —dijo Nabiha a uno de ellos—, pero estoy tan cansada que un poco de ayuda me vendría bien.

El jefe de los ladrones se acercó más a la mujer para mantener el secretismo con el que ella le hablaba.

—Este campo pertenecía a mi abuelo y enterró en él una olla llena de monedas de oro —susurró Nabiha mientras su marido seguía caminando sin apartar la vista del suelo—. Estamos intentando hallar el lugar exacto antes de comenzar a cavar. Por favor, no se lo digas a nadie.

El bandido prometió callar incluso bajo tortura para que la mujer se quedara tranquila, y fingiendo no dar más importancia a lo que acababa de conocer, se marchó con los demás ladrones. Al final del día, cuando ya no había más que oscuras sombras sobre el terreno, el barbero y su mujer regresaron a casa. Entonces los bandidos aprovecharon para empezar a cavar, pues tenían mucha tierra por

delante y solo contaban con las horas que tardase en amanecer para encontrar la olla. Pero cuando el sol comenzó a salir, estaban agotados de excavar durante toda la noche sin haber encontrado más que pedruscos. No hallaron ni un centavo, y se marcharon muy disgustados.

Al día siguiente, cuando Nabiha vio que la tierra estaba tan bien labrada, soltó una sonora carcajada. Su plan había sido todo un éxito. Se presentó en el mercado y pidió prestado un saco de arroz. Le resultó fácil encontrar a un vendedor que aceptase, y además lo hizo con gusto, pues la mujer del barbero era famosa en el pueblo por su inteligencia.

—Te devolveré el triple de lo que me prestas —prometió Nabiha al mercader, y se marchó por donde había venido.

Al cabo de unos meses, el barbero y su mujer recolectaron el fruto de lo sembrado, y cuenta la leyenda que jamás hubo una cosecha tan buena como aquella. Nabiha pagó al mercader con tres sacos de arroz, guardó una parte para ellos y vendió el resto por una olla llena de monedas de oro.

Cuando los ladrones regresaron al pueblo y vieron lo que había ocurrido, se presentaron ante Nabiha para reclamarle su parte de la cosecha.

—Labramos la tierra —aseguró el jefe de los bandidos—. Debes pagarnos por nuestro trabajo.

—Te dije que había oro en el suelo —replicó Nabiha—. No te pedí que lo buscaras. Si cavaste la tierra fue porque quisiste.

El jefe de los ladrones enfureció, pero no podía hacer nada, así que se marchó más indignado que al principio.

—Ten cuidado esta noche, mujer —dijo en tono amenazador—. Más vale que vigiles tu casa.

Cuando los bandidos se fueron, Nabiha, que sabía que tratarían de vengarse, planeó una trampa para ellos. Esa noche, mientras el barbero y su esposa dormían, los ladrones entraron en la casa para hacerse con la olla llena de monedas de oro. Nabiha les aguardaba despierta, pero ellos no fueron tan cautos como debieron y con el ruido despertaron al barbero.

—¡Esconde el oro, mujer! —gritó el barbero, sobresaltado, al despertar.

—Chis, no temas, no lo encontrarán —susurró Nabiha—. Está escondido en la cocina, en el fondo del saco que trajo el panadero. Debajo de las galletas, los picatostes y los deliciosos ghribat.

Tal como Nabiha había imaginado, en cuanto los ladrones lo oyeron fueron a la cocina, cogieron el saco lleno de galletas que olían a canela, a dátiles y a miel, y se marcharon. Cuando llegaron a su guarida, tenían tanta hambre y el aroma de los dulces era tan fabuloso que, mientras los sacaban del saco para coger el oro, se los zamparon. Los incautos no sabían que Nabiha los había elaborado con ingredientes que les producirían un malestar tan grande que los tendría en la cama una semana.

Cuando los ladrones se recuperaron, sus ganas de venganza los llevaron de nuevo a casa del barbero. Pero Nabiha estaba alerta, ya que sospechaba que los bandidos no se iban a rendir fácilmente. Cuando entraron sin temor a despertar a los durmientes con sus ruidos, ella tenía un ojo abierto y, claro está, un plan en marcha.

—¡Esconde el oro, mujer! —gritó de nuevo el barbero al despertar, sobresaltado—. ¡¿No lo tendrás debajo de la almohada?!

—Chis, no temas, no lo encontrarán —susurró Nabiha—. Lo he sacado de la casa, está colgado de la rama más alta de la faidherbia. Nuestra acacia nos lo guarda.

En cuanto los ladrones lo oyeron, salieron al jardín. Como la rama más alta estaba realmente a mucha distancia del suelo, el jefe de los bandidos ordenó a uno de los ladrones que se encaramara a ella y bajara el tesoro. Lo que no sabían era que lo que colgaba de la acacia no era una bolsa de oro, sino un avispero.

El hombrecillo trepó y se sentó en una rama para descansar e intentar ver mejor, pues subía a tientas. En esto que le picó una avispa y empezó a rascarse para aliviar el dolor.

—¡¿Qué haces, rufián?! —gritaron desde abajo los demás—. ¿No estarás guardándote unas monedas en el bolsillo?

En un periquete el jefe mandó a otro de los suyos para que evitase el hurto del primero. Sin embargo, le ocurrió lo mismo. Mientras intentaba calmar la quemazón de la picadura, los de abajo gritaban:

—¿¡Qué hacéis, desgraciados?! ¡No está bien robar a un ladrón!

El jefe, furioso porque sus bandidos le robaran, trepó hasta ellos, agarró la colmena pensando que era el tesoro y comenzó a rascarse como los demás. En ese momento la rama de la acacia no soportó más peso y se partió. Todos cayeron al suelo, sin excepción, y el que no se partió un brazo, se torció una pierna o se lastimó una mano.

Pasadas varias semanas, cuando los bandidos se recuperaron de sus lesiones, rasguños y heridas, volvieron a la carga. Estaban decididos a hacerse con la olla de oro que había en la casa del barbero. Primero, porque lo consideraban el pago por haber labrado la tierra y segundo, porque Nabiha se había burlado de ellos en tres ocasiones. Deseaban restablecer su honor de bandidos a toda costa.

Había pasado algún tiempo y el barbero y su mujer estaban convencidos de que ya nadie más volvería a importunarles. Era ya primavera y, como hacía calor, Nabiha dejaba abierta la ventana de su alcoba. Gracias a eso oyó que en el jardín se habían reunido los ladrones y los escuchó elaborar su plan para entrar en la casa. Dispuesta a defenderse a toda costa, Nabiha cogió el cuchillo más grande que tenía y se puso detrás de la puerta. En cuanto el primer ladrón la abrió y asomó la punta de la nariz por el resquicio, ¡zas!, Nabiha se la cortó. El desafortunado bandido comenzó a sangrar muchísimo y a gritar aún más.

—¡Hay algo afilado ahí dentro! ¡Debe de ser un vidrio que haya roto al abrir la puerta! —se lamentaba el hombre.

Otro ladrón lo intentó de nuevo, seguro de que ya no habría ningún cristal que pudiera herirle. Pero, al asomar la punta de su nariz por el resquicio de la puerta, ¡zas!, Nabiha se la cortó.

—¡Por Alá! ¡Hay algo que corta al otro lado de la puerta! —gritó el segundo ladrón—. ¡Era frío y de metal! ¡Seguro que choqué contra el postigo y me cortó la nariz!

Después de este probó un tercer ladrón, y un cuarto y un quinto…, así hasta que solo quedó el jefe de los bandidos.

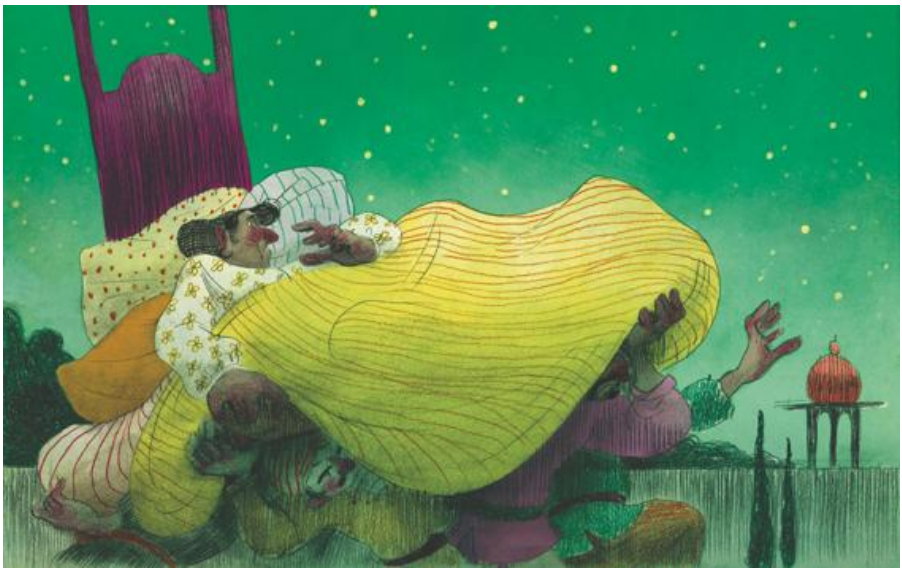
—Al menos uno de nosotros debe permanecer entero —dijo—. No abriré la puerta, no vaya a herirme a mí también. ¿Quién cuidaría de vosotros entonces?

Dicho esto, los bandidos se marcharon. Nabiha pensó que, al menos, había logrado mantenerse a salvo, junto con su esposo y su fortuna. Recogió las puntas de las narices y las guardó en una caja.

Lo que Nabiha no sabía era que un bandido herido en su orgullo no mide el peligro. Así que los ladrones, sin dudarlo ni un momento, regresaron a casa del barbero. Esta vez era una noche de verano tan calurosa que Nabiha había sacado su cama al jardín para intentar dormir con las caricias del aire fresco. Al ver tan buena oportunidad, los ladrones levantaron la cama sobre sus hombros y la llevaron al bosque, donde nadie pudiera oír sus gritos de auxilio. Con el movimiento, la mujer se despertó y esta vez sí que temió por su vida, pues no encontró escapatoria. Se quedó quieta para que sus raptores

no sospecharan que andaba despierta y cavilando.

—Pararemos aquí a descansar —dijo de pronto el jefe de los bandidos—. Bajad la cama, entre estos árboles no nos verá nadie.



Nabiha se agarró a una rama que tenía cerca y metió la almohada bajo la colcha para que los ladrones pensaran que seguía dormida. Era una noche de luna llena, y ni siquiera la hermosura del firmamento calmaba a los ladrones, que discutían sobre quién debía ser el primer centinela. Finalmente decidieron que fuera el jefe y cuando los demás cayeron en un profundo sueño, Nabiha puso en marcha su plan. Ocultó su rostro con la seda blanca de su camisón y comenzó a cantar dulcemente. Tan embriagador era su canto que el jefe de los bandidos creyó escuchar a una criatura celestial. Se sintió como si estuviera hechizado por la melodía y, animado por la luz de la luna, trepó hasta la rama donde estaba Nabiha. Ella, oculto su rostro, se aseguró de no ser reconocida y dejó que él hablara.

—Hermosa criatura de divina voz —dijo el jefe—, habéis robado el corazón al rey de los ladrones.

—Si sois tan ladrón como decís, no puedo creer ni una de vuestras palabras —contestó Nabiha con finísima dulzura.

—¿Qué puedo hacer, belleza de la luz nocturna, para que creáis en

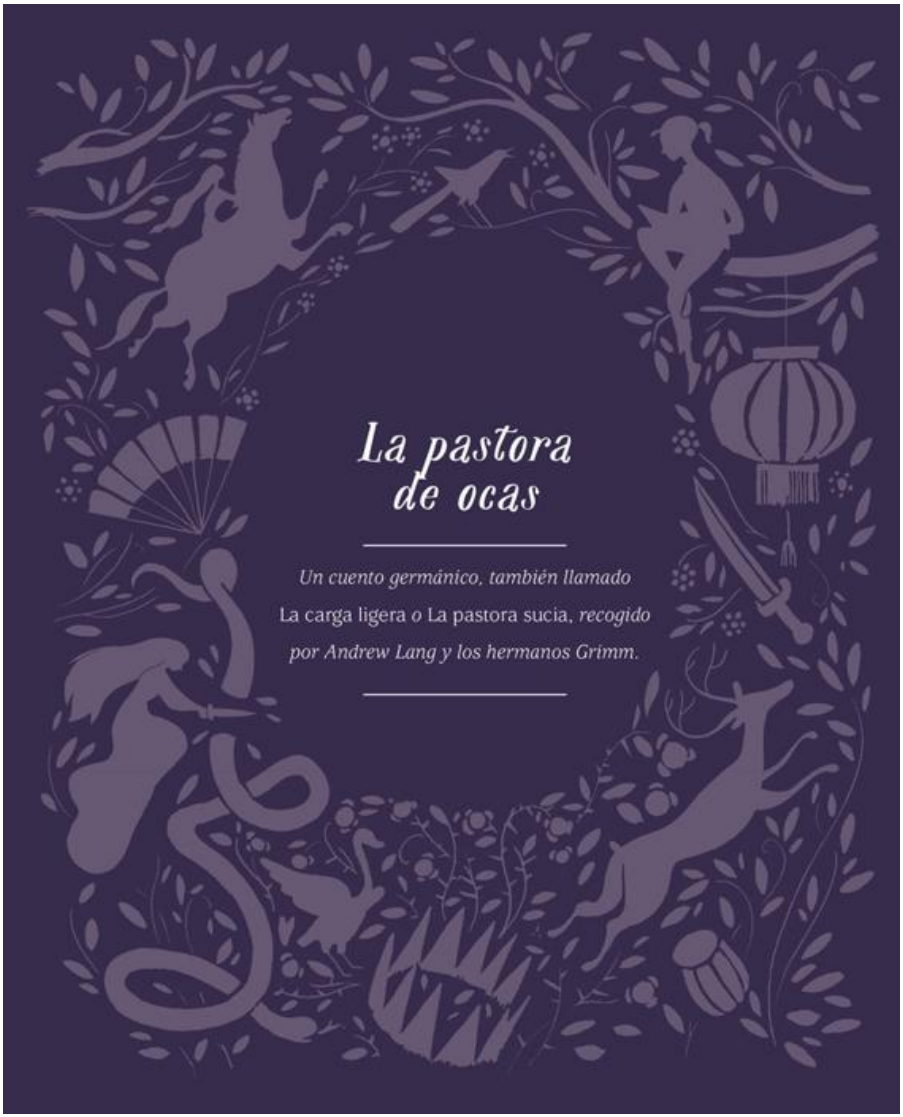
mí? —repuso él, ansioso por escuchar la respuesta.

—Solo si leo en vuestra lengua la verdad podré saber que no mentís.

Y en cuanto el bandido entregó su lengua para ser leída, ¡zas!, Nabiha se la cortó. El aturdido pretendiente cayó al suelo desde lo alto de la rama, sangrando y golpeándose con fuerza. Aun así, más lastimado sentía su corazón. Los demás bandidos se despertaron sobresaltados al escuchar el golpe y los lamentos, pero como su jefe no tenía lengua, no podían entender los extraños sonidos que farfullaba.

Sin narices y sin lengua, la banda de ladrones se recuperó de su última escaramuza. Tuvieron tiempo de debatir la mejor forma de obtener el oro como pago por cavar la tierra de Nabiha, pero llegaron a la conclusión de que su inteligencia era mayor que la de todos ellos juntos, por lo que decidieron acudir al rey. Al presentar el pleito ante su majestad, Nabiha puso sobre la mesa las pruebas de su defensa, que no eran otras que las partes del cuerpo que les faltaban a los ladrones.

El rey encerró a los bandidos durante mucho mucho tiempo. Nabiha, al fin, pudo descansar y continuar su vida en paz. Desde entonces, mucha gente acudió a ella para pedirle sus sabios consejos, que ella daba con prudencia y humildad.



La pastora de ocas

Un cuento germánico, también llamado
La carga ligera *o* La pastora sucia, *recogido*
por Andrew Lang y los hermanos Grimm.

Hubo una vez un rey viudo a quien no le importaba la soledad del trono, pues se sentía enormemente amado y acompañado por sus dos hijas. Las quería tanto como tiempo atrás quiso a su esposa, la reina, antes de que esta falleciera. Pero las princesas crecían y empezó a temer que dejaran de admirarlo y amarlo como en la niñez. Atormentado por esta preocupación, quiso saber lo grande que era su amor por él.

Un día que ya no pudo contener más su curiosidad, llamó a la primogénita con intención de preguntarle cuánto le quería.

—Oh, padre, os quiero muchísimo —respondió la joven enseguida —. No hay nadie en el mundo a quien jamás pueda querer tanto como a vos. Pues no solo os amo, también os admiro y aspiro a ser algún día tan buena reina como vos rey.

—Dime, querida hija, ¿con qué compararías tu amor por mí? — quiso saber el rey.

—No hay nada a lo que pueda querer más que a vos —respondió—. Pues os quiero más que a las niñas de mis ojos.

El rey se sintió complacido con esta respuesta. Pensar que su hija le amaba tanto como a sus propios ojos era la razón de su felicidad.

Muy contento y satisfecho, el rey hizo llamar a la hija menor.

—Oh, padre, os quiero muchísimo —respondió la joven enseguida —. No existe nada en el mundo que pueda querer tanto como a vos. Pues no solo os amo por ser mi padre, también por el coraje de vuestro corazón, por la nobleza de vuestra generosidad y por la sabiduría de vuestras decisiones.

—Dime, querida hija, ¿con qué compararías tu amor por mí? — quiso saber el rey.

—No hay nada a lo que pueda querer más que a vos —respondió—. Sois para mí como la sal de cualquier alimento.

El gesto del rey se ensombreció, disgustado por una respuesta que le decepcionó enormemente. El temor de dejar de ser amado por su hija se apoderó de él y lo enfureció, dominándolo y provocando en él una

terrible decisión.

—Abandona este palacio antes del mediodía —ordenó—. No deseo a mi lado a quien me ama porque le pongo un plato de comida. ¡Ya no sois mi hija!

La pequeña princesa sintió una opresión en el pecho que la impidió hablar. La furia de su padre le había privado de voz y no podía explicarse, ni disculparse, ni siquiera podía emitir el hondo lamento que brotaba de su corazón.

—¡Soldados! —ordenó el rey—. Acompañad a la princesa más allá de los muros. ¡Que no entre jamás! Es una extraña para mí. No es bienvenida en el castillo.

Con lágrimas en los ojos, la princesa corrió a sus aposentos, envolvió sus joyas y unos vestidos en un hatillo y abandonó su hogar a toda prisa. Cerradas las puertas tras de sí, comenzó a caminar sin saber bien hacia dónde dirigirse. Tomó un camino que bordeaba la vereda de un río. Cuando se apaciguó su llanto y la razón empezó a dominar su corazón, pensó en cómo debía proceder para ganarse la vida. Solo sabía realizar labores propias de una princesa. Tocaba el laúd con virtuosismo, bordaba con hilos de seda, conocía la astronomía y las matemáticas…, pero nada de eso le ayudaría a ganarse el pan. Además, debería ocultar su verdadera identidad, pues cualquier desalmado podría raptarla y tratar de pedir un valioso rescate por ella. El recuerdo de su padre y el temor a que la abandonara a su suerte si eso ocurría hizo brotar en ella nuevas lágrimas.

Se acercó al río para enjuagarse el llanto, y el barro de la orilla le inspiró una idea. Manchó su rostro para ocultar su fina tez, se embadurnó el pelo para ocultar su brillo y pisó la húmeda tierra con los pies descalzos. Nadie sospecharía de su noble linaje. Después ofreció su elegante vestido a una mendiga a cambio de sus harapos, y rasgó y ensució su hatillo. Cualquiera veía en ella a una joven pordiosera que no tenía un mendrugo de pan que llevarse a la boca.

Gracias a su lamentable apariencia consiguió comida y limosna durante el camino, pero no quería dedicar su vida a mendigar. Transcurrieron varios días en los que vio lo que tiempo atrás aún era

su reino. Observó a los granjeros cuidando a los puercos y ordeñando las vacas, a los pastores esquilando las ovejas, a los labradores arando la tierra… Su desasosiego iba en aumento, pues no imaginaba de qué modo podría ganarse la vida.

Un día, ya en el reino vecino, pasó por una aldea y vio a una anciana cuyos huesos apenas podían tenerla en pie. Guiaba a las ocas hacia un bebedero. Se apresuró hacia allí y se ofreció a ayudarla.

—No sé quién sois —dijo la mujer—. Ni siquiera sois de aquí, pero me encuentro tan fatigada y enferma que vuestra ayuda viene como una bendición.

La anciana miró a los ojos a la princesa y añadió:

—Veo en vuestros ojos un alma limpia de malas intenciones. Sé que no robaréis mi único sustento.

La joven ayudó a la anciana a tomar asiento y condujo a las ocas hacia el abrevadero. Así lo hizo cada día, hasta que ya fue costumbre y los demás aldeanos la aceptaron como una más entre ellos. Para ganarse el sustento, además de pastorear las ocas, horneaba el pan de la aldea.

Al cabo de un tiempo la joven sintió añoranza de su hogar. Para aliviar su tristeza, mientras las ocas pastaban en el río, buscó un remanso donde bañarse. El agua limpió su piel y aclaró su cabello. Después se peinó cuidadosamente, recordando cómo lo hacían sus damas de compañía, y dejó secar su cabello al sol hasta que recuperó su brillo original. Más tarde se puso uno de los vestidos que aún guardaba en el hatillo. Así ataviada, segura de que nadie la veía, se sentó en unas piedras para disfrutar de su imagen reflejada en el agua.

Ese día merodeaba por allí el hijo del rey, que persiguiendo un zorro se había separado de su grupo de caza. Entre la frondosa vegetación vio a la joven rodeada de ocas. Asombrado por su elegancia quiso verla más de cerca, lo que alertó a la princesa, que echó a correr asustada. El príncipe quiso seguirla, pero tropezó y cayó al suelo. Cuando se puso de nuevo en pie ya la había perdido de vista. Entonces la joven aprovechó para recuperar su habitual aspecto y conducir a las ocas de nuevo hacia la aldea.

Poco después llegó allí el príncipe y preguntó por la hermosa pastora de ocas.

—Caballero, debéis de estar confundido —dijeron—. Nuestra pastora de ocas es la más diligente y voluntariosa de la aldea, y hornea el más tierno de los panes. Pero la pobre es la joven más fea y sucia que nadie haya visto jamás.

El príncipe escuchó confundido la respuesta, pero por mucho que insistió no obtuvo otra, así que acabó regresando a palacio. Pasaron los días, pero el hijo del rey no podía olvidar a la joven. Incluso llegó a perder el apetito.

—¿Qué podemos hacer para aliviar tu mal? —preguntaron los reyes, sin saber lo que realmente le acontecía.

El príncipe temió que se burlaran de él si decía que se había enamorado de una pastora de ocas a la que solo había visto una vez. Así que dijo lo siguiente:

—Quizá recupere el apetito comiendo el pan de la aldea cercana.

Aunque el deseo les pareció extraño, los reyes se apresuraron a cumplirlo sin dudarlo.

En cuanto la princesa supo el encargo que se le había encomendado, sin amedrentarse por su importancia, pidió harina, sal y agua.

—Les pido también que me dejen amasar sola —añadió—. Un

encargo tan especial requiere de tranquilidad.

Cuando la joven estuvo a solas, se lavó cuidadosamente. Antes de comenzar a amasar la harina, la sal y el agua se puso los anillos, pues quiso que sus manos adornadas con joyas trabajaran el alimento que acabaría en una mesa real. Cuando terminó volvió a ensuciarse para recuperar su aspecto habitual. No se dio cuenta de que, mientras amasaba, uno de sus anillos se había deslizado de los dedos y había quedado envuelto en el pan.

Al trocear el pan para comérselo, el príncipe encontró el anillo. Esto confirmó sus sospechas respecto a la pastora de ocas y la mandó llamar. Cuando la princesa, sin haberse podido asear, se presentó ante el príncipe, este no la juzgó por su aspecto y le preguntó por el anillo.

—Es mío —respondió la joven, agradecida de que el príncipe no la juzgara por su apariencia—. El anillo me pertenece desde que mi querida madre, reina de un país lejano, me lo diera en su lecho de muerte.

Como vio que el príncipe la creía, la princesa se atrevió a pedir una estancia para poder cambiarse de ropa.

Cuando, minutos después, el príncipe la vio entrar con su aspecto original, recuperó de inmediato la alegría. Ella era la joven pastora de ocas que había visto en el río.

La princesa avanzó hasta el centro de la estancia y contó su historia. El joven, conmovido por la tristeza que ella sentía al verse repudiada por su padre, quiso que volviera a ser feliz. Invitó al rey vecino con motivo de su boda con su hija.

Las nupcias eran tan solo un pretexto para que el monarca acudiera, pues el príncipe pensaba que sería reacio a reencontrarse con su hija, pero en los años que habían transcurrido, el rey no había dejado de buscar a su querida hija, arrepentido por su injusta y desmedida reacción.

A los pocos días acudieron el rey y su primogénita. En cuanto vieron a la joven princesa, la abrazaron entre lágrimas. El rey se arrodilló ante ella y le suplicó perdón por la crueldad con la que se había comportado. La princesa lo perdonó sin dudarlo; se sentía feliz de reunirse al fin con su padre y con su hermana.

Además, a lo largo de esos días, la boda dejó de ser una invención para hacerse realidad. Se casaba con el hombre que se había enamorado de ella sin importarle su aspecto ni su linaje. Para la celebración de la boda, la princesa pidió que sirvieran a su padre pan elaborado solo con agua y harina, caldo sin sal, carne sin salar y guarniciones hervidas sin aderezo alguno.

—Padre, ¿no es de vuestro gusto la comida? —preguntó la princesa al ver que el rey apenas comía.

—Querida hija, los platos tienen un aspecto fabuloso, pero son tan insípidos que no los puedo comer —confesó el padre.

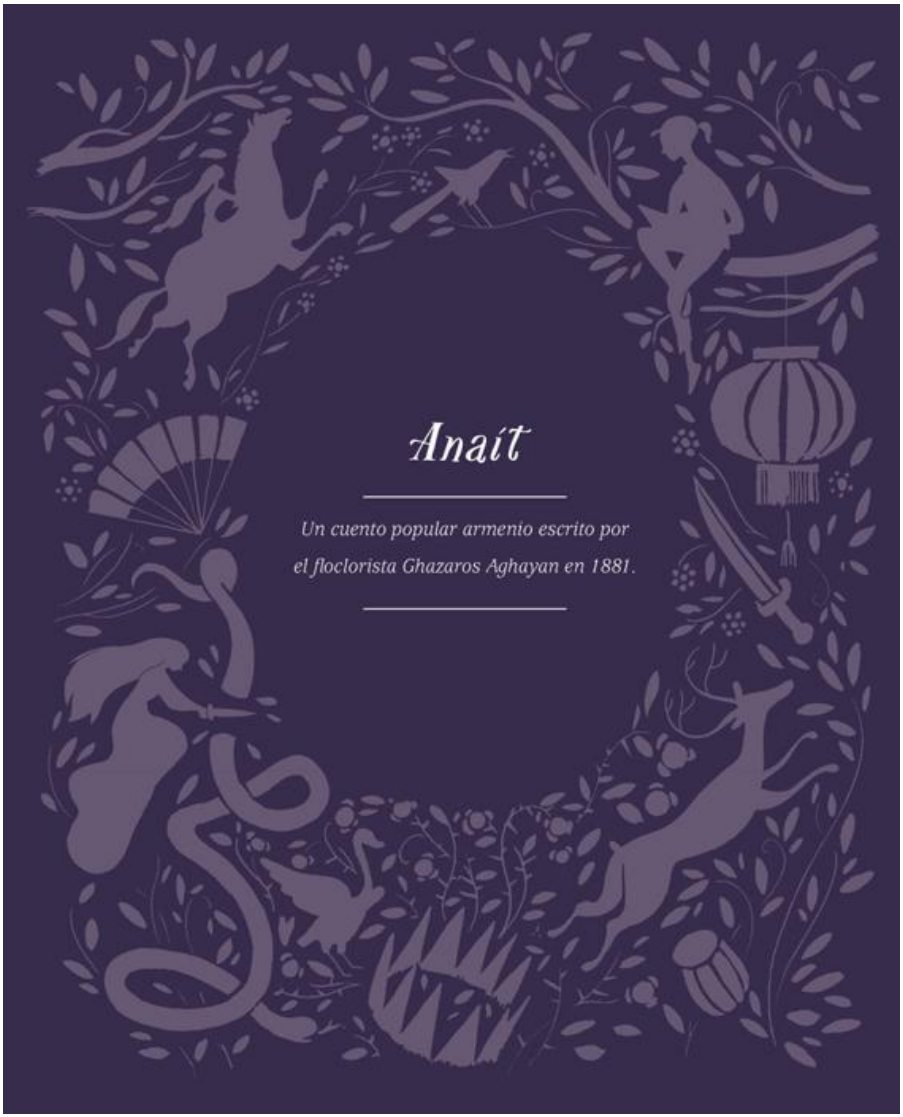
—La sal es fundamental en la comida —replicó la princesa.

—Así es, hija mía.

—Sin embargo, os ofendisteis cuando me preguntasteis cuánto os quería y os dije que erais tan importante como la sal para el alimento.

El rey escuchó atento las palabras de su hija y entendió entonces su valioso mensaje. Se dio cuenta también de que no había sabido valorar su sabiduría.

Ahora en cambio, no solo comprendía su error, sino que se daba cuenta la admiración que sentía por ella, pues había sabido labrarse su propio destino gracias a su paciencia y esfuerzo.


Anaít
Un cuento popular armenio escrito por
el floclorista Ghazaros Aghayan en 1881.

En la antigua Armenia, hace muchos siglos, el joven hijo del rey había salido a cazar acompañado de su sirviente Nazar y de su perro Zanzi. Era un día caluroso y húmedo, así que después de varias horas sin avistar ninguna presa, el príncipe Vatchagan y el leal Nazar decidieron acercarse a la aldea de Atzik, donde podrían descansar un poco antes de seguir camino al palacio. Cuando llegaron a la plaza, agotados por el calor, se sentaron junto al manantial. Allí había un grupo de muchachas que habían ido a buscar agua. El joven príncipe, acuciado por la sed, les pidió que le dieran de beber. Una de las chicas sumergió su jarra en la fuente y la sacó rebosante de agua fresca y cristalina. Pero, antes de que el joven pudiera acercársela a los labios, otra muchacha se la quitó y derramó el agua en la tierra. Observó la túnica del joven, empapada en sudor; su acalorado rostro, y sus labios resecos. Ante la atónita mirada del príncipe y su sirviente, la muchacha hundió varias veces el jarrón en el manantial, lo sacó lleno de agua y la devolvió a donde pertenecía.

—¿Por qué me atormentas? —preguntó Vatchagan—. ¿Acaso quieres que muera de sed?

La muchacha observó al forastero. Ya no resbalaban gotas de sudor por su rostro y su respiración era ahora más pausada. Hundió por última vez la jarra en el manantial y se la ofreció llena de agua.

—Somos gente hospitalaria —respondió ella—. Simplemente estaba dándote tiempo para que te recuperaras. Si hubieses bebido esta agua tan fría cuando estabas sofocado y empapado en sudor, podrías haber muerto. Ahora que te has repuesto, ya puedes beber sin temor.

El príncipe se quedó impresionado por la forma de actuar de la joven. Le preguntó su nombre y supo que se llamaba Anaít. También se enteró de que era la hija de Aran, un humilde pastor. Luego, Anaít quiso saber quién era él y a qué se dedicaban sus padres. Pero aquellas no eran preguntas a las que Vatchagan quisiera responder, puesto que deseaba permanecer en el anonimato.

—Debo decirte la verdad, y es que aún no puedo revelarte mi

nombre —contestó el príncipe.

Entonces Anaít recuperó su jarra y regresó a su casa. El príncipe la vio alejarse compungido. Sabía que acababa de enamorarse.

Pasaron los días y Vatchagan cada vez se encontraba más triste. Sentía un peso que le oprimía el corazón, y nada de lo que había a su alrededor alegraba sus sentidos. Su madre quiso averiguar el motivo de su desánimo.

—Deseo volver a la aldea de Atzik y casarme con Anaít, la hija del pastor —contestó el príncipe.

Los reyes se resistieron a bendecir la decisión de su hijo. ¡El príncipe debía casarse con alguien de sangre real! Pero Vatchagan se negó a contraer matrimonio con otra joven que no fuera Anaít. Se mantuvo firme durante meses, tiempo que los reyes aprovecharon para pedir noticias de la joven, pues deseaban saber qué tenía de especial para que su hijo estuviera tan enamorado. Cuando supieron que era una joven valerosa e inteligente a pesar de su origen humilde, los reyes al fin aceptaron. Enviaron al leal Nazar y a sus dos mejores consejeros a Atzik, con la misión de pedir al pastor la mano de su hija. Cuando los tres enviados llegaron a la casa de Aran, este los recibió como un magnífico anfitrión. Aunque era pobre, les ofreció los pocos manjares que tenía y extendió su mejor alfombra en el centro de la casa para que se sentaran sobre ella. Nazar y los consejeros se quedaron maravillados por la hermosura de esa extraordinaria pieza.

—¡Qué alfombra más bella! —elogiaron los invitados—. ¿La ha tejido tu esposa?

Aran explicó que era viudo desde hacía diez años. La alfombra la había tejido su hija Anaít. Esa noticia alegró mucho a Nazar y a los dos consejeros, pues era muy conveniente que la joven de la que se había enamorado el príncipe tuviera tan preciadas cualidades.

—Las virtudes de tu hija han llegado hasta palacio —dijo Nazar—. Tanto es así que el rey nos envía para que nos la llevemos como futura esposa del heredero del trono.

Aran escuchó la noticia sin alterarse. No saltó de alegría ni exclamó palabras al cielo, como esperaban los emisarios. Al contrario, permaneció en silencio observando minuciosamente cada dibujo de la alfombra. Supuso que eso no era lo más indicado, pues enseguida tuvo que dar explicaciones.

—No soy yo quien decide con quién se casa mi hija —respondió—. Solo ella puede decidir algo así. Si acepta, contará con mi apoyo. De lo contrario, también.

En ese momento Anaít irrumpió en la sala. Llevaba una cesta con albaricoques, dátiles y nueces. La depositó sobre una mesa y preparó la fruta para los invitados; después continuó con el telar. Los emisarios la observaban sorprendidos. Era como un pajarillo revoloteando entre

las humildes paredes de la casa de su padre. Cuando comenzó a tejer, sus ágiles dedos se movieron con tanta soltura que parecían interpretar una melodía en el telar.

Nazar había oído que Anaít había enseñado a mucha gente a tejer.

—¿Por qué no tejen para ti, Anaít? —preguntó uno de los sabios—. Podrías hacerte rica.

—Saben tejer —respondió Anaít—, pero prefieren trabajar en el campo.

—También les has enseñado a leer y escribir —añadió el otro sabio.

Efectivamente, los habitantes de Atzik sabían tejer, leer y escribir gracias a Anaít. Los árboles de los bosques cercanos tenían grabados versos en sus troncos. Las piedras junto al río lucían hermosas palabras sobre el agua y la vida. En los muros de la aldea podían leerse las frases que la gente escribía con un trozo de carbón. Gracias a Anaít, aquel era un pueblo culto.

—Debes venir al palacio, Anaít —intervino Nazar—, enseñarás a leer y escribir a los que aún no saben.

Uno de los sabios dispuso los regalos que enviaba el príncipe para impresionar a Anaít. Hermosos vestidos de seda bordados con hilo de oro, collares de perlas y pulseras de esmeraldas centellearon en la penumbra de la casa. Pero Anaít los observó sin gran interés.

—Hace tiempo impresionaste a nuestro príncipe heredero, Vatchagan —comenzó a explicar Nazar—. Le diste agua asegurándote de que no le hiciera daño.

Anaít recordó al joven, aquel que no quiso decirle su nombre. Tenía un agradable recuerdo de él. «Así que era el hijo del rey», pensó sin darle gran importancia.

—Desea que seas su esposa —anunció Nazar—, nuestra futura reina.

—Decidme, ¿sabe algún oficio? —preguntó la joven.

Los sabios y el leal Nazar se quedaron sorprendidos. Era el hijo del rey, algún día heredaría el trono.

—Todos los hombres y mujeres del reino están a su servicio —recordó un consejero—. No necesita ninguna profesión.

—Da igual que seas príncipe o no —continuó Anaít—, todas las personas debemos conocer al menos un oficio.

Los tres mensajeros no daban crédito a las palabras de la joven, que se negaba a casarse con el príncipe porque no conocía ningún oficio.

—Llevaos todos estos presentes —continuó ella—. Disculpadme ante el rey por mi respuesta, pero desde mi niñez supe que no me casaría con un hombre que no tuviera una profesión.

Tanta determinación detectaron en las palabras de Anaít que los hombres se marcharon. Cuando los reyes conocieron la respuesta de la joven campesina se sintieron aliviados, pues nunca llegaron a estar contentos con ese matrimonio. Sin embargo, la respuesta de Vatchagan les contrarió.

—Anaít tiene razón —dijo—. Debo dominar algún oficio, igual que los demás.

El rey reunió a todos sus consejeros y decidieron que el trabajo más adecuado para el príncipe era el de guerrero. Pero Vatchagan desoyó sus consejos, sabía que necesitaba un oficio más útil en la vida diaria, y eligió aprender el arte de tejer. Mandaron llamar al artesano más hábil de Persia, y en un año Vatchagan aprendió a tejer con exquisitez. Su primer trabajo fue confeccionar una magnífica pieza para Anaít. En cuanto estuvo acabada, un mensajero se la entregó.

—Llevad esta alfombra que he terminado al príncipe —dijo la joven al recibir el regalo de Vatchagan—. Acepto casarme con él.

Transcurrió un tiempo en el que reinaron la armonía y la abundancia. Unos años después, Vatchagan heredó el trono, y él y Anaít se convirtieron en los nuevos reyes. Un día, Nazar, el leal sirviente de Vatchagan, desapareció. Los reyes ordenaron su búsqueda por todo el país, pero no sirvió de nada. Era como si se lo hubiera tragado la tierra. Sin embargo, no era el único que había desaparecido, pues hubo algún súbdito más que corrió la misma suerte.

Aunque el reino seguía siendo próspero y el pueblo seguía viviendo en paz y prosperidad, Anaít quería asegurarse de que no había nadie desdichado.

—Quizá deberías salir del palacio y mezclarte entre la gente —sugirió un día Anaít al rey—. Puedes enseñar tu oficio, así más personas sabrán tejer y tú podrás descubrir si de verdad son felices.

El rey reconoció que, desde que había dejado la caza, apenas salía de palacio. Alabó la brillante idea de su esposa y al día siguiente preparó su marcha.

—Yo gobernaré en tu ausencia —dijo la joven reina—. No temas.

—No temo por ello —contestó el rey—, al contrario. No puedo dejar mi reino en mejores manos.

Dicho esto, Anaít y Vatchagan se despidieron. Él le advirtió que, si no regresaba en noventa días ni tenía noticias de él, sería porque corría peligro o porque había perdido la vida. Así, el joven rey emprendió el camino. Su aventura iba bien hasta que, al cabo de dos semanas, cuando se dirigía a la ciudad de Perodj, fue asaltado por una banda de ladrones. Le robaron todo el dinero que llevaba, lo despojaron de sus ropas y lo llevaron hasta una cueva oculta entre unas rocas. Allí el cabecilla de los bandidos le dijo.

—Dinos, ¿qué sabes hacer? —preguntó a Vatchagan—. Si sabes hacer algo, vivirás. De lo contrario… —El cabecilla pasó su pulgar por el cuello como si fuera la punta de una navaja.

—Sé tejer telas tan hermosas que valen más que si fueran de hilo de oro —respondió Vatchagan.

Los bandidos dudaron; quizá aquel pobre hombre estaba mintiendo para salvar su vida. De todos modos, pensaron que nada perderían por mandarle tejer una gran tela e intentar venderla en el mercado.

—Más te vale que tejas algo realmente valioso —gruñó el cabecilla, y dio orden para que lo llevaran al fondo de la cueva.

Aquel lugar era enorme. Estaba lleno de pequeñas grutas oscuras y húmedas, y en cada una había un hombre realizando algún trabajo. De vez en cuando se oía el chasquido de un látigo, seguido de un lamento y de un profundo silencio. Cuando llegaron al que sería su sitio, lo mandaron sentarse en el suelo y comenzar a tejer. Así pasó varios días, sin ver la luz del sol, sin comer ni beber, trabajando bajo la luz de una escuálida vela. Un día que había menos vigilancia se aventuró a recorrer la cueva, y así fue como encontró a su leal sirviente Nazar. Lo halló casi moribundo, tan débil y exhausto que no le dijo quién era por temor a que su frágil corazón no lo soportara. Cuando regresó a su sitio, continuó con su trabajo con más ahínco, pues le urgía

terminarlo. Se propuso, además, enseñar a tejer a todo el que cayera en manos de los bandidos, para salvar sus vidas.

—¿Terminaste de tejer, rufián? —bramó uno de los bandidos—. Dame la tela ya, que la llevaré al mercado. A ver si vale tanto como dices.

—Oh, vale mucho más de lo que imagináis —respondió Vatchagan —. De hecho, no encontraréis en el mercado un comprador que pueda pagar el oro que vale.

—¡¿De qué me sirve entonces?! —rugió el bandido, dispuesto a golpearlo.

—Podréis sacar una suma incalculable de dinero —se apresuró a decir Vatchagan—. Solo dejad que la vea la reina Anaít. Ella sabe cuánto vale realmente esta pieza, pues las colecciona y pagaría una fortuna por tener la que acabo de tejer.

Una vez más, el cabecilla de los bandidos pensó que no perdía nada por hacer lo que ese infeliz decía. Así que se dirigió al palacio. Fue muy fácil que la reina le concediera audiencia, pues estaba sumamente preocupada al no tener noticias del rey y recibía a cualquiera, sobre todo si era comerciante, para saber si habían tratado con él.

El bandido entró en la sala real y, tras varias aparatosas reverencias, le mostró un pedazo de tela dorada cuidadosamente doblada sobre una bandeja de marfil. Al ver la tela, con sus exquisitos bordados, la reina supo enseguida que aquel hombre sabía dónde se encontraba su amado. Iba a intentar sonsacarle información sin delatar que preguntaba por el rey, pero en el excelente tejido vio algo que llamó su atención. Lo extendió y observó con detalle. Pronto se dio cuenta de que, ocultos entre los magníficos dibujos, había unos signos que formaban un mensaje. Nadie más que ella podía entender su significado, y este decía así:

> «Mi incomparable Anaít, estoy prisionero. El hombre que te trae esta tela es un despiadado bandido que nos mantiene cautivos a mí y a decenas de infelices. Nazar está aquí prisionero. Búscanos al este de la ciudad de Perodj, en una cueva entre grandes rocas, cerca de un lago en forma de media luna. Apresúrate, sin tu ayuda moriremos pronto. Vatchagan.»

—Tienes razón, mercader, esta tela posee una belleza que solo yo puedo apreciar —dijo Anaít disimulando su sorpresa—. Dime, ¿dónde conseguiste esta hermosura?

El ladrón, que no estaba preparado para esa pregunta, improvisó una respuesta tan torpemente que enredaba unas frases con otras. La reina no quiso perder ni un segundo más. No necesitaba más información que la que su esposo le había proporcionado. Ordenó encerrar al bandido y llamó a su ejército.

—¡Soldados! ¡Nuestro rey está cautivo en Perodj, vayamos a su rescate!

Todos los hombres del reino que podían portar un arma emprendieron el camino hacia la ciudad que tenía prisionero a su rey. Cabalgaron sin descanso hasta que llegaron al lago en forma de media luna y allí, entre dos enormes rocas, vieron una gruta oculta. En su entrada había una puerta de hierro, que los soldados derribaron sin miramiento alguno. Entraron en tropel, con Anaít a la cabeza, buscando con la luz de una antorcha a Vatchagan. Pero lo que vio bajo el haz luminoso fueron hombres que parecían sacos de huesos cubriéndose el rostro para no ser cegados, acurrucándose ante el temor de ser golpeados una vez más. Anaít, a lomos de su caballo, habló en un tono amable y firme a la vez para infundir valor y confianza a todos esos pobres cautivos.

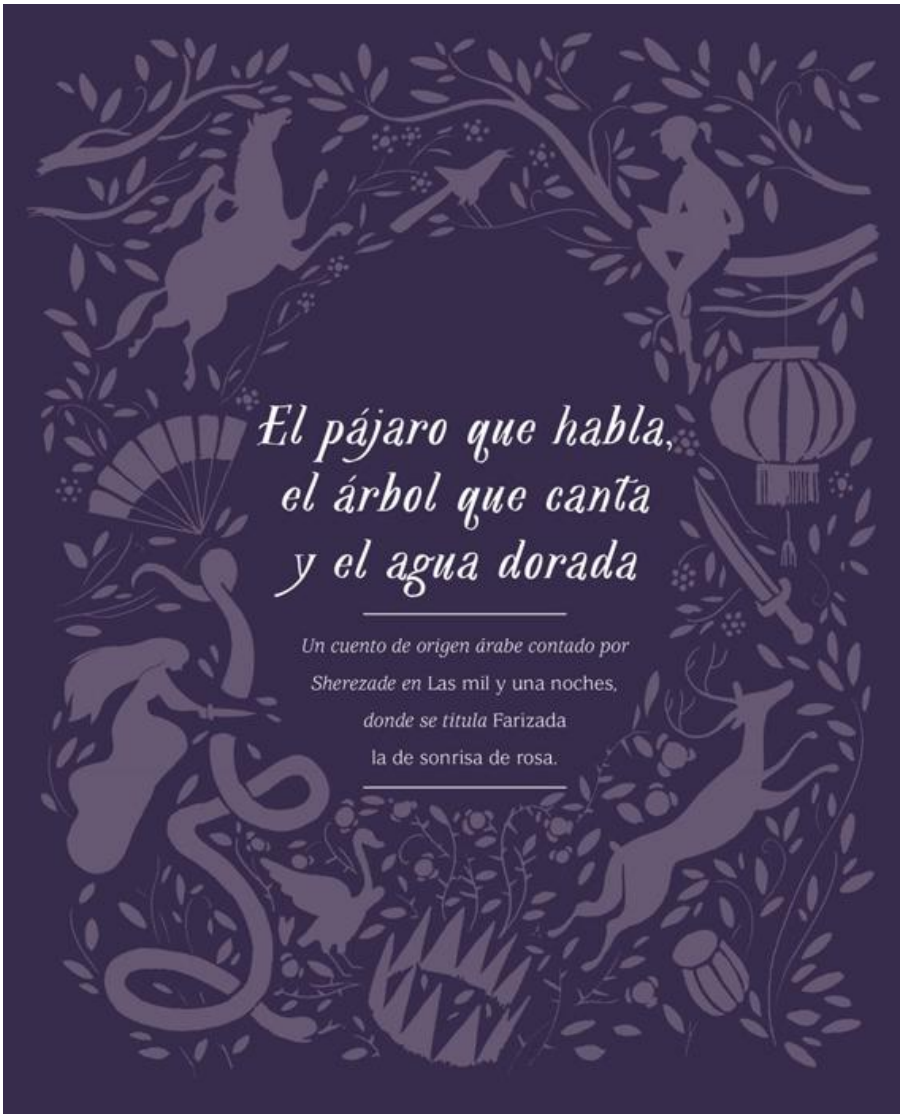
—Soy vuestra reina Anaít. No temáis, vuestro infierno ha terminado. Hemos venido a salvaros.

La voz de Anaít llegó hasta la gruta en la que se encontraban Vatchagan y Nazar. El rey reunió las fuerzas que le quedaban para salir al encuentro de su esposa. Después de abrazarse y agradecer al cielo seguir con vida, corrieron en auxilio de Nazar.

—Mi reina, hoy nos has salvado —balbuceó el sirviente antes de romper a llorar.

—Nos salvó dos veces: hoy, y el día que preguntó si el hijo del rey tenía algún oficio —dijo Vatchagan mirando a los ojos de su esposa.

Los bandidos fueron ajusticiados por su crueldad; los hombres que habían sido cautivos se reunieron con sus familias y recuperaron la salud y la confianza. Nazar no volvió a servir a su rey, pues ya era un anciano; sin embargo, se convirtió en su mejor amigo. Vatchagan y Anaít gobernaron juntos el reino más próspero y justo de todos los tiempos. Y aún hoy, siglos después, se habla de la leyenda de esta reina que supo dirigir a su reino con singular sabiduría.


El pájaro que habla,
el árbol que canta
y el agua dorada
Un cuento de origen árabe contado por
Sherezade en Las mil y una noches,
donde se titula Farizada
la de sonrisa de rosa.

Hace cientos de años, el sultán de Persia se enamoró de una joven plebeya. Esta, prudente y discreta, aprendió a comportarse como una auténtica reina, instruida por las damas de compañía. Sin embargo, a pesar de su humildad y sencillez, su magnífica suerte despertó la envidia de sus dos hermanas. Las jóvenes, egoístas y sin escrúpulos, decidieron tornar la dicha de la reina en desgracia. Pacientes, aguardaron el momento propicio, como un animal que acecha a su presa. Al cabo de un año, cuando la reina se quedó embarazada, sus hermanas hallaron la oportunidad que habían estado esperando. El día que alumbró a su primer hijo, las dos arpías lo robaron y lo dejaron abandonado en el río Aras. Dijeron al sultán que su esposa había traído al mundo a un gato.

Las aguas del Aras llevaron al recién nacido hasta la hacienda de un rico mercader. El hombre no había encontrado esposa con la que compartir su vida, y sobre todas las cosas, incluso más que su fortuna, deseaba tener descendencia. Cuando vio la cesta en la que descansaba la criatura, la recogió y dio gracias a Alá por haber atendido sus plegarias.

En el palacio, la pena del sultán y su esposa fue tan grande que parecía que estuvieran de luto. El desgraciado suceso permaneció en secreto, y solo un año después, cuando la reina volvió a quedarse encinta, regresó la alegría a sus corazones. Pero fue en vano, pues las crueles hermanas repitieron la misma fechoría que con el primogénito.

—Tu esposa ha traído otro gato al mundo —mintieron de nuevo al sultán.

Este cayó abatido sobre su trono. No podía creer su terrible desgracia. Abrazó a su esposa para infundirle unos ánimos que ni él tenía, y juntos afrontaron el nuevo luto. Cerca de allí, el mercader encontró de nuevo una cesta que le llevaban las aguas del Aras. Corrió a recogerla recordando su experiencia pasada y no cabía en sí de gozo cuando vio que una pequeña criatura descansaba sobre el mimbre. Igual que hizo con el primer bebé, lo acogió y lo crio como a un hijo.

Llamó a los niños Farid y Faruz.

Tres años después de desposarse, la esposa del sultán concibió de nuevo. Esta vez era una niña, pero esto no entorpeció los planes de las despiadadas hermanas de la reina, que se llevaron a la criatura para abandonarla a orillas del Aras.

—Un tercer gato ha traído tu esposa al mundo, oh, sultán —mintieron las hermanas—. Lamentamos tu desgracia.

El sultán esta vez repudió a su esposa, a la que consideraba culpable de su infortunio. Ella, sumida en el dolor de perder a su tercer hijo sin ni siquiera haber podido verlo, entregó su vida a la oración y a Alá. Nadie supo que la pequeña había sido abandonada en el Aras. De nuevo, allí la recogió el mercader, feliz de tener a una hija bajo su techo. Decidió llamarla Farizada.

Pasó el tiempo y los tres hermanos crecieron sin que les faltara de nada. Tenían el amor de un padre entregado a ellos; estudiaban astronomía, leyes, poesía y alquimia; montaban a caballo; cazaban, y conocían la danza y el noble juego del ajedrez. Eran instruidos con un gran sentido de la familia y magníficos valores que despertaban el orgullo de su padre. Pasó el tiempo y este murió, siendo ya un anciano, sin confesar a sus hijos la verdad.

Un día en que Farizada estaba sola en la casa llegó una peregrina que necesitaba un lugar para orar. La hija del sultán le brindó un hermoso espacio del jardín y la colmó de atenciones. Cuando llegó el momento de despedirse, la mujer quiso hablar con ella.

—Vuestra hacienda es magnífica —dijo—, hacía tiempo que no encontraba un lugar tan hermoso. Sin embargo, para que la felicidad se instale aquí es necesario algo que le falta.

La joven se quedó observando a la peregrina, ansiosa por conocer qué debía hacer para que sus hermanos y ella fueran felices durante el resto de su vida.

—¿Qué le falta, buena mujer? —preguntó la muchacha.

—El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua dorada, de la que basta una gota para poseer una inagotable fuente de oro.

Aquello le pareció maravilloso. Si con ello procuraba la felicidad a su familia, deseaba tenerlo cuanto antes.

—Cuéntame más de esas maravillas, pues es mi deseo aprender cuanto me digas —pidió Farizada.

La peregrina le explicó que podría hallar las tres cosas juntas en el mismo lugar, en los confines del reino. Debía cabalgar sin descanso durante veinte días hacia el este, sin desviarse del camino que pasaba por delante de su casa.

—El vigésimo día encontrarás a un anciano —dijo por último la mujer—. Él te dirá cómo llegar a las tres maravillas.

Cuando la peregrina se marchó, ella esperó impaciente el regreso de sus hermanos. En cuanto llegaron a la casa y supieron lo sucedido, Farid, el mayor de los tres se preparó para ponerse en camino cuanto antes.

—Tan pronto pueda traeré el pájaro que canta, el árbol que habla y el agua de oro —dijo antes de partir—. Hermana, toma este puñal. Observa su brillante hoja de vez en cuando. Si ves que pierde lustro y gotea sangre, da por seguro que me ha ocurrido alguna desgracia. Entonces llora por mí.

Tras un último abrazo, Farid montó en su caballo y se despidió de sus hermanos. Atravesó toda Persia sin descanso y solo se detuvo el vigésimo día, cuando encontró a un anciano y se paró ante él. Era un derviche dedicado a la vida contemplativa. El joven descabalgó, se acercó a él en silencio para no importunarlo en su meditación y, cuando el anciano abrió los ojos, se dirigió a él.

—Buen hombre, vengo buscando al pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro. Una peregrina le dijo a mi hermana que tú sabes dónde están.

El anciano tomó aire, lo retuvo en los pulmones y lo soltó despacio antes de responder:

—Joven, conozco ese lugar. Conozco también los peligros que entraña, pues no eres el primero que viene a preguntarme por las tres maravillas. Ninguno de los que han ido en su busca han regresado. Si permites un consejo de este anciano, regresa y olvida tamaña empresa.

—No temo a nada —respondió Farid—, y si esas maravillas siembran la felicidad allí donde estén, quiero llevarlas a mi casa.

El derviche no insistió más, pues de nada sirve hablar a quien está obstinado. Tomó aire nuevamente y cerró los ojos antes de responder, como si antes de hablar necesitara leer un mapa que tuviera en su mente.

—Toma esta esfera —dijo el anciano—. Deja que ruede y síguela hasta que se detenga. Cuando esto ocurra despídete de tu caballo y sube a la cumbre de la montaña en cuya falda te halles. A medida que avances verás piedras negras y oirás multitud de voces. No intentes escuchar lo que dicen, pues sus insultos e improperios solo tienen la misión de hacerte retroceder. No mires atrás. Si lo haces te convertirás en una roca más, pues las piedras son los que lo han intentado antes que tú. Cuando llegues a la cima verás una jaula, en cuyo interior está el pájaro que habla. Él te dirá dónde está el árbol que canta y el agua

de oro.

—¿Eso es todo? —preguntó el joven, pensando que no parecía tan difícil como temía.

—Lo es. Ahora haz lo que te plazca, y que Alá te acompañe —dijo el derviche, y se sumió en una meditación tan profunda que ni siquiera se percató de la marcha del príncipe.

Tal como le había dicho el anciano, la esfera echó a rodar y él la siguió a lomos de su caballo, hasta que se detuvo en la falda de una montaña. Allí descabalgó y comenzó a ascender hacia la cumbre. Enseguida vio las piedras negras y oyó extrañas voces, cada vez más elevadas, que le insultaban y amenazaban. Farid intentó hacer caso omiso y siguió avanzando, pero hubo un momento en que las ofensas eran tales que miró hacia atrás para mandar callar a las piedras. En ese instante se convirtió en una piedra tan negra como las demás. Muy lejos de allí, su hermana vio que una gota de sangre caía del filo del puñal. Enseguida supo que una gran desgracia le había ocurrido a su hermano mayor. Los dos hermanos lloraron tristemente por el ausente. Al cabo de unos días, Farud anunció su marcha.

—Debo averiguar qué le ha sucedido a nuestro hermano —dijo antes de partir—. Honraré a Alá si lo encuentro sano y salvo, pero si ha fallecido, vengaré su muerte.

Farizada intentó en vano disuadirle.

—Te confío mi collar de cuentas —siguió él—. Tiene cien perlas. Repásalas todos los días, sin preocuparte por mí mientras corran. Si ves que las perlas se quedan trabadas, llora por mi infortunio.

Después de esto Faruz montó sobre su caballo y siguió el camino que veinte días atrás había seguido su hermano. Su hermana se quedó de pie quieta, y no se movió hasta que lo vio desaparecer por el horizonte. El vigésimo día desde su marcha, el joven se detuvo ante el mismo derviche, quien actuó con él de la misma manera y le dijo idénticas palabras.

—Eso es todo. Ahora haz lo que te plazca. Que Alá te acompañe —dijo antes de sumirse en sus pensamientos.

El joven tomó la esfera del anciano, la dejó rodar por el suelo y espoleó a su caballo para que la siguiera. Se detuvo en la falda de la

misma montaña y emprendió el ascenso hasta la cumbre. No hizo caso de la enorme cantidad de piedras negras que encontró a su paso. Pero en cuanto llegó a sus oídos el primer insulto, desenvainó la espada y se dio la vuelta para enfrentarse al insolente. Había olvidado la advertencia del derviche y se convirtió en una piedra negra como las demás. En ese instante, lejos de allí, las perlas del collar dejaron de correr entre los dedos de su hermana, que así conoció la mala noticia.

Sola y con una gran tristeza, Farizada supo que debía correr la misma suerte que sus hermanos mayores. Quizá lo decidió mientras vio cómo lo único que le quedaba en la vida desaparecía en el horizonte. Ahora que el extraño collar había dado la mala noticia, su suerte estaba echada. Ensilló su caballo y se preparó para un largo viaje. Después de veinte días cabalgando sin parar, se detuvo ante el derviche. Este repitió las mismas palabras que tantas veces había recitado a tantos pretendientes. Es cierto que aquella era la primera mujer que deseaba alcanzar las tres maravillas, pero eso no le hizo pensar que pudiera cambiar nada. El resultado sería el mismo.

Antes de ponerse en marcha, pensó cómo podría ignorar lo que veía más peligroso: las voces. Fabricó unos tapones con un poco de tela y se los colocó en los oídos. Agradeció con un gesto la ayuda al derviche e hizo rodar la esfera. La siguió hasta la falda de la montaña y, cuando se detuvo, comenzó a escalarla. Enseguida oyó las voces, pues gritaban tan alto que traspasaban fácilmente los tapones. La joven no quería atender a los insultos ni improperios, no quería que las amenazas la asustaran, no quería mirar atrás. Para evitar la tentación comenzó a cantar, pues oyendo su propia voz espantaba sus miedos. Así fue como logró superar la tentación a la que sucumbieron sus hermanos.

Cuando llegó a la cumbre lo primero que vio fue una magnífica jaula hermosamente labrada. En su interior vio un pájaro de sorprendentes colores. Se acercó, observó al ave y le preguntó, tan ansiosa como admirada, dónde estaba el agua de oro.

—Camina hacia el norte y enseguida la encontrarás —dijo el pájaro que hablaba.

Farizada echó a andar y a pocos pasos halló un extraño manantial

del que brotaba agua del color del ámbar al trasluz. Se acercó e introdujo su mano. Aquel líquido era el agua dorada de la que le habló la peregrina. Sin dudarlo, llenó un pequeño odre para poderse llevar un poco.

—Hermosísima ave, ¿dónde puedo encontrar el árbol que canta? —preguntó.

El pájaro le indicó que estaba en medio del bosque.

—Solo necesitas llevarte una ramita —advirtió—. Plántala en tu jardín cuando regreses: crecerá con el mismo don que el árbol del que nace.

Farizada se adentró en el bosque, y en cuanto comenzó a escuchar una melodiosa música se dejó guiar por ella hasta encontrar el árbol más frondoso y espectacular que jamás había visto. Una suave brisa acariciaba las hojas produciendo un cautivador sonido. Hizo como el pájaro que hablaba le había indicado y regresó junto a él. Antes de descender de la montaña necesitaba formular una pregunta más.

—Mis hermanos están aquí, convertidos en piedras negras. Dime, hermosa ave, cómo puedo salvarlos.

—Derrama una gota del agua de oro sobre cada piedra, y volverán a la vida —dijo el pájaro que hablaba.

Ella siguió las instrucciones al pie de la letra y, a medida que bajaba por la ladera, iba derramando gotas sobre las piedras. En cuanto la maravillosa agua tocaba una, se deshacía su encantamiento y aparecía un caballero, que le agradecía fervorosamente su rescate. Así fue como Farizada salvó a todos los que habían intentado lo mismo que ella y no lo habían conseguido, incluidos sus dos hermanos, que la abrazaron y besaron llenos de alegría.

Con las tres maravillas, los hermanos regresaron a casa, acompañados por todos los caballeros que acababan de salvar. En su nuevo hogar, el pájaro hablaba con unos y con otros; la música del árbol que cantaba se escuchaba más allá de los muros de la hacienda, y la fuente de agua dorada brotaba sin cesar. Los ruiseñores y las alondras que revoloteaban por allí miraban asombrados la increíble transformación. Pronto se supo en todo el reino que en la antigua hacienda del mercader había tres magníficas maravillas. Cuando el sultán supo de ello quiso verlo con sus propios ojos y anunció que iría a la famosa casa.

Farizada preguntó al pájaro que hablaba qué podía ofrecer al sultán, pues nunca había tenido un invitado tan noble.

—Prepara un lavash con la harina más fina y al doblar el pan, rellénalo de perlas —contestó el pájaro.

A la joven le pareció algo demasiado extraño, pero tantas veces le había ayudado el pájaro que hablaba, que finalmente hizo lo que le indicó. Compró un pequeño cofre lleno de bellísimas perlas, y las dispuso con delicadeza en el hueco de un lavash.

Cuando el sultán se presentó en la casa de los hermanos, se sorprendió gratamente ante el ingenio y la valía de los tres. Elogió la casa, disfrutó del jardín y se quedó maravillado con la fuente de agua dorada.

—Decidme, joven, ¿de dónde obtenéis el agua que nutre a esta fuente? —preguntó el sultán a la muchacha.

Pero esta guardó silencio y, con un delicado gesto, le invitó a escuchar el árbol que cantaba. El sultán apenas podía creer lo que oía.

—¿Albergáis una banda de músicos en el interior de este magnífico árbol? —preguntó el sultán—. ¿Acaso están bajo tierra los

instrumentos que emiten estas melodías?

Una vez más, Farizada no contestó. En vez de eso, condujo al sultán ante el pájaro que hablaba.

—Bienvenido, sultán de Persia —dijo el ave extendiendo sus hermosas plumas—. Que Alá os colme de dicha.

El sultán estaba sorprendido por todo lo que veía y oía. Aquel lugar era realmente mágico. Sentía además una extraña paz en presencia de esos tres jóvenes desconocidos. Después de ver al pájaro que hablaba, el sultán se sentó a la mesa junto a los anfitriones, que le agasajaron con dátiles, nueces y miel. Le llamó la atención la fina textura del lavash, y su asombro aumentó al abrir el pan y encontrar en su interior perlas auténticas.

—¿Os extraña ver un lavash relleno de perlas, majestad? —preguntó el pájaro—. Sin embargo, no os extrañó que vuestra esposa diera a luz tres gatos.

El sultán entristeció por los recuerdos que acudieron a su mente.

—Así me lo aseguraron mis cuñadas —respondió.

El pájaro le reveló entonces la verdad que nadie conocía. Habló del engaño de las hermanas de la reina, corrompidas por la envidia. Habló del inmenso amor que el mercader dio a las tres criaturas que aquellas abandonaron en el río Aras, y de la magnífica educación que les proporcionó.

—Si os ha maravillado esta magnífica casa, más os maravillará saber que aquí fue donde crecieron vuestros hijos, dos varones y una hembra —dijo el pájaro—. Estos no son otros que los tres jóvenes que os han abierto las puertas de su hogar: Farid, Faruz y Farizada.

El sultán sintió que unas lágrimas ardientes se deslizaban por sus mejillas. Hincó sus rodillas en el suelo y pidió perdón a sus hijos por haber creído tan malvada mentira. Los hermanos abrazaron al sultán como a un segundo padre, pues no olvidaban el amor que les profesó quien les cuidó y alimentó hasta su muerte. El sultán fue en busca de la reina para que lo perdonara y la llevó hasta sus hijos. Ella los reconoció nada más verlos. Vio en el porte valiente y decidido de la joven la misma valentía y decisión que ella tuvo en su juventud.

Es el momento de cambiar de cuento.

Damiselas que se rescatan solas, mujeres que salvan a sus maridos, reinas guerreras y muchachas sabias que resuelven acertijos: ¿dónde estaban escondidas? Esta recopilación de cuentos populares de todo el mundo nos descubre a las heroínas que estábamos buscando.

En una preciosa edición en formato regalo, altamente ilustrada a todo color, quince chicas se enfrentan a ladrones, gigantes, maldiciones y prejuicios, y viven mil aventuras. **¡Es el libro de cuentos que todas hubiéramos querido leer!**

Incluye los cuentos de: Blancaflor, Kupti e Imani, El príncipe de los tres destinos, Una chica lista, Lady Ragnell, La doncella guerrera, La pequeña cabeza de familia, El ruiseñor en la mezquita, Mulha y la Imbula, Katherine Rompenueces, La niña pez, La mujer del barbero, La pastora de gansos, Anahít y Farizada.

Ilustrado por Dani Torrent.

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Myriam Sayalero, por los textos
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2018, Daniel Torrent Riba, por las ilustraciones

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16588-89-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Los cuentos que nunca nos contaron

Blancaflor

Kupti e Imani

El príncipe de los tres destinos

Una chica lista

Lady Ragnell

La doncella guerrera

La joven cabeza de familia

El ruiseñor en la mezquita

Mulha y la Ímbula

Katherine Rompenueces

La niña pez

La mujer del barbero

La pastora de ocas

Anaít

El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua dorada

Sobre este libro

Créditos